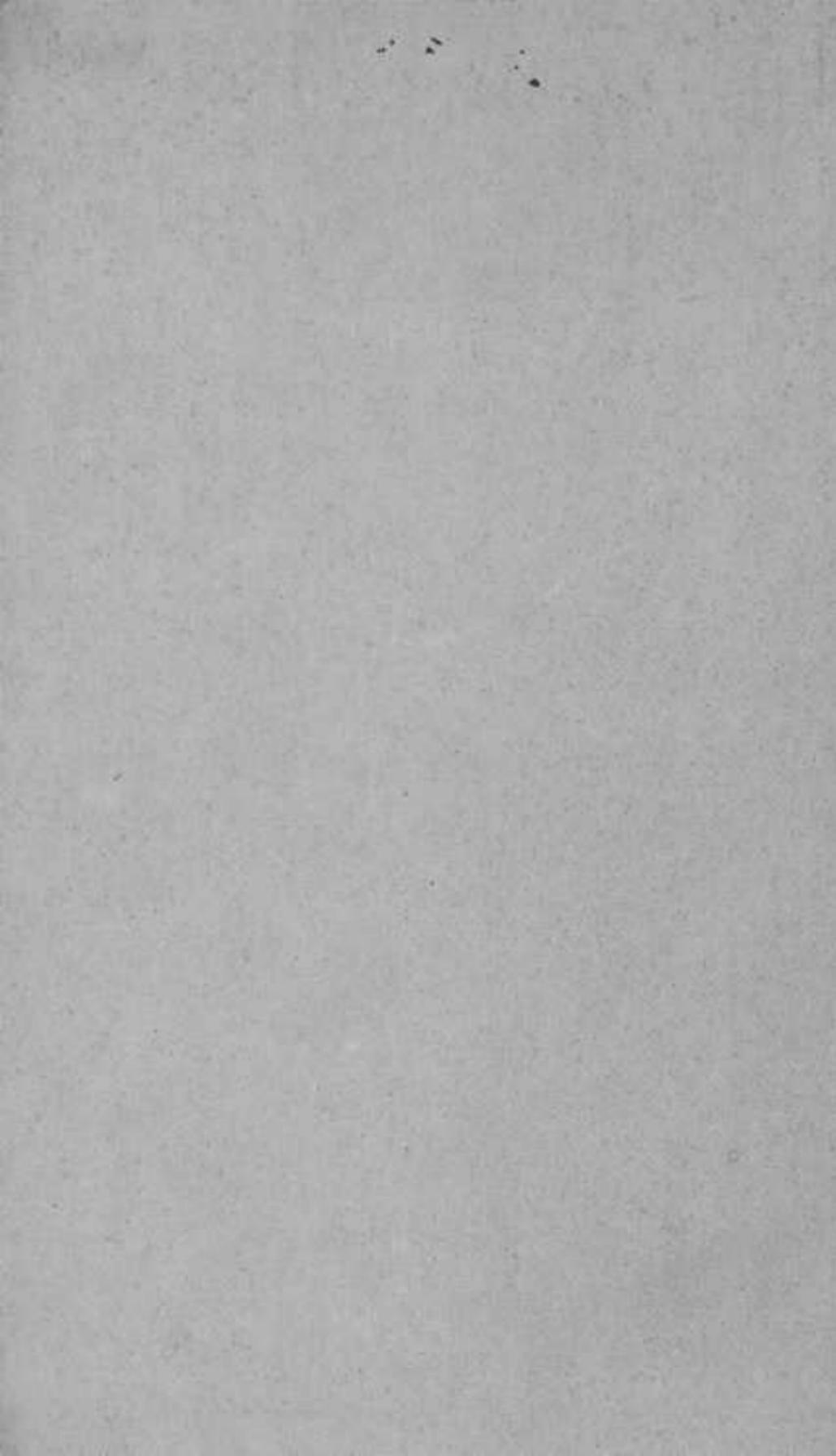


2nd

A. 25-93

4872



BIBLIOTECA UNIVERSAL

COLLEZIONE

DEI

SCritTORI AUTORES

ANTICHI E MODERNI

FRANCESE E ITALIANO

TOMO XLVIL

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

LOS SULTANES

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO XXVIII.

LAS CUATRO ÉPOCAS
(SOULIÉ).

TOMO PRIMERO.

LOS CELTAS.

MADRID.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
calle de Leganitos, 18, 2.º

1877.



BIBLIOTECA UNIVERSAL

COLLECCION

DE LOS

MELIORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS

TOMO XXVIII

LAS CUATRO EPOCAS

(SEGUNDA)

TOMO PRIMERO

LOS CELTAS

Madrid, 1877.—IMP., EST. Y GALV. DE ARIBAU Y C.^ª,

SUCESORES DE RIVADENEYRA

IMPRESORES DE CAMARA DE S. M.,

calle del Duque de Osuna, número 3.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

DON PRÁXEDES MATEO SAGASTA.

MUY SEÑOR MIO Y MI DISTINGUIDO AMIGO:
Ni mi ingenio ni mi ilustracion alcanzan poder ofrecer á V. un trabajo original, digno de que el esclarecido nombre de V. se imprima á la cabeza de páginas mias; ampárome, pues, en el talento del célebre Soulié y dedico á V. la pobre version de una de las mejores obras del gran publicista frances.

Si grandes han sido mis atrevimientos poniendo mis manos sobre **Las Cuatro épocas**, y colocando el nombre de V. al frente de mi traduccion, sirvanme al ménos de disculpa la mucha aficion que profeso á aquel insigne escritor y el grandísimo deseo que me anima de probar á V. mi adhesion, mi amistad y mi gratitud.

De V., con la más distinguida consideracion,

Guillermo Autran.

Chiclana, Enero de 1877.

DON PRAEDES MATEO ZARATEA

MUY SEÑOR MIO Y MI DISTINGUIDO SEÑOR
El tal trabajo es mi distincion alguna poder
ofrecer a V. en trabajo original, de los de los
El esculptura hecha de V. se impuso a hacer
de los de algunas otras: impreso, pero en el
talento del colorido fuerte y bello a V. y en
version de una de las mejores obras del gran
publicista francés.

El trabajo ha sido mi distinguido se-
ñor, mi trabajo es mi distincion alguna poder
ofrecer a V. en trabajo original, de los de los
El esculptura hecha de V. se impuso a hacer
de los de algunas otras: impreso, pero en el
talento del colorido fuerte y bello a V. y en
version de una de las mejores obras del gran
publicista francés.

Quedo atento a sus señalamientos

Atentamente, Juan de los Rios

PRÓLOGO DEL EDITOR.

La obra que ofrecemos hoy á los constantes favorecedores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL es una de las más notables que el mundo literario debe al inmortal SOULIÉ. Sus Cuatro épocas es un libro que al par instruye y deleita, retratando, en el relato de cuatro interesantes historietas, los hábitos y costumbres de los *Celtas*, los *Galos*, los *Romanos* y los *Cristianos*, con tan hábil ingenio y tanta propiedad, que el pensamiento se remonta é identifica con los tiempos á que cada una de ellas se refiere.

Vertida toda la obra al castellano severamente por la correcta dición del conocido literato *D. Guillermo Autran*, é ilustrada con un considerable número de no-

tás, publicamos hoy la primera parte, y sucesivamente, ó alternando con las demás producciones que tenemos ofrecidas, se darán á la luz de la imprenta las otras partes restantes.

Madrid, Enero de 1877.

— 10 —

PRIMERA ÉPOCA.

LOS CELTAS.

I.

Era la estacion triste y sombría en que se cubre la tierra de amarillenta alfombra formada por las hojas secas que se desprenden de los árboles, quedando estos despojados de sus vestiduras, á semejanza del hombre cuando se dispone y prepara á un prolongado y tranquilo sueño. Porque el otoño es, á no dudar, el crepúsculo vespertino de la noche-invierno que representa el sueño de la naturaleza: son las horas en que duermen los perfumes, y la vegetacion reposa durante ese tiempo-noche para adquirir nuevas y vigorosas fuerzas al despertar bella y engalanada en el amanecer de la primavera.

Tambien era la más triste hora del dia, esto es, el crepúsculo de la tarde: el sol, rojizo y ensangrentado, habia desaparecido ya del horizonte, y una espesa bruma,

producida por las evaporaciones de grandes lagunas y pantanos que se extendían al Occidente, apagaba más y más la tenue claridad del anochecer; la luna comenzaba á elevarse, rojiza también y ensangrentada, deslizando su pálido resplandor por entre las nieblas de otros cenagales y marismas situados hácia el Oriente.

El país que se procura describir era, en la época de que se habla, una inmensa continuación de bosques y espesuras, interrumpida, aquí y allá por extensas vegas y llanuras; algunos de éstos últimos terrenos se hallaban groseramente labrados por el azadon, y la mayor parte de ellos, al recibir las aguas pluviales que descendían de los montes y colinas, formaban consiguientemente esas inmensas lagunas y pantanos de que va hecha referencia, como lógico resultado de inculca naturaleza. Árboles de copas espesísimas y gigantes coronaban todas las alturas y ejercían constantemente la conocida atracción de los nublados, que se resolvían en copiosa y abundante lluvia, cuyas corrientes se estancaban en las tierras bajas formándose así aquellos cenagales y marismas que por medio de las brumas devolvían sin cesar al cielo el caudal de sus aguas. Por esa razón veíase muy frecuentemente en este país, durante el invierno, un vapor ó nie-

bla que velaba todos los objetos con una densa capa de humedad, teniendo sus habitantes que caminar, á veces, atravesando interminables lodazales, sin que pudiese luchar el sol contra esa aglomeracion de fangosidades alimentadas constantemente con las destilaciones de los montes; y sólo en los lugares cultivados y expuestos á la directa y eficaz influencia del astro-rey era donde se encontraban terrenos libertados de la humedad.

En esos parajes era donde el hombre fabricaba su habitacion ó guarida.

Las casas eran de figura circular con multitud de entradas y salidas en opuestas direcciones, practicadas á intento para facilitar estratégicamente la defensa ó la retirada de ellas cuando llegaban á convertirse en teatro ú objeto de un combate. Sus constructores y dueños las formaban clavando en la tierra una compacta fila de maderos cuyos intersticios tabicaban con una mezcla de arcilla groseramente amasada con hierbas y ramas secas; servíanse del vástago para la techumbre de algunas, y más comunmente del junco; y cerraban, ó mejor dicho, tapaban las aberturas y puertas con pieles de venados sin más fortaleza de resguardo; puesto que lo que únicamente procuraban era estar á cubierto de los rigores del frio, sin cuidarse de es-

tablecer defensa contra los ladrones; porque en estos pueblos, á pesar de su salvajismo, el respeto á la moral pública era la salvaguardia del hogar y de la familia y la mayor garantía de las vidas y de las haciendas, castigándose el hurto y los latrocinios con severísimas y terribles penas.

En el centro de cada poblacion se elevaba un edificio de la misma clase, aunque más espacioso y más curiosamente construido que los demas. Allí, como en todas partes, entónces y siempre, el magnate ha querido ostentar con la grandiosidad y la opulencia de su morada el lujo de su poder y de su riqueza.

De un edificio semejante, ya cerrada la noche, salió un hombre de elevada estatura.

La vestimenta de aquel hombre consistia en una sencilla túnica; pero aunque tan modesto traje no llevase adorno alguno, aunque no ajustase su cuerpo un cinturon con placas de oro ni se engalanase con un precioso collar, bien se dejaba ver en su majestuoso continente que era uno de los más principales de la ciudad. No usaba, en efecto, la barba crecida como los guerreros de rango secundario, ni la llevaba completamente rasurada como los individuos de condicion humilde ó inferior; sino que se notaba en su fisonomía la proyeccion de un

poblado bigote que era el signo con que se distinguían los nobles celtas, y cuyo uso estaba permitido solamente al valor extraordinario ó á la suprema autoridad.

Porque ese país pantanoso bajo un cielo húmedo y sombrío era el país de los celtas; esa ciudad era la más importante y considerable del territorio (1) y ese hombre era el personaje más poderoso de la Céltica, el rey Ambigat.

Cuando el monarca celta se encontró fuera de la ciudad, dirigióse por una calzada ó camino construido, sobre un terreno fangoso, con troncos de árboles cuyas junturas estaban rellenas de pedernales á manera de empedrado; avanzó rápidamente por esta vía, en medio del más profundo silencio, y encaminóse resueltamente á un bosque espesísimo que, en forma de anfiteatro, se extendía alrededor de la ciudad, aunque á una gran distancia.

Bien pronto la luna, elevada sobre el horizonte, alumbró los pasos de Ambigat. El silencio de la noche solo era turbado por el zumbido del viento al traves de las ramas de los árboles y por el estridente grito de algun castor que se precipitaba huyendo á las aguas al sentir la aproxima-

(1) Entiéndese por Gallia Céltica la parte de las Galias comprendida entre Bélgica, el Rhin, los Alpes, la Aquitania y el Océano. (N. del T.)

ción del hombre. En esta comarca, llamada hoy el Berry, de cuyo primitivo nombre no se tiene noticia histórica, abundaban entónces los castores; las invasiones de la especie humana han arrojado de la Europa á ese precioso animal, y bien pronto no habitará tampoco en el Canadá ni en ninguno de los parajes del extenso continente americano, donde poco á poco va penetrando la civilizacion con pasos agigantados. Puede adquirirse una aproximada idea de cuál debiera ser en aquellos remotos tiempos el estado físico de las Galias, si se conocen las condiciones de existencia para estos inteligentes mamíferos en las desiertas, pantanosas y frias comarcas del Canadá.

Ambigat habia llegado al lindero del bosque, deteniéndose ántes de penetrar en él, no para descansar á causa de la fatiga del camino, sino para reconcentrar sus ideas y su pensamiento; no era su cuerpo, era su conciencia la que tenía necesidad de fortalecerse en el momento de penetrar por los sombríos senderos de la selva. Y, sin embargo, Ambigat era ya anciano; su bigote y cabellos blancos así lo atestiguaban; pero estas señales, que debieran hacer suponer su debilidad física, no imprimian en su fisonomía sino el sello de una madura experiencia, con la que se armaba contra

los terrores que la noche y la soledad suelen infundir á las almas vulgares. No era, pues, el miedo lo que turbaba el espíritu de Ambigat, cuyo cuerpo conservaba, por lo demas, agilidad y vigor; pero el sentimiento de supersticion que inspiraba á todo celta la proximidad del Sagrado Bosque, dominaba el alma de Ambigat con tanta influencia como pudiera ser dominado el débil espíritu de una mujer ó de un niño.

La madurez de sus años le habia hecho testigo en muchos ocasiones de los prodigios sorprendentes que se habian verificado en aquel bosque; y como rey, conocia el misterioso y terrible poder de los sacerdotes que habitaban en aquel solitario retiro. Tal vez sus dudas ó su falta de fe sobre la realidad ó legitimidad de ese poder extraordinario y sobrenatural contribuyeran ó fueran causa de los supersticiosos sentimientos de Ambigat.

Cuando un hombre cree ciegamente en los misterios de una religion, disminuyen para él los terrores de esa misma religion, por severa y tremenda que ella sea; porque la fe y la tranquilidad de la conciencia son el más fuerte escudo contra aquellos terrores. No se teme ciertamente la ira de los dioses á quienes se adora y se pretende agradar.

Ambigat, por el contrario, habia perdi-

do la fe conservando sus remordimientos. Durante su ya largo reinado habia observado que el interes personal, egoista y mundano, dictaba en muchas ocasiones los fallos y la conducta de los Druidas, y desconfiaba, por tanto, que fuese una verdad la divina mision que ellos se atribuian; pero, por otra parte, no habia sabido explicarse jamas los raros prodijios que obraban los sacerdotes, y les suponía dotados de cierta inspiracion ó talento superior.

El Rey de los Celtas, pues, se dirigia á los Druidas con el propósito y el intento de engañarlos, y con la conciencia intranquila, temiendo que los sacerdotes adivináran los sentimientos de su alma.

Ambigat experimentaba ademas otra idea de terror más material á la vista de los lugares que se proponia atravesar.

La espesura de aquellos corpulentos y seculares árboles, aunque desnudos de sus hojas, producía una lúgubre y pavorosa oscuridad: á traves de los gruesos troncos y unidas ramas deslizaba la luna sus pálidos rayos, que parecían poblar el bosque de blancos fantasmas, los unos tendidos sobre la tierra y los otros de pié apoyados en algun árbol ó sentados en sus negras horquillas. Lastimeros y siniestros sonidos escuchábanse por doquiera sin cesar; ora reconocían por causa las vibraciones metá-

licas de las armas de todas clases que pendían de los árboles y que, movidas por el viento, batían unas con otras, ó bien los silbidos de las cuerdas de algun arpa colgada asimismo de un árbol, ó ya, finalmente, de los esqueletos humanos que, suspendidos de largos y flexibles cueros, entrechocaban sus osamentas con ruido seco y espeluznante.

Ese cuadro, que tan pavoroso aspecto presentaba á la vista, era más aterrador aún por los recuerdos que evocaba; porque aquellas armas, aquellos instrumentos y aquellas calaveras eran los símbolos ó fúnebres emblemas que atestiguaban tal ó cual suplicio y daban á conocer la personalidad de las víctimas que en expiación de algun delito habian sido sacrificadas sobre el tremendo altar de la sangrienta divinidad á quien se rendia culto en aquella selva. Ambigat lo sabía y tenía tambien la conviccion de que la resistencia á las órdenes de los Druidas, ó la duda solamente sobre la lejitimidad de su extraordinario poder, era, de todos los crímenes, el más bárbaramente castigado por los sacerdotes y el que habia aglomerado allí la mayor parte de aquellos horribles trofeos.

El Rey celta habia luchado muchas veces oponiendo contra la autoridad del sa-

cerdocio sus prerogativas de monarca, y esto aumentaba también los remordimientos de su conciencia y el temor de que sus intenciones pudieran ser descubiertas por la divina inspiración que los Druidas aparentaban poseer; era, pues, muy lógico y consecuente el sentimiento de terror que preocupaba su espíritu, aunque no le dominase por completo; puesto que, como hombre y como guerrero, era Ambigat el más animoso é invencible de su nación.

A pesar de esos temores, á pesar de ese terror, y á pesar de tantas incertidumbres y supersticiones, era de tal importancia el interés que guiaba los pasos de Ambigat, que al fin el Rey avanzó rápidamente por medio del bosque.

Luego que hubo atravesado una grande extensión de la selva, detúvose otra vez, ántes de penetrar en un recinto de más vasta espesura; el anciano dirigió en derredor de sí ávidas miradas y su fisonomía expresaba las contradicciones de sus pensamientos y el estudio de una arriesgada empresa hácia la cual caminaba, empero, con meditada resolución.

Después de algunos instantes de reflexión prosiguió de nuevo su marcha por entre aquella cerrazón del bosque, penetrando luego en una especie de plaza ó paraje despoblado donde se elevaban acá

y allá gigantescos monumentos; dos grandes y toscas piedras enclavadas en la tierra, y otra tercera piedra colocada horizontalmente sobre aquéllas, formaban cada uno de esos sencillos pero sangrientos altares que señalaban fatales conmemoraciones; pues en ellos habian sido sacrificadas las víctimas humanas cuyos esqueletos y reliquias pendian de las ramas de los árboles. La sangre que los salpicaba era el único sistema de ley escrita adoptado en respeto á la igualdad ante la ley que severamente observaban aquellos pueblos; la del rico y la del pobre, la del noble y la del vasallo estaban allí mezcladas y confundidas; y la última que se habia derramado, conservándose aún fresca y tiñendo las piedras de un enorme altar, era la de un individuo de la familia real, la de un sobrino de Ambigat. Y para comprender hasta qué extremo llevaban los jueces Druidas su inflexibilidad, debe tenerse en cuenta que, según las costumbres de los celtas, el hijo de un hermano gozaba iguales, si no mayores, preferencias que el hijo propio (1).

Al aproximarse á este monumento procuró Ambigat evitar su vista, pero sin de-

(1) *Sororum filiis idem apud avunculum qui apud patrem honor. Quidam sanctiorem actiorem que hunc nexum sanguinis arbitrantur.*

tenerse, sin que ninguno de sus movimientos denunciase que habia experimentado la menor emocion; sabia muy bien que el más insignificante indicio de pesar ó de indignacion seria descubierto por los sanguinarios señores de la selva, quienes formularian por ende una tremenda acusacion. ¡Cuántos secretos habia creído Ambigat ignorados y, sin embargo, el misterioso saber de los Druidas se los habia descubierto como si los hubieran leído en su conciencia!

Ambigat continuó, pues, aceleradamente su marcha, viéndose de repente obligado á dar un gran rodeo para salvar una fangosa y hedionda laguna junto á la cual pasó con indiferentismo. Dicha laguna era, no obstante, un lugar y un instrumento para determinados suplicios; en ella expiaban sus crimines los traidores y las adúlteras, despues de sufrir horribles tormentos y crueles mutilaciones; miéntras que los reos de los demas delitos eran *piadosamente* sacrificados en los altares. Así distinguian el crimen de la infamia, y de este modo procuraban que el castigo del primero quedase expuesto como saludable ejemplo á la vista del pueblo, sepultando la infamia en las profundidades del fango para que no dejase rastro de haber existido entre ellos.

Después de trasponer esos dos lugares tan siniestros, se presentó de nuevo ante la vista de Ambigat la espesura del bosque, aún más denso y poblado; titubeó por última vez delante de un agreste sendero, decidiéndose al fin á dar la señal debida para advertir á los moradores de estos retiros que un profano solicitaba penetrar en ellos. Un sonido lento y prolongado, semejante al de una trompa ó caracol, resonó en toda la selva, y casi al mismo tiempo una voz lúgubre y misteriosa invadió el espacio pronunciando estas palabras:

— ¿Qué pretendes, rey Ambigat?

— Conferenciar con Atax, el poderoso y venerable pontífice de los Druidas.

— Sígueme, respondió la voz.

Y de repente apareció delante de Ambigat una figura fantástica, un cuerpo luminoso de blancos ropajes que comenzó á caminar en silencio; el Rey celta siguió sus pasos sin poder adivinar de donde había salido ni quien le impulsaba en su andar.

Entre tanto, percibiase como á lo léjos un ruido tremendo y formidable que se asemejaba unas veces al retumbar de pesados martillazos sobre enormes yunques, y otras al grito agudo de lastimero gemido; saltaban á cada instante verdosos resplandores á manera de fuegos fatuos, que parecían ojos penetrantes y encendidos que vijila-

ban los pasos del rey Ambigat desde la copa de los árboles y desde el fondo de las breñas.

Por último, después de aquel largo sendero llegó el Rey celta á un recinto circular y espacioso formado de corpulentas y seculares encinas, cuyas ramas entrelazadas constituían una techumbre abovedada; en el centro de este templo salvaje se elevaba una grosera y colosal estatua del gran Teutates, dios sangriento de los Celtas. Entónces, como siempre, el hombre, sin darse cuenta de ello, había representado de aquel modo el símbolo de sus ideas morales; la escultura era bárbara y salvaje, no por falta de arte, sino por ausencia de sentimiento.

Los artistas de nuestra época padecen un grave y lamentable error; creen que el exacto conocimiento de la naturaleza es la primera condicion del arte. Se equivocan: el primer elemento del arte es la fe.

Los siglos señalados con grandes adelantos en el arte no han sido tampoco aquellos en que estaban más ó menos perfeccionados los instrumentos para el trabajo y la ejecucion material, sino aquellos otros que eran llevados, conducidos, por una vehemente y poderosa fe y dominados por el sentimiento; de ahí proceden esos tipos tan diferentes, aunque de extraordinaria

belleza, con que se han representado los dioses de la Grecia y las imágenes del Cristianismo; tipos que hubieran sido igualmente bellos aunque el arte moderno no fuese el estudio del arte antiguo, por más que dichas obras sean la expresión de dos religiones tan diametralmente opuestas y contrarias.

Sí; el arte es, á despecho del hombre, la significación de una creencia que representa su época; y así como en nuestros días no produce sino obras de ingenio más ó menos hábiles, porque ese es el gran pensamiento de nuestro siglo, así en los remotos é incultos siglos de luchas salvajes y de sacrificios humanos, el arte había hecho de la estatua de Teutates un monstruo colosal é informe, no porque desconociese, tal vez las reglas, sino porque respondía ciertamente de ese modo á las ideas de la época sobre la Divinidad.

¿Carecen, acaso, los chinos de civilización relativa? ¿Con la perfección de la mecánica y de los instrumentos no poseen todos los recursos materiales para crear un arte cuya expresión no sea burlesca? ¿Qué les falta pues? Lo que les falta únicamente es la creencia fundamental de una elevada religión; la historia grotesca de sus dioses y divinidades, la sutileza de su mo-

ral religiosa ha sido el origen de sus innumerables y deformes monotes.

Por otra parte, sería conveniente saber á qué civilizacion puede atribuirse el arte gótico; no podrá ciertamente decirse que las artes importadas por los bárbaros de los bosques de la Panonia y de las riberas del Danubio obedecian á otra cosa más que á la magnífica expresion de la idea cristiana; no podrá decirse tampoco que sirvieran de modelo á estos bárbaros los monumentos romanos que encontraban y destruian á su paso por las comarcas que conquistaban; no habrá nadie que se atreva á decir que Notre-Dame es una imitacion del Pantheon, ó la Catedral de Sevilla un estudio del Templo de Diana. El arte que con la antigua fe heroica se habia alojado en Roma, centro de la más avanzada civilizacion, nació inspirado estéticamente en la Germania y en la Hungría con una nueva fe entre las luchas de la barbarie.

No puede, por tanto, dudarse que la estatua de Teutates, tal como la describen los historiadores antiguos, era más bien la expresion de las creencias morales y religiosas de su época, que no un testimonio de ignorancia y atraso; porque en aquellos tiempos, los Celtas, mejor aún que los mismos Romanos, sabian someter ductilmente

el hierro á los más variables caprichos de la imaginacion, y trabajaban con perfeccion la madera para representar ó imitar hábilmente los objetos de la naturaleza ; pero no empleaban ese arte ni ese ingenio cuando elevaban una estatua á su dios , porque este era un dios de sangre , de muerte y de batallas, que exijia víctimas humanas y que devoraba con el incendio las ciudades y los campos.

Ambigat se detuvo ante la colosal estatua de su Dios y vió á poco una especie de fantasma vestido de blanco que se encaminaba hácia él y que parecia surgir y ocultarse alternativamente, segun que los rayos de la luna , deslizándose por entre las ramas de los árboles ó interceptados por ellas, le alumbraban ó sumian en la oscuridad. Cuando ya estuvo cerca del Rey celta pudo éste reconocer á Atax , el Pontífice de los druidas, que le interpeló en estos términos :

— ¿ Qué sucede, oh Rey ? ¿ Qué gran desgracia ó qué suceso extraordinario te conduce á estos sitios ? No es aún la época en que deben tener lugar las fiestas y sacrificios en honor del divino Teutates, ni tampoco es hora para que abandonen el lecho los hombres que gozan tranquilidad en su conciencia, ¿ Qué ocurre, pues ?

— No es precisamente una desgracia ni

un suceso extraordinario lo que aquí me conduce, respondió Ambigat; sin embargo, has podido, como yo ¡oh sabio Atax! observar que algo extraño ocurre en nuestro pueblo, y aunque ninguna manifestacion nos ofrezcan los hechos, es lo cierto que amagan nuestras cabezas grandes males.

—Dí qué desdichas sean las que presientes, y para evitarlas yo consultaré el vuelo de las aves y las entrañas de las víctimas.

—Atax, replicó el Rey, el vuelo de las aves es una prediccion infalible, y la voz de Dios habla en las contracciones de las entrañas de sus víctimas; yo consultaré contigo esos altos misterios cuando te haya revelado mis sospechas y tú hayas reconocido que no son vanos mis temores.

—Habla, pues, ya te escucho.

—¿Aquí? preguntó Ambigat.

—¿Por ventura no pueden ser oídos por el gran Teutates los secretos que vas á revelarme?

—No es la presencia de nuestro Dios la que yo procuro evitar, dijo el Rey; él conoce los temores que se anidan en mi alma mejor que si mis labios los hubiesen expresado; pero lo que tengo que confiarte no deben escucharlo más oídos humanos que los tuyos.

—Aquí los hombres ensordecen como las piedras cuando yo lo ordeno, replicó

Atax, y hasta los árboles prestan atención como animadas criaturas cuando yo lo creo necesario; no obstante, si la turbación que te produce el respeto de estos lugares detiene tus palabras, vén á mi hogar; allí estaremos solos.

Y el gran druida marchó delante de Ambigat, cuya tendencia á la duda encontraba una justificación en las últimas palabras de Atax.

— Si he de dar crédito á sus palabras, reflexionaba el anciano rey, todos los objetos ensordecen aquí cuando él lo ordena; pero, sin embargo, elige un lugar retirado y secreto donde escucharme, cediendo al mismo temor que me atribuye á mí solamente; Atax es el mismo siempre, y si no logro persuadirle de que en esta ocasión nuestros intereses están ligados, no por eso abandonaré la ejecución del proyecto que medito.

El sacerdote y el rey llegaron bien pronto á la morada de Atax, situada en la vertiente de una colina y formada por la naturaleza en la grieta de una enorme peña; una mecha de cáñamo bañada de grasa (1) ardía y humeaba en un rincón de la estancia, que estaba toda tapizada con pieles de

(1) Este es sin duda el primitivo origen de nuestras bujías. Los latinos tomaron la palabra céltica *cantol*, convirtiéndola en *candela*, que es asimismo la nuestra.

zorros y castores. Ambos tomaron asiento, el uno frente al otro, en toscos y cortados troncos de árboles igualmente cubiertos con pieles; sólo las moradas de Ambigat y Atax eran las que poseían semejantes comodidades, porque tanto lujo no estaba permitido sino exclusivamente á los dos personajes más poderosos de la nación celta.

El Rey fué el primero que al entablarse el diálogo habló de esta manera:

— Tu sabes, Atax, los medios de que me he servido y los combates á que he llevado mis armas, para reunir bajo mi mando el territorio y los pueblos que forman nuestra nación; tú sabes también que mi celo y prudencia han sido parte para que todos depongan sus ódios, rivalidades y rencores, atrayéndolos á la unión; y tú, finalmente, no ignoras que con la guerra he conquistado la paz que disfrutamos.

— Así es, en efecto, dijo Atax; yo he visto muchas veces hermoseados los altares de nuestro templo con la sangre de tus prisioneros, y en verdad que van trascurridas muchas lunas durante las cuales no ofrecemos en ellos más sacrificios que el de algún miserable criminal ó el de un oscuro extranjero que la casualidad arroja extraviado á nuestros bosques.

— Hay que reconocer, no obstante, que

si así sucede es sin duda alguna porque el gran Teutates lo ha querido, respondió Ambigat con acento hipócrita y humilde, pero lo que seguramente no puede querer Teutates es que la numerosa población que en este país ha crecido y se ha multiplicado con el disfrute de la paz, se vea escitada por la ociosidad para volver irreligiosamente contra él sus inconsideradas palabras, y contra mí las armas que ha fabricado en su prolongado reposo, sin tener ocasión de hacer uso de ellas. Bien sabes, como yo, que cuando nuestros guerreros vuelven á sus hogares despues de haber dedicado una ó dos horas á la caza, pasan el resto del dia tendidos sobre la tierra y quejándose de su inaccion. Tal es el carácter de nuestro pueblo; vive en el descanso y detesta la ociosidad.

El Druida escuchó este razonamiento del Rey observando atentamente su fisonomía; de antemano habia meditado él mismo sobre el peligro que le señalaban las palabras de Ambigat; pero no convenia á su prudencia manifestarlo desde luégo, ni á su orgullo sacerdotal asentir de un modo absoluto.

— Las palabras sacrílegas é inconsideradas de los hombres, dijo, son tan impotentes contra Teutates como la furia de los vientos contra los montes eternos que él habita.

Sonrióse Ambigat y replicóle sutilmente.

—Es indudable; pero si los huracanes no quebrantan la montaña, pueden arrollar alguna vez los edificios que los hombres levantan sobre ella.

El Sacerdote druida, que no podia desconocer la irresistible fuerza de aquella argumentacion, guardó silencio por algunos instantes, y describiendo luégo en sus ideas una rápida elipse por encima de su propio peligro, para no confesarlo ni discutirlo, preguntó al Rey:

—¿Has descubierto, Ambigat, alguna conspiracion contra tu poder?

—No me refiero á ninguna clase de maquinaciones tramadas en el misterio, replicó Ambigat, sino al sordo rumor de males y descontento que se escucha por todas partes; no es que se atravesese en nuestro camino la espada de un oculto enemigo, sino que observo los síntomas de una tempestad cuyo desencadenamiento amenaza envolvernos.

—Tienes razon, Rey, son muy escasas las ofrendas, dijo el Druida.

—¿Qué pretendes que ofrezcan á un Dios inútil? observó Ambigat en voz baja; puesto que Teutates no lleva ya sus pueblos á la victoria, no tienen necesidad éstos de comprar su proteccion.

—La negligencia es grande, en efecto,

añadió el sacerdote; pero si existe por ello responsabilidad, seguramente pesa sobre el Rey que ha transformado en un pueblo de campesinos y labradores al pueblo escogido por el cielo para manejar la espada. Por otra parte, tambien aumentan los crímenes, y el latrocinio se comete con harta frecuencia.

— Acaso pudiera formularse por eso un tremendo cargo contra los sacerdotes, que en vez de castigarlo no aciertan jamas á descubrir á los culpables si éstos distraen sus pesquisas ó aplacan su justicia con alguna hermosa res ó fecunda yegua, que resulta extraviada en el sagrado bosque.

— ¡Te atreves, oh Rey, á lanzar contra mí semejante acusacion!

— No seguramente contra tí, se apresuró á contestar Ambigat; pero sí ante tí para que vijiles á los que están bajo tu dependencia, los cuales burlan alguna vez tu celo y actividad.

No satisfizo mucho al sacerdote esta explicacion, pero Atax aparentó aceptar, por su parte, la excusa que se le ofrecia, con la protesta de no llevar intencion de acusarle directamente.

— Yo vijilaré sobre este punto, respondió; pero ¿sabes tú si entre los guerreros se fomentan acusaciones de esa índole? preguntó el Druida con interes.

—Nadie las ha formulado aún, contestole hipócritamente Ambigat, pero el abandono y la escasez de sacrificios sagrados pudiera infundir sospechas..... En cuanto á los cargos que se me imputan á mí, no sucede ciertamente lo mismo; los pensamientos son ménos discretos, y las palabras llegan á mis oídos por autorizados intermediarios. Mis dos sobrinos, Sigoveso y Belloveso, se duelen ante mí y se quejan en voz alta de la inercia en que tengo sus mocedades; hán por deudos y amigos un séquito numeroso de los más valientes y poderosos de la nacion, á quienes incitan, no solo con sus arengas sino con las trovas de sus bardos, que repiten constantemente á sus oídos las proezas y hazañas de sus antepasados.

— ¡Á ese incendio debemos arrojar leña!

— No, Atax, á ese torrente debemos abrirle cauce para expulsarlo fuera de nuestros dominios. Escucha : hácia el Este y el Sud de nuestras tierras existen fértiles comarcas ocultas y separadas de nosotros por las cumbres elevadas de unas montañas que se llaman los Alpes.

—¿Cómo has podido averiguar eso? preguntóle severamente Atax. ¿Por qué te permites traspasar con tu mirada los límites de la tierra que te ha sido confiada?

Ambigat no se preocupó con la egoista

acritud del sacerdote, y objetóle lleno de impaciencia :

— ¿No lo has oído contar á tus druidas llegados hace dos años del pié de esas montañas, cuya existencia les fué descubierta por esos extranjeros que vinieron á fundar una colonia á orillas del Bebre?

— ¿Y bien? dijo Atax.

— ¡Y bien! replicó el Rey. Digo que me parece denigrante para nosotros el que unos hombres de tez morena, que hablan un idioma tan suave y delicado como sus débiles miembros, hayan tenido la osadía de constituirse en el territorio de los formidables Celtas, y que nosotros, más fuertes, más valientes y más numerosos, no hayamos invadido el país de esos extranjeros tomándoles sus tierras y levantando en ellas nuestras moradas.

Atax quedó pensativo durante algunos momentos, y despues preguntó al Rey :

— ¿Deseas ser tú quien conduzca nuestros guerreros á esas conquistas?

— No, respondió Ambigat, la edad ha helado mi sangre y aniquilado el vigor de mi cuerpo. Ya no son los tiempos en que mi agilidad en la carrera causaba envidia al ciervo; ni aquellos otros en que, fiando en mi ligereza y en la robustez de mis músculos saltaba firme y decidido sobre una almáciga de puntiagudas espadas sem-

bradas en la tierra por sus empuñaduras (1). Tampoco puedo ya, como en otros días, impedir el paso en un estrecho sendero á los dos más fuertes guerreros de mi nación, sin que sus sendos esfuerzos lograsen quebrantar la inexpugnable barrera de mis brazos; bien recordarás que éstos eran los juegos de mi juventud. Pero, añadió, mis dos jóvenes sobrinos, hijos de mi hermana, pueden mandar la expedición: Sigoveso, tan rico en máquinas de guerra y en carros (2), y Belloveso, inventor del escudo thyrese (3).

—¿Y arrastrarán consigo esa masa turbulenta que te amenaza, no es cierto? preguntó Atax.

—Sí, dijo Ambigat, el país quedará purgado de esos espíritus inquietos y pensadores, que buscan la razón de todas las cosas y que demandan algunas veces el por qué de darse á unos el trabajo y á otros los bienes y las recompensas.

—¿Y qué has resuelto?

—Nada sin consultarte; pero creo que

(1) Una de las pruebas de valor y fortaleza á que debían someterse los jóvenes celtas, para ser admitidos como guerreros.

(2) Aquí la etimología filológica se remonta también á los Celtas, porque *carro* viene de la palabra céltica *carrí*. César, en sus *Comentarios*, dice *carrus*.

(3) Enorme escudo que á la vez servía de defensa para cubrir el cuerpo del guerrero y también para vadear los ríos.

sería prudente enviar á todas las provincias hábiles emisarios para advertir á sus habitantes que en la Asamblea general de la Nación, que ha de celebrarse al llegar la primavera, se ha de acordar una guerra formidable, y que los que en ella quieran tomar parte deben acudir preparados.

— ¿Y en qué fundamentos has de apoyar, Ambigat, la necesidad de esa guerra?

— He venido á verte, Atax, para que consultes si será agradable al gran Teutates.

— La guerra es siempre agradable al dios de las batallas.

— ¿Teutates la aprobará pues?

— Dentro de dos dias podré contestarte.

— Dentro de dos dias volveré á verte.

— Es inútil; tu ausencia puede llamar la atencion del pueblo, porque tú sabes que lo mismo de noche que de dia tienes el sagrado deber de responder á los que se presenten á tu puerta. Basta que una vez hayas abandonado secretamente tu hogar; si Teutates aprueba tus proyectos y si considera justa la guerra, llegará su voz hasta tí dentro de dos dias.

Despues de este diálogo el Druida y el Rey se separaron, y Ambigat emprendió el camino hácia su real morada.

II.

Como seis meses despues de la conferencia que se acaba de referir, precipitábanse por los tortuosos senderos que descenden de las colinas y serpentean á traves de los bosques y pantanos de la Céltica, várias, al parecer organizadas, caravanas de viajeros.

Una de estas expediciones avanzaba por la comarca habitada entónces por los tectósagos y con direccion á los llanos donde hoy se asienta la ciudad nombrada Carcasona (1). Sobre un carro de guerra tirado por dos caballos, y á la cabeza de esta expedicion, marchaba un jóven de aspecto bello y animoso, que, de espaldas hácia los lugares donde le conducian sus caballos, derramaba una extensa mirada sobre su séquito y parecia enviar su último adios á la tierra de que se alejaba. La muchedumbre que de tropel y en monton le seguia, y á la que él contemplaba de tiempo en tiempo, presentaba un aspecto miserable: las gentes que la componian vestian un ropaje pobre y deteriorado: sus túnicas, de un grosero tejido de lana, estaban raidas y descoloridas, y sus bragas completamente

(1) Capital del departamento del Aube con 19.000 habitantes.

desgarradas: por último, el cinturón de donde colgaban sus espadas, carecía de toda clase de adorno. La miseria y pobreza que presentaban en sus vestidos parecía aún más terrible al observar sus personas. Los hombres tenían casi todos el rostro lívido, descarnado y macilento, retratándose en sus fisonomías el hambre y el desfallecimiento de sus débiles miembros: las mujeres, abatidas, jadeantes y con las frentes bañadas de sudor, caminaban á pié llevando sus hijuelos sobre las espaldas, y en algunos trozos del camino se asian las infelices á las extremidades de los carros, donde yacian tristemente sepultados sus esposos, buscando así una ayuda para avanzar, que difícilmente y con gran trabajo les prestaban las extenuadas bestias uncidas á ellos.

La numerosa comitiva trepaba el repecho de una colina, y el sol de Mayo añadía la pesantez de sus rayos á la fatiga de la marcha y á la penalidad de la subida.

Inmediato al carro que iba á la cabeza, distinguíase á un hombre, de barba y cabellos blancos, cabalgando sobre un asno. El lucido aspecto de este hombre y el de su bestia atestiguaban que ambos se hallaban mejor alimentados que toda la legión de hombres y animales que les seguían.

Cuando el capitán ó jefe de esta turba

llegó á cierta altura, pudo amargamente observar que la fila de carros que caminaba en pos de él estaba rota y desunida: ninguno marchaba inmediatamente despues del que le precedia, y se distinguian muchos y desordenados intérvalos. Luégo que el jóven *guerrero* hubo examinado un momento tan lamentable espectáculo, se inclinó hácia el anciano, y modulando su sonora voz hasta el tono de la súplica:

— Astrucion, le dijo, vuelve la vista y contempla á nuestros soldados y á sus mujeres que apénas pueden seguirme, aunque procuro contener la fogosidad de mis caballos. Toma tu arpa y entona algun canto que reanime su valor y les haga más soportable la fatiga del camino.

El anciano miró al jóven de reojo, y le respondió con tono irónico:

— ¿Dónde está, Bebrix, mi parte del botin para que yo cante?

— ¿Tu parte del botin, bardo? objetóle Bebrix. — Si tus cantares han de infundir ánimo á mis guerreros para conquistarlo y tú me rehusas tu voz, ¿cómo he de llegar á conseguir ese resultado?

— ¡Maldigo el dia en que me ligué al porvenir de un jefe tan pobre como tú!

— Yo tambien maldigo el dia, añadió Bebrix, en que te elegí para bardo de mis tropas, cuando habias sido expulsado de

la Sagrada Selva por haberte embriagado durante las ceremonias y por haber sustraído á una viuda el cordero que ofrecia en sacrificio por la vida de su hijo.

—Ese crimen no pudo ser probado, Bebrix, y si desde entónces he vivido proscrito y separado de mis compañeros de ciencia, es porque la virtud está sentenciada á sufrir sobre la tierra.

Bebrix lanzó una colérica mirada al miserable bardo, y apoyando su espalda en el fróntis del carro se cruzó de brazos y guardó profundo silencio.

— Tú me dirijes miradas de desprecio, Bebrix, porque soy pobre y porque me ves separado de la comunidad de los míos: haces más todavía; te burlas cuando formulo mis quejas por las persecuciones que sufre la virtud; y sin embargo, debieras tener presente que la historia de mis infortunios es la tuya propia, Bebrix. Perteneces á una familia de raza noble y antigua, eres jóven, eres hermoso y eres fuerte y valiente entre los más fuertes y valientes; pero eres pobre, y cuando has pretendido de Valla su amor y su lecho, te ha despreciado; se ha mofado de tí, y su padre, el viejo Ruscin, ha ordenado que se te arroje fuera de su morada. Aun hay más: no hace muchos días que al presentarte á nuestros guerre-
ros, para conducirlos cerca del rey Ambi-

gat, se han negado á seguirte y han preferido á Saron, á quien has vencido tantas veces en nuestros juegos, y á quien has aventajado siempre en nuestras luchas contra los Íberos. Y todo, ¿por qué? Porque Saron se ha enriquecido recolectando el oro que arrastran las arenas del Ariege (1) que baña sus tierras y sus estados; porque posee numerosos rebaños que siguen á su armada y que aseguran á sus soldados una suculenta vianda despues de una penosa jornada. ¿Por qué has sufrido á la vez los desdenes de la jóven Valla y los de un pueblo? Porque eres pobre. ¿A qué, pues, me arrojas al rostro mi pobreza?

— No es tu pobreza, Astrucion, lo que te mancilla, sino tu licencia y tus vicios.

— Es posible, afirmó el bardo: pero ¿quién te dice que la pobreza no haya podido ser la madre de mis faltas? Aun eres jóven, Bebrix, y no has tenido ocasion de luchar más que con la miseria; pero empiezas á vivir, y es posible que durante tu existencia te asalten violentas pasiones que aumenten la desgracia de tu pobreza. Llevas ya en tí el gérmen de esas pasiones, Bebrix: yo he tenido ocasion de observar que cuando Saron se presentó delante del pue-

(1) Río que corre por el antiguo condado de Foix, por el Donnezan, el Cousserans y una parte del Langüedoc: en la antigüedad arrastraba arenas de oro.

blo, adornado con sus brazaletes y cadenas de oro, parecia que tus ardientes miradas intentaban fundir el metal en las muñecas y sobre el pecho de tu rival. Cuando el rey Ruscin te ha hecho arrojar fuera de su morada, tú no has manifestado orgullo ni indignacion, y has guardado silencio; pero ni has humillado la vista al suelo dominado por el abatimiento, ni has elevado los ojos al cielo demandándole justicia, sino que has fijado tu siniestra mirada sobre el pecho del anciano en direccion al corazon, que era el sitio donde quisieras herirle. Tú tienes una desmedida ambicion de oro y de venganza: estas dos pasiones ó incentivos que con la posesion de las riquezas pueden considerarse sólo como vicios, conducen con la pobreza al crimen. Tenlo entendido.

— Bardo, dijo Bebrix, sin acusar conmocion; acabas de cumplir uno de los sagrados deberes de tu ministerio, porque me has hecho oir sabios consejos; pero no era eso lo que yo te habia exigido, no era eso lo que continuo exigiendo de tí: el desorden impera en nuestras filas, los más robustos y esforzados van á dejarse vencer por la fatiga y el cansancio. Reanimalos con tus acordes.

— ¿Cómo quieres que yo infunda á los demás un valor que empieza á faltarme á

mí propio? Si al ménos me fuese sustentado con un trago de hidromel (1) ó con alguna moneda de plata....

La fisonomía de Bebrix se contrajo ligeramente, y aunque con repugnancia, se inclinó al fondo del carro, y sacando una pieza de plata de una gran bolsa de cuero que llevaba escondida bajo sus piés, la mostró á Astrucion diciéndole:

— Hé aquí la recompensa que pides sin haberla ganado. El reducido tesoro que llevo conmigo me cuesta demasiado caro, bien lo sabes; y no debo, por tanto, dilapidarlo: procura, pues, no abusar.

— Ciertamente, dijo Astrucion, que el préstamo de ese dinero te cuesta bastante, y que te has obligado á devolverlo en esta vida ó en la otra: la muerte no libertará á tu alma de esa esclavitud, si ántes no has podido salvar ese compromiso (2). Pero

(1) Bebida fermentada, en cuya composicion entra la miel y el agua tibia.

(2) Los celtas, y más tarde los galos, hacian contratos de préstamo en que el deudor quedaba obligado á devolver el importe de la deuda en el otro mundo, si no lo habia pagado ántes de su muerte. Respecto al deudor era un compromiso tremendo, que sólo se contraia bajo la presion de grandes necesidades. En cuanto al prestamista se consideraba como la mejor manera de imponer el capital, y dadas sus creencias de que las necesidades de la vida continuaban despues de la muerte, semejantes imposiciones las juzgaban previsoras. Diodoro de Sicilia hace mencion de estos singulares contratos en su *Biblioteca histórica*. — (N. del T.)

eres joven, Bebrix, y así, pues, no has cometido ninguna gran imprudencia.

— Luégo que la guerra estalle, objetó Bebrix, yo sabré conquistar la mejor parte del botín y no sólo podré librarne de ese compromiso, sino que habré adquirido riquezas que afiancen mi porvenir, resultando que ese préstamo no habrá sido un mal negocio. Entre tanto, canta, Astrucion, y atrae á mis compañeros hasta el término de nuestro viaje.

— Estoy dispuesto; respondió el bardo sacudiendo su blanca cabellera y elevando los ojos al cielo. La vulgar expresion de su fisonomía desapareció de súbito ante la inspirada meditacion á que se entregó realmente, ó bien aparentó entregarse el anciano con magistral y cómica actitud; puesto que siendo la poesía en esta época un medio, era un oficio, sin que en la esencia haya dejado de ser nunca un arte. Astrucion, pues, entonó el himno siguiente:

• Marchemos.

• La Sagrada Selva donde se rinde culto á la estatua del gran Teutates, ha resonado con los ayes de un gemido lastimero: lúgubres alaridos salen de sus entrañas: monstruosos reptiles brotan por doquier, y ensangrentadas llamas han coronado sus más altos arbustos.

• ¡Marchemos!

• Esas siniestras manifestaciones nos anuncian el estallido de una guerra terrible. El rey Ambigat ha convidado á su pueblo: ¿hemos de llegar los últimos al sangriento festin? ¿Tomaremos parte en él cuando ya nuestros hermanos se hayan saciado de sangre y de botin?

• ¡Marchemos!

• El que no pueda llegar será más despreciable aún que el desertor. Porque el que huyó, tuvo fuerzas para huir; mas el que no puede llegar es un débil y un cobarde.

• ¡Marchemos!

• Si no quereis ser maldecidos y servir de escarnio durante vuestra vida.

• ¡Marchemos!

• Si no quereis que vuestros hijos se rebelen contra vuestros mandatos.

• ¡Marchemos!

• Si os aterra la idea de que podais ser alejados de los sacrificios y andar errantes por los bosques como bestias feroces: y en fin, si pretendéis que se respete vuestra tumba

• ¡Marchemos!

Este himno entonado con voz clara, sonora y penetrante, invadió los aires, y el eco fué repitiendo sus notas por todo el flanco de la montaña: como chispa eléctrica encendió el valor en los corazones de aquellos estenuados soldados, que monta-

ron la colina, cuya escarpada ladera los habia tan cruelmente despeado; y á la pocas horas descendieron á una extensa llanura, donde ya se hallaban acampados otros ejércitos. A cada campamento servia de trinchera un círculo formado con los carros de sus guerreros, en cuyo centro vivaqueaban todos los de la comarca ó estado que militaban bajo la conducta ó bandera de un mismo jefe. Bebrix distinguió desde luego el campo de Ruscin y el de Saron. Eran éstos de una extension vastísima: el considerable número de sus carros, pintados de diversos y vivos colores, los circunvalaban y cerraban completamente: hermosos y bien pensados caballos relinchaban sin cesar desde sus amarraderos, y numerosas hogueras ardian por todos los extremos, despidiendo succulentos vapores y anunciando que las provisiones de aquellas gentes eran abundantes.

Aunque este aspecto de riqueza y prosperidad hubiera podido poner más de relieve su pobreza á los ojos del mismo Bebrix, no obstante, una exclamacion de orgullosa alegría se escapó súbitamente de sus labios al divisar los dos ejércitos.

— Compañeros, gritó dirigiéndose á los suyos; los hemos alcanzado. Orgullosos de sus riquezas y desdeñando nuestra miseria, emprendieron su marcha dos dias án-

tes que nosotros. Ved ahí á los guerreros que no me han querido por jefe y á los jefes que no os han admitido como soldados, arrastrando lentamente por los campos su pesada opulencia, en tanto que nuestra humilde pobreza llega en ménos tiempo, sostenida por nuestro valor y nuestra fortaleza. Si ellos se mofasen hoy de nuestro escaso número y de nuestro modesto atalaje, no léjos está el dia en que nos admiren y respeten cuando nos vean ser siempre los primeros en la pelea, y nos envidien luégo por las riquezas y el botin que conquistemos.

Una prolongada exclamacion acogió las palabras de Bebrix, el cual, despues de entrar en la llanura seguido de sus guerreros, fué á asentar el suyo entre los campamentos de Ruscin y de Saron, equidistante de ambos.

Miéntras Bebrix ordenaba é inspeccionaba la colocacion de sus carros en círculo, acudian al límite de sus respectivos campamentos los soldados de Ruscin y de Saron, atraidos por la curiosidad. Los recién llegados fueron acogidos, desde luégo, por sus vecinos, con insultantes y estrepitosas demostraciones de mofa, y cada vez que un carro destrozado ó un caballo sin vigor dificultaba la maniobra, lanzaban contra Bebrix y sus soldados sangrientos sarcas-

mos, agotando el diccionario de los improprios y de los insultos. En un principio los sobrellevó Bebrix con prudencia, y áun procuró contener la irritabilidad de sus soldados; pero el silencio de éstos enva-
lentonó á los provocadores y se aumentaron los ultrajes, hasta el extremo de no burlarse solamente ya de su miseria, sino de la cobardía y de la paciencia con que soportaban y sufrían tan groseras injurias. No bien uno de los más arrogantes y osados hubo proferido tan imprudentes y provocativas palabras, vióse á Bebrix lanzarse iracundo hácia el campamento de Saron, que era de donde partían los más estrepitosos chiflidos y los gritos más violentos, y acercándose á uno de los carros sobre el que se hallaba de pié un guerrero de atléticas formas y de colosal estatura, le habló así :

—Tu me acusas de paciencia; pues bien, Naumes, yo voy á poner á prueba la tuya, y no será ciertamente con las malas palabras como he de castigarte, porque la lengua es el arma que emplean los cobardes; tampoco castigo con la espada á los que manejan la lengua, porque no quiero deshonrar mi acero con la tinta de sangre tan villana. Mira, pues, como los castigo.

Y de repente sacó Bebrix de debajo de su túnica una larga fusta de cuero con

flexible mango de acebo, y describiendo con ella un rápido círculo sobre su cabeza, azotó y cruzó una y otra vez con tremendos chasquidos al formidable guerrero que aún permanecía sobre su carro. Colérico Naumes con tan pública y sangrienta injuria, asió con las dos manos su mortífera azagaya (1) y la arrojó furiosamente contra Bebrix; pero el jóven capitán evadió el golpe con una serenidad y ligereza admirables, dando un salto airoso, y el dardo fué á hundirse en el mismo sitio que él ántes ocupára, enterrándose casi por completo. Entónces Bebrix se apoderó del arma, y despidiéndola con fuerte brazo, por encima de los carros, al interior de su campamento, gritó á sus soldados:

— Ahí va, les dice, un asador que nuestros amigos, los guerreros de Saron, nos regalan para ahumar trozos de buey.

Naumes, indignado más y más con la nueva afrenta que acababa de recibir, toma su broquel y su espada, arrojándose del carro para precipitarse contra Bebrix; pero ántes que sus piés hubiesen tocado sobre la tierra, éste lo castiga segunda vez con el látigo, diciéndole:

(1) Arcaduz, dardo ó azagaya; era una pequeña lanza cuyo regato lo formaba una maza de hierro, y que usaban los celtas para lanzarlo contra sus enemigos ó para golpearlos, según los casos. *Vel cominus vel eminus pugnent.*—(N. del T.)

— No has saltado con limpieza , Naumes, y si mis lebreles no salvarsen mejor que tú tan pequeño obstáculo, yo les haria morir.

Naumes no respondió sino con un colérico alarido, y armado con su pesado acero y cubierto con su inexpugnable escudo, avanzó sobre Bebrix ; éste, cuyos piés aventajaban en ligereza á los del más veloz gamo, evita fácilmente su alcance y se burla de su persecucion. Naumes le sigue encarnizadamente, y aparentando Bebrix dejarse alcanzar, da un salto de flanco miéntras que su enemigo, no pudiendo contener el ímpetu de su carrera, traspasa el sitio donde se habia detenido el jóven, el cual le asesta un nuevo fustazo que le desgarrá las espaldas; vuélvese Naumes furioso, y entónces Bebrix aprovecha este movimiento para azotarlo en el rostro, de donde le hace brotar copiosamente la sangre. Un rugido feroz de dolor y de rabia se escapa del pecho del soldado, y renuévase su persecucion más rápida y más desesperadamente.

Entre tanto las mujeres, los niños y los soldados de los tres ejércitos se habian agolpado al límite de sus respectivos campamentos y presenciaban con ansiedad tan extraña lucha. Distinguiase, entre los suyos, á Saron por el lujo y esplendor de sus vestiduras; Ruscín, que acompañaba á

su hija Valla, estaba á su lado confundido entre los espectadores.

El combate de Brebrix con el gigantesco Naumes se asemejaba, en aquellos momentos, á la fuga de una liebre perseguida por un enorme galgo; los ardidés y extratajemas de Bebrix para burlar al enemigo que tan de cerca le acosaba parecían agotarse, y en vano habia recortado ó cambiado de direccion várias veces en su huida, porque Naumes habia seguido rápidamente sus movimientos. Los aullidos y la algazara de los soldados de Ruscin y de Saron, excitaban á Naumes contra Bebrix, miéntras que los guerreros de éste último permanecían silenciosos, inmóviles y atemorizados con el probable desenlace de aquel duelo singular.

Bebrix habia ya recorrido por dos veces la distancia que separaba el suyo de los dos campamentos vecinos, y aunque Naumes no habia ganado terreno, tampoco lo habia perdido; nadie dudaba, por tanto, que siendo esta una lucha de agilidad, vigor y resistencia; se veria Bebrix extenuado mucho ántes que el robusto atleta que lo perseguia, pues ya en várias ocasiones habia escapado sólo en virtud de desesperados esfuerzos. Pero en el momento en que Valla se presentó al lado de su padre, sobre uno de los carros que cercaban el

campo de Saron, Bebrix lanzó una entusiasta exclamacion, y revolviéndose á cada instante en su carrera, descargaba crueles latigazos sobre su adversario, gritándole con tono sarcástico :

— Vamos, Naumes, vamos, más lijero; repara que nos observa una hermosa jóven.

Entónces pudo comprenderse que si Bebrix habia prolongado la lucha habia sido con el solo objeto de interesar y llamar la atencion á ciertos y determinados espectadores.—Viósele, en efecto, que se encaminó rápidamente al sitio donde se encontraba Valla, dejando á Naumes muy atrás, para tener tiempo de dirigir algunas palabras á la jóven, que se hallaba de pié sobre uno de los carros, teniendo á su lado una mujer de extraordinaria estatura y con el rostro velado por un manto. Bebrix no hizo reparo en esta mujer, y dirijiéndose á la hija de Ruscin :

— Valla, le dijo, ejercito á los soldados de tu amante en la carrera, para que sepan huir cuando se vean frente al enemigo.

— Veo, por el contrario, respondió ella, que los adiestras en la persecucion; debieras no volver la espalda y enseñarlos á encontrar á sus adversarios cara á cara.

— ¿ Es que tienes sed de la sangre de ese hombre y quieres verme frente á él? preguntóle Bebrix.

—La sangre no se vierte sino con la espada, respondió Valla, aludiendo con desprecio á la fusta de que estaba armado Bebrix.

— Tambien se hace brotar con el látigo, replicó el jóven capitan, y más de una adúltera, bajo sus golpes, ha regado con la suya el sendero que conduce á la fangosa laguna donde ha sido sepultado su cadáver y su infamia.

Valla palideció avergonzada, porque su madre habia merecido y sufrido aquel suplicio. Ruscín, trémulo de cólera, gritó á Naumes, que á la sazón llegaba.

— ¡Soldado! te prometo una libra de plata por cada gota de la sangre que ese miserable oculta en sus venas: hiérole sin piedad, que yo te aprontaré la recompensa.

Alentado Naumes con tal oferta llegó á dos pasos de Bebrix, y ya habia levantado contra él su terrible acero, cuando repentinamente se le vió caer á tierra impelido por una fuerza extraña. Era que Bebrix habia enredado hábilmente el extremo de su fusta en las piernas del guerrero, y tirando con violencia le hacia dar con el rostro en el suelo. Antes que el soldado hubiera podido intentar levantarse, emprendió Bebrix la carrera llevándole tras sí á la rastra, en tanto que Naumes dejaba escapar la espada y se destrozaba las manos por asirse á las escabrosidades del ter-

reno. Estos esfuerzos hicieron que cediese la resistencia de la fusta separándose el cuero del mango, que quedó en las manos de Bebrix; pero conociendo éste todo el peligro de la situación, saltó ligeramente sobre la espada, apoderóse de ella, y en el momento que Naumes se ponía de pié, suspendióla un instante sobre su cabeza; más ántes de descargar el golpe, que hubiera puesto término al combate, arrojó el acero al campamento de los suyos diciéndoles:

— ¡Compañeros! Allá vá otro regalo de nuestros vecinos.

Y solo con el mango de acebo de su látigo descargó á Naumes tan tremendo golpe en la cabeza, que el fornido cuerpo del soldado dió en tierra nuevamente con estrépito, como cae la res bajo el martillo del carnicero.

Bebrix se alejó aún esta vez.

Aturdido Naumes por el golpe que habia recibido, levantóse desatentado, dirigiendo inciertas miradas en derredor, como un hombre desvanecido por la embriaguez; presentaba el horroroso aspecto de la hidrofobia vencida que se encarniza en la lucha; una verdosa espuma cubria sus cárdenos labios, y su pecho exhalaba roncadas imprecaciones. Por fin, su vista encontró á Bebrix, que se habia detenido delante del carro de Yalla.

— Te aseguro, decía á la jóven, que ese hombre no podrá ver mis talones sino cuando yo quiera tenerlo humillado bajo mis piés.

Acababa de pronunciar estas palabras, cuando apercibióse que el soldado le acometía con la ferocidad de un jabalí herido que embiste contra el venablo que debe rematarlo, Considerando Naumes que ya no se trataba más que de una lucha cuerpo á cuerpo, se ilusionaba con la victoria, y era tal la cólera que lo cegaba, que habia arrojado el escudo léjos de sí, olvidando que esa era la mayor afrenta para un guerrero (1).

Pero se engañaba: Bebrix habia tenido tiempo de preparar con el cuero de su cinturón el mango de su fusta, y cuando el soldado llegó hasta él, recibió fuertes latigazos en el rostro, por carecer ya del broquel con que ántes se amparaba. Furioso Naumes, avanzó bajo aquella lluvia de golpes; Bebrix retrocedía con agilidad descargándole siempre. Aullando y babeando de ira, el soldado embistió áun: Bebrix continuó azotándole sin piedad. Cubrióse el rostro con las manos y precipitose contra el jóven; pero un fuerte y cruel latigazo le hizo crujir los dedos. No lo de-

(1) *Scutum reliquisse præcipuum flagitium.*

tuvo tanto dolor; pero castigado incesantemente por un brazo infatigable, cada paso le costaba un grito de rabia ó desesperacion. Bien pronto sus vestidos volaron hechos jirones y teñidos de sangre; los anchos y acardenalados surcos, que el látigo imprimia en su desnudo cuerpo, comenzaron á brotar sangre, bajo la accion de nuevos, repetidos y más crueles golpes. Por último, el leon, no pudiendo echar la zarpa á un enemigo que le maltrataba sin cesar y al cual no divisaba sino al traves de la sangre que le velaba los ojos, se detuvo. Abatido y dominado por la desesperacion, reconoció su impotencia; domada la ferocidad de su valor y con los músculos cubiertos de contusiones y dolorosas heridas que visiblemente entraban en estado de inflamacion, retrocedió, vaciló y, finalmente, volviendo las espaldas emprendió la fuga. Un estallido de vítores y aclamaciones de triunfo resonó con alegría en el campamento de Bebrix, silencioso y triste hasta entónces; miéntras que en los campos de Ruscin y de Saron se agitaba la soldadesca desenfrenada á semejanza de un mar tempestuoso y revuelto. Bebrix, entre tantò, perseguia despiadadamente al vencido Naumes descargando sobre él inhumanos azotes, cual si llevase por delante una indómita bestia.

— Ya ves, le gritaba, si tengo paciencia como decias; huye, huye, que yo te seguiré incansable para justificar que tenías razon.

Naumes, aterrado por esa desatentada desesperacion que no procura nada para salvarse, huia, en efecto, sin direccion y sin curarse de ganar un asilo; de modo que Bebrix le hubiera indudablemente hecho morir de tan horrible suplicio si algunos soldados de Saron no se hubieran lanzado á socorrerle. Bebrix entónces se detuvo; otro grupo de guerreros salia tambien del campo de Ruscin, y por todas partes se observaba gran tumulto y espantosa confusion; los carros, al girar sobre sus ruedas para engancharlos á los caballos, crujián con estridente y amenazador sonido; se embridaban los corceles; todos corrian á las armas, y el aire retumbaba con horribles imprecaciones, en las cuales se mezclaba siempre el nombre de Bebrix. Empero ningun soldado se presentaba solo para luchar con el jóven capitan, y todos se aprestaban á un combate general, disponiéndose á vengar la afrenta que habia inferido aquel á uno de los guerreros de Saron.

Bebrix reconoció entónces la loca imprudencia que habia cometido, y se replegó á su campo, decidido á defenderlo con fuerte

ánimo y heroica resistencia; aunque casi cierto de que no podría rechazar el doble ataque de sus enemigos ni el empuje de tan numerosas tropas. Sin embargo, habló algunas palabras á Astrucion, y se vió salir á éste del campamento y trasladarse primero al de Ruscin y en seguida al de Saron.

Ya los carros estaban en pié de guerra y los desgarrados y roncocos ecos de las trompas vibraban en el espacio. No podía dudarse que se trataba de atacar el campamento de Bebrix y, en efecto, fué éste cercado bien pronto por medio de rápidas y bien ordenadas evoluciones; pero en el momento que várias huestes se precipitaban para asaltarlo, fueron contenidas por la severa presencia de unos hombres cubiertos con tálares vestimentas de lino blanco, que se interpusieron entre los ejércitos. Eran los bardos y sacerdotes que seguian á Ruscin y á Saron, los cuales habian sido testigos de las injurias é insultos inferidos á Bebrix, y de la venganza de éste. Esos hombres respetables tenian dos santas y sagradas misiones entre los celtas: la de excitarlos á la pelea contra sus enemigos, y la de calmar sus furores cuando en luchas fratricidas intentaban destrozarse mutuamente. Habian sancionado ó permitido el combate de Bebrix con Naumes, por-

que lo consideraron justificado ó igual; más se interponían ahora para evitar esta colision, porque estando la razon y el derecho de parte de los que eran ménos en número, no tenían por justo que sucumbieran bajo el peso de la brutal fuerza de los más.

Hubo algunos guerreros que bien por osadía, por animosidad, ó ya por exceso de furor, continuaron avanzando sin guardar respeto á los Bardos; y observando éstos la obstinacion y ceguedad de aquellos, entonaron á coró y con atronadoras voces un terrible canto de maldicion contra los que desobedecieran sus mandatos. Un profundo terror sobrecogió á los más feroces; todos permanecieron inmóviles un momento y, por último, inclinando las cabezas retrocedieron lenta y silenciosamente, aplacando sus rencores, y fueron á encerrarse en sus campamentos, como si la atronadora voz del Gran Teutates les hablase desde lo alto del firmamento.

La noche de ese mismo dia hallábase Bebxix tendido sobre la tierra, descansando de sus fatigas, y arropado en la enorme piel de un gran oso que él mismo habia muerto en los nevados montes Pirineos. Observaba á sus soldados que devoraban en silencio algunos frugales alimentos, teniendo por todo licor el agua de una de

esas fuentes que el hospitalario pueblo celta señalaba á los viajeros con un colosal monolito (1), miéntras llegaba á sus oídos, de no apartados lugares, la gritería y festiva algazara de los soldados de Ruscin y de Saron, que se embriagaban con hidromiel al amor de inmensas hogueras, donde condimentaban succulentas provisiones. El contraste que tan de relieve ofrecia á la observacion de Bebrix el aspecto de estos campamentos no podia ménos de contristar su ánimo, y meditaba muy profundamente acerca de la determinacion que deberia adoptar. En un principio habia sido su proyecto adelantarse en la marcha á los ejércitos de sus rivales, porque habíase jurado á sí mismo llegar ántes que ellos á la Asamblea general de la Nacion; pero despues de su combate con Naumes, le detenia la consideracion de que pudieran creer que huia la presencia de Ruscin y de Saron. Por otra parte, le repugnaba seguir en pos de ellos y que sus tropas recojiesen por el camino los despojos y desperdicios de los festines de las otras.

Sumerjido en estas reflexiones se halla-

(1) Los celtas construian fuentes en los campos y en los senderos, indicando su existencia por medio de enormes piedras, á las que empotraban una cadena, y pendiente de ella una escudilla o vasija de hierro para uso del caminante. — *N. del T.*

ba, cuando le hizo estremecer el sonido de una voz dulce, que pronunció su nombre.

— Bebrix, dijo la voz. No creas que hayan dejenarado de su noble raza todas las hijas de los celtas, hasta el punto de preferir el débil guerrero que posea ricos collares y brazaletes de oro al valiente y fuerte soldado que no tenga más patrimonio que su tajante acero y su inexpugnable escudo.

— ¿ Quien eres tú, preguntó Bebrix, que has osado penetrar en mi campamento sin mi permiso? ¿ Quién eres tú que has podido conseguirlo sin que mis centinelas te hayan rechazado?

— Bebrix, el amante que pretende introducirse durante la noche en la habitacion de su manceba, lleva consigo hojaldres de harina y miel para acallar á los mastines que guardan la morada. Yo he venido provista del hojaldre que habia de seducir á los más leales centinelas, y he llegado sin obstáculos hasta aquí, porque tenía mandato de mi dueña y señora para superarlos á todo precio.

Así habló una mujer encubierta, de elevada estatura, que permanecia de pié ante Bebrix.

— ¿ Luégo entónces, una mujer es la que te envía? preguntó el jóven capitan.

— Sí; una noble mujer que te ha visto hoy castigar con valor y destreza la insolencia de Naumes, y que te ha juzgado con más títulos que á tus rivales para marchar á la cabeza de los valientes Tectósagos (1).

— ¿Qué mujer ha podido verme hoy, objetó Bebrix, que no sea la hija ó la esposa de uno de los soldados de Saron ó de Ruscin? Y siendo así, ¿qué interes puedo inspirarle?

— Tu memoria te es infiel, Bebrix, ó fijas poco tu atencion en ciertos detalles importantes. ¿Te acuerdas que cuando Vintex, el emisario de Ambigat, se presentó en tu comarca, no iba solo?

— Recuerdo que le acompañaba su esposa Elomare, la sobrina muy amada de Ambigat, hermana de Sigoveso y Velloveso.

— Y recordarás, sin duda, que no queriendo Vintex exponerla á los peligros de un molesto y largo viaje, la dejó al cuidado de Ruscin y en compañía de su hija Valla, mientras él marchó al país de los Alóbrojes (2).

— En efecto, Elomare debe estar en el campamento de Ruscin, que tiene el honorífico y precioso encargo de conducirla cer-

(1) Pueblos de las Galias en la primera Narbonense, que era la region comprendida entre el Mediterráneo y los Pirineos al Sud, y el Ródano al Este.

(2) Parte de la Galia Narbonense que hoy es la Saboya.

ca del rey Ambigat; pero es imposible que sea ella quien te envia. Elomare, tan admirada por su extraordinaria belleza como respetada por su intachable virtud, no comete la imprudencia de confiar á labios ajenos semejantes mensajes.

—Veo que la conoces perfectamente, respondióle la extranjera con dulce voz y noble ademan. Elomare no podia confiar á nadie esta mision, y por eso mismo vé ahí que es Elomare en persona quien la desempeña.

— ¡Elomare! exclamó Bebrix incorporándose respetuosamente.

— ¿Es cuerdo pronunciar mi nombre en voz alta para que lo oigan todos tus soldados, jóven imprudente? ¿No es mucho que tú lo hayas sabido? Observóle la noble celta con altiva y fria dignidad.

— Elomare, bulbuceó Bebrix con voz apenas perceptible; ¿qué interes ha podido conducirte á mi campamento sola y en medio de la noche?

— Si no lo has comprendido, Bebrix, tendré necesidad de retirarme.

— Y si me permitiere comprenderlo, ¿cómo podria yo corresponder á ese interes?

— Tambien tendria dolorosa precision de abandonarte, si no adivináras la manera de corresponder á él, tristemente apenada

por haberme equivocado en mis apreciaciones y juicios sobre tus condiciones.

— Detente, Elomare, y escucha. Aquí se detuvo el joven capitán, y luego con noble lealtad y franca resolución continuó. Puesto que vienes del campamento de Ruscin, y puesto que eres la compañera de su hija, no debes ignorar..... que amo á Valla.

— Lo sé.

— ¿Y crees que una pasión alimentada en el corazón tantos años, que es mi vida y el alma de mi alma, pueda extinguirse de repente para dar lugar á un nuevo amor?

— Lo ignoro, respondió Elomare después de un marcado silencio, durante cuya meditación se resolvió á variar el rumbo de sus pensamientos. Lo ignoro, repitió, y poco me importa, porque á lo que vengo no es á hablarte de amor, sino de importantes proyectos de grandeza y de poder.

— ¡Habla, habla! interrumpióle Bebrix con marcado sentimiento de júbilo y como si se hubiera libertado de un peso enorme.

— No sería bastante duradera la noche si hubiera de decirte todos mis proyectos. Por ahora sólo importa que sepas que Ruscin y Saron, irritados con el ultraje que les has inferido castigando la insolencia de Naumes, han formado el proyecto de perderte.

— ¡Oh, qué vengan! exclamó Bebrix acariciando su espada, ¡qué vengan! repitió.

— Escucha y aprende, continuó Elomare apagando el sonido de su voz. Te importa ejercer una exquisita vigilancia; cuando la noche cierre por completo y el silencio reine por todas partes, vendrán á merodear alrededor de tu campamento ocultos emisarios de Saron, no con la intencion de apoderarse de tus carros sino para sorprender la buena fe de tus soldados y robarte la fidelidad de ellos: astutamente excitarán á unos con magníficas promesas de bienestar, y regarán la plata en las manos de los otros. Así quedarias sorprendido y asombrado si, queriendo adelantar mañana tu marcha á la de tus rivales, no te seguian tus guerreros, y si te resolvias á caminar detras de aquellos, te verias abandonado de los tuyos; que todos desertarian de tus banderas para alistarse en las de otro jefe.

— ¡Intentan anularme!

— Eso precisamente. Y si lo consiguieran, al llegar tú á la Asamblea general de la Nacion te sería imposible tomar sitio entre los jefes, puesto que no conducias soldados á quienes mandar.

— ¡Ah! exclamó Bebrix, yo castigaré el cobarde proyecto de esos infames.

— ¿De qué manera?

— Combatiéndolos.

— ¡Ah, Bebrix! cuando el oro es el arma de los enemigos no hay combate posible.

— ¿Y qué hacer entónces?

— Vencerlos con el ardid y la astucia que han querido emplear contra tí.

— Ese ardid es el oro que todo lo enfanga y envilece, y mis manos se han endurecido únicamente manejando la férrea empuñadura de mi espada.

— Vé ahí porque te traigo yo ese oro que te falta.

— ¿Tú?

Y Elomare dejó caer á los piés de Bebrix una pesada alforjilla de cuero rellena de joyas y de monedas de oro.

— ¿Todo esto es para mí? preguntó el jóven deslumbrado ante aquel tesoro y como queriendo sacudir un penoso sueño.

— Sí, Bebrix, le respondió Elomare.

— ¿Y á qué precio?

— Ya te lo diré cuando te presentes en la Asamblea general seguido de numeroso ejército, vestido de ropaje suntuoso, engalanado con ricas joyas y montando magnífico y esplendente carro. Bien sabes, Bebrix, que como mujer, como sacerdotisa y como parienta del poderoso rey Ambigat tengo el derecho de asistencia á los consejos. Gozo del poder que alcanza la belleza,

la religion y el nacimiento; calcula tú ahora lo que me será posible conseguir en favor de la persona que esté bajo de mi proteccion.

— ¿Que es preciso hacer para merecerla? preguntó Bebrix procurando dar á su voz una tierna entonacion. ¿Debo amarte á tí que eres la más bella de las mujeres?

— Debes obedecerme, respondió Elomare, con triste y melancólico acento. ¿Olvidas acaso que soy la esposa de Vintex? ¿Olvidas por ventura que la fangosa laguna espera en sus hediondas aguas á las adúlteras? ¿Has olvidado tal vez á la hija de Ruscín?..... Tú amas á Valla, Bebrix; Valla te amará, no lo dudes; hoy ha empezado.

Al decir estas palabras Elomare apartó el velo que cubria su bello rostro, alumbrado en aquel momento por el rojizo resplandor de lejanas hogueras, y su fiera arrogancia hizo estremecer á Bebrix.

— Mírame, le dijo, mírame bien, para que puedas reconocerme en la Asamblea de la Nacion; y no te olvides que has de presentarte en ella como uno de nuestros más ricos y poderosos guerreros.

Y escapando lijeramente, desapareció.

Bebrix siguió con la vista largo rato aquella blanca figura, que la hubiera creído una fantástica y soñada aparicion, si no

viera á sus piés el rico tesoro de que Elore lo habia hecho poseedor.

III.

Todavía trascurrió un mes ántes que los diferentes pueblos y ejércitos, convocados por el rey Ambigat para la Asamblea general de la Nacion, pudiesen llegar al sitio designado para celebrarla.

Una luna despues de los sucesos que se dejan relatados en el precedente capítulo (1), veíanse ocupadas por una inmensa multitud de gentes las llanuras que bañan el Auron (2) y el Eure (3), donde se asienta hoy la ciudad de Bourges (4), residencia entónces del rey Ambigat, y en cuyas cercanías existia el Bosque Sagrado.

Los capitanes y soldados que, secundando la llamada de Ambigat, habian acu-

(1) Los celtas dividian sus años en lunas.

(2) Río tributario del Eure, y al cual se une cerca de Montreuil.

(3) Nace el Eure en unos pantanós en el departamento del Orne, y va á desaguar en el Sena por las inmediaciones de Pont-del-arche, despues de un curso de 65 leguas.

(4) Antiquísima ciudad con 18.000 habitantes. Fué capital del Berry, y hoy lo es del departamento del Cher. Créese que su fundacion data del tiempo de los celtas. Julio César la destruyó 52 años ántes de Jesucristo, y despues fué reconstruida por Carlo-Magno. Ha sido patria de Luis XI, de Santiago Cœur, de Bourdaloue y de Juan de la Chapelle.—(N. del T.)

dido con entusiasmo á dicha Asamblea, eran los Ambíbaros (1); los Caruntos (2), tan célebres por su fiereza y por la solemnidad de sus sacrificios, y que habian practicado el viaje atravesando con mil penalidades los espesos bosques y los desiertos de aquella comarca; los Aulerces ó Aulerques (3), á los cuales habian servido de guía para su camino las riberas del Eure; y finalmente, los Tectósagos, cuyo país se extendia desde las orillas del Ródano á las montañas del Pirineo. Estos últimos eran los más numerosos, y sus tres campamentos ocupaban tanta extension como los de todas las demas tribus. Uno de estos tres campamentos era, á su vez, más extenso que los otros dos reunidos, y pertenecia á los soldados de Bebrix, quién, como se ve, habíase presentado digno de ejecutar los proyectos de Elomare.

En el más reducido de estos campamentos, y bajo una tienda formada con estacas y pieles, hallábanse reunidas tres personas: eran Valla, Ruscin y Saron. Un profundo y absoluto silencio reinaba entre ellos; cada cual se entregaba á su propio

(1) Pueblos que habitaban el territorio llamado hoy la Normandía.

(2) Del territorio de Chartres.

(3) Del país de Evreux, á orillas del Maine y del Loira.
—(N. del T.)

pensamiento ; ninguno manifestaba interes por conocer el de los demas , ni deseos de comunicar el suyo propio. Cualquier observador, que no hubiera estado poseido de la preocupacion de estos tres personajes , hubiera podido leer en la fisonomía de cada uno de ellos los encontrados sentimientos que respectivamente les dominaban. Las facciones de Ruscin se encontraban alteradas por la concentracion de su cólera , al considerarse impotente para penetrar un misterio que no acertaba á explicarse : la melancólica fisonomía de Valla expresaba una honda tristeza , y sus hermosos ojos dirigian miradas de conmisericion y de lástima al jóven Saron , en cuyo pálido, tétrico y afilado semblante se retrataba el abatimiento de su espíritu y la perdida esperanza de sus ilusiones.

— ¡ Es un prodigio inexplicable ! — exclamó Ruscin rompiendo el silencio. — He consultado á los sabios Eubajes (1) acerca de tan extraña desdicha , y me han contestado que no es necesaria la intervencion del cielo para explicar el por qué los soldados han preferido seguir á un jóven fuerte y robusto más bien que á un anciano

(1) Druidas á quienes los celtas consultaban todos los misterios : se dedicaban al estudio de la física, de la astronomía y de la adivinacion.—(N. del T.)

no; á un jóven valiente y animoso mejor que á un.....

Saron se levantó súbitamente.

Era Saron un jóven pálido y rubio, de presencia débil y de estatura poco elevada: su descarnado rostro y la flaqueza de sus miembros acusaban su escaso vigor; pero al ponerse de pié, por la fiereza de su actitud y por el fuego que despedían sus rasgados ojos azules, hubiera podido creerse que bajo aquella mezquina y pobre naturaleza se ocultaba un corazón de hierro.

— Ruscín, — dijo, — procura economizar los insultos y las palabras inconvenientes, que no servirían sino para sembrar el ódio y las desavenencias entre nosotros, sin que por ese medio pudiéramos sondar el origen de este misterio. No me asombra ni me sorprende que los Eubajes te hayan hablado con desprecio de tu vejez y de mi flaqueza, porque vivimos en un siglo y bajo unas costumbres en que la juventud merece más consideraciones que la ancianidad, y en que la fuerza del cuerpo, y no la de la inteligencia, decide solamente el lugar que los hombres deben ocupar entre los justos y entre los poderosos; pero ¿cómo se explican los Eubajes de dónde ha podido adquirir Bebrix el oro que ha prodigado con nuestros guerreros para que deserten de nuestras banderas, y cómo po-

see las alhajas y joyas que ostenta con tanto orgullo y vanidad?

— En efecto, — dijo Valla, — no existe ningun otro guerrero que pueda igualar la magnificencia de Bebrix; su cinturón, formado de estrellas de oro, resplandece como un cielo despejado en noche serena: su collar y sus brazaletes de piedras brillan como los reflejos del sol. Hay que reconocer que, engalanado así, aparece hermoso como el hijo de un rey: casi ha eclipsado á los dos grandes guerreros Sigovesso y Bellovesso.

— ¿Te ha parecido hermoso, Valla? — preguntóle Saron con tono de triste reconvenccion.

Valla comprendió con esta pregunta la interpretacion que podia darse á sus palabras, y sus mejillas se tiñeron de carmin. La observacion de Saron le hizo conocer el extraño sentimiento que se habia apoderado de su corazón, sin que ella misma se diese cuenta de ello. Joven y hermosa, aficionada á la ostentacion, al lujo y al esplendor de las riquezas, habia despreciado siempre el amor de Bebrix, cuya túnica y sayal eran de un grosero tejido de lana, y cuyas armas eran de tosco hierro; admirando, por el contrario, en Saron, la magnificencia de sus vestiduras y el bruñido de sus aceros. Pero desde que pudo admi-

rar la arrogante y varonil presencia de Bebrix y le vió adornado de ricos trajes y preciosas joyas, desmereció Saron á sus ojos, y quién sabe si se reprochó el haberle ántes desairado tan inconsideradamente. Sin duda que, al descubrir por primera vez este sentimiento en su corazón, debió Valla avergonzarse; pero ese mismo descubrimiento la condujo á reflexionar sobre él, y puede suponerse que Saron no debió quedar bien parado en estas idas y venidas de la imaginación de la jóven.

La conversacion siguió su curso, y Ruscin respondió á Saron, á propósito del asunto :

— Los Eubajes, — dijo, — no han querido escucharme, cuando yo les manifesté mis deseos de saber el oríjen de las riquezas de Bebrix.

— Eso no prueba más sino la falsedad de su ciencia.

— Silencio, jóven imprudente, — dijo Ruscin. — Los Eubajes poseen la ciencia en más alto grado de lo que tú puedes alcanzar; conocen el oríjen de más de una fortuna, y tal vez pudieran revelarlo si se les irritase.

Ruscin pronunció esas palabras ajitándose todos sus miembros con un estremecimiento convulsivo y cubriéndosele el rostro de mortal palidez. Saron quedó asom-

brado, porque comprendió la causa de aquel terror.

El caudal que poseía Ruscin tenía una fatal procedencia: había pertenecido á su esposa, y lo había heredado de ésta por virtud de un funesto crimen. En los matrimonios, segun las leyes y costumbres de los celtas, se formaba inventario de los bienes y alhajas que cada contrayente aportaba á la sociedad conyugal, y segun esa misma ley, cuando fallecia uno de los esposos se practicaba la debida separacion: este constante y recíproco derecho tenía una excepcion á favor del marido cuando la esposa, acusada del crimen de adulterio, y convicta ante el tribunal de los Vaceres (1), había sido sentenciada al suplicio del látigo y á ser sumerjida en la fangosa laguna destinada á sepultar su infamia. Queriendo Ruscin poseer las inmensas riquezas de su esposa, había supuesto el adulterio; buscó falsos testigos para probarlo, jueces para sentenciarla, y la desventurada esposa sufrió el horroroso suplicio que Bebrix tan cruelmente había recordado á Valla.

Aunque despues del suceso se dudó en la comarca que ella hubiese cometido el crimen que se le imputó, y aunque se elevó contra el marido un océano de sospe-

(1) Jueces druidas.

chas en vista del cuantioso provecho que habia reportado, Ruscín aparentaba despreciar esos rumores; pero su asombro y su terror fueron indefinibles cuando los Eubajes de la Sagrada Selva le dieron á entender que conocian su secreto. Ruscín ignoraba, como todos los celtas, que una periódica, secreta y misteriosa correspondencia hacía saber al jefe de los druidas, con exactos detalles, los acontecimientos que tenian lugar en las más distantes provincias; y estos pueblos, cuya ignorancia y falta de costumbre era absoluta en materia de comunicaciones y relaciones con los pueblos lejanos, suponian que la distancia debia ser, como la noche del porvenir, un misterio impenetrable que sólo era dado descifrar á los que se hallaban dotados de la ciencia y del poder de la adivinacion.

Ruscín, con la advertencia que recibió del jefe de los Eubajes, á quien habia consultado, no se atrevió á llevar más léjos sus averiguaciones sobre el oríjen de la fortuna de Bebrix, y continuó en la ignorancia de este secreto, sin alcanzar, ni suponer siquiera, que el sacerdote, conociéndolo, podia tener sus razones para no descubrirlo.

Un diálogo, cuyos interlocutores no se decidían á manifestar los sentimientos de

su conciencia, debía sufrir frecuentes y largas interrupciones. Un nuevo silencio volvió á reinar entre los tres personajes; sin embargo, habia cambiado la expresion de sus semblantes. La calma de una laboriosa meditacion habia reemplazado en la fisionomía del anciano á su colérica expresion, y Valla se habia entregado á profundos pensamientos, cuya causa estaba en otra parte, por más que ávidamente la buscaba cerca de sí: solamente Saron conservaba su aspecto triste y abatido.

Ahora tambien fué Ruscín el que rompió el silencio; pero esta vez lo hizo en voz baja y apénas perceptible, como quien tiene miedo de escucharse á sí mismo.

—Aquí se oculta una traicion, dijo. ¿No os ha llamado la atencion el calor y el entusiasmo con que Elomare ha defendido los derechos y las pretensiones de Bebrix en la reunion del Consejo? ¿Qué significa, pues, el interes de esa mujer, que ha encontrado en mi casa la hospitalidad, y que emplea su influencia en favor de un hombre á quien jamas ha hablado?

—Ya te lo han dicho los Eubajes, respondió Saron con melancólica expresion de amargura. Las mujeres, como los soldados, siguen á los más fuertes y apoyan á los más hermosos.

—Me acusas injustamente, dijo Valla

con viveza. Yo he hablado en tu favor, Saron.

Sonrióse irónicamente Saron de la injuria que con tanta candidez le habia dirigido la jóven, y contestóle:

—¿Acaso hubieras podido desertar, Valla, como mis soldados?

—Jóvenes, dejad vuestras amorosas querellas y escuchadme, dijo Ruscin. Vosotros no habeis tenido motivos, como yo, para saber que cuando hemos llegado á estos lugares ha sido bastante un solo hombre para trasportar á la morada de Elomare el cofre que encerraba sus riquezas, cuyo tesoro pesaba tanto al emprender nuestro viaje, que yo mismo, con grandes esfuerzos y ayudado de otro soldado, apénas pude acomodarlo sobre su carro.

—¿Crees tú, padre mio, que Bebrix haya robado á Elomare las riquezas que actualmente posee? preguntó Valla con alterada voz.

—No: el robo ha sido imposible en nuestro campamento. Además, si esas joyas hubieran sido robadas á Elomare, ella las habria reconocido en poder de Bebrix: es más; si no fueran un donativo, ella las hubiera reclamado.

—¿Qué quieres dar á entender? exclamó Saron. ¿Ignoras la magnitud de una acusacion semejante, y has olvidado la

clase de suplicio que preparas á la culpable?

— Lo sé, lo sé, repitió Ruscin con impaciencia, y continuó con creciente calor. Pero también sé que, alarmado con la fuga y desercion de mis soldados, velaba y recorría yo una noche mi campamento; sé que habiendo llegado á la tienda donde debía descansar Elomare, la encontré desierta; sé que habiéndome decidido á esperar su regreso, al penetrar ella en su tienda le turbó tanto mi presencia, que á pesar de su habitual audacia no acertó á demandarme los motivos de mi visita y se apresuró á presentar excusas por su salida; sé, por último, que en el corazón de esa mujer se anidan siniestros y ambiciosos proyectos, que tú también alcanzarías, Saron, si en vez de ser el preferido de Valla, hubieras sido despreciado por ella.

— ¡Oh, Ruscin, qué dices! exclamó Saron pasmado de asombro y de terror.

— ¿Y no has observado, continuó Ruscin, que se animaba con sus propios razonamientos, no has visto que Vintex no ha vuelto de su viaje? Todos los pueblos de las comarcas que ha visitado han llegado ya, como nosotros; pero después de haber pasado Vintex el Ródano ya no se han vuelto á tener noticias suyas, ni ha venido á la Asamblea general ninguno de los pueblos

que habitan más allá de ese río. Esto no significa otra cosa sino que el Ródano ha sido el límite de los viajes y de la vida de Vintex, y por el escaso interés que su ausencia ó tardanza inspira á Elomare, hay que suponer discretamente que ella estaba preparada para no volverle á ver.

— ¡Ruscin! ¡Ruscin! exclamó de nuevo Saron. ¿Has calculado todos los crímenes que revelan tus palabras?

— Joven, tú no sabes adónde conduce la ceguedad de las malas pasiones cuando éstas se arraigan en el corazón de una mujer ambiciosa; tú no sabes por qué horribles senderos llegan esas pasiones al logro de sus propósitos; y tú ignoras, sobre todo, las ficciones y los engaños con que se gobierna á los pueblos y se maneja á los hombres.

Valla escuchaba á su padre con ávido temor, y una súbita palidez descoloró su semblante cuando le oyó hablar de las insensatas pasiones que dominaban á las mujeres ambiciosas. Ni su amante ni su padre se apercibieron de esto, y Saron contestó á Ruscin:

— Es cierto que ignoro todo eso, y me felicito de mi ignorancia; pero quisiera que me explicaras con qué fines ha podido Elomare cometer los crímenes de que la acusas con tanta lijereza. Si Vintex no ha muer-

to, lo cual nadie puede asegurar, ¿ cómo se ha atrevido ella á disponer de las riquezas de su esposo en favor de Bebrix?

—¿ Y quién te dice que no sean las tuyas propias las que ha ofrecido á su amante?

—¿ A su amante? exclamó Valla.

—¿ A su amante? prorumpió Saron. Pero tú conoces bien la ley cruel que castiga á las adúlteras.

—Y sé tambien, añadió Ruscin en voz baja, que lo mismo se tienen testigos para afirmar lo que no es, como para negar lo que es.

— ¡ Locura! dijo Saron. ¿ De qué sirve á su ambicion la fortuna de un amante mientras viva su esposo? Y si éste hubiera muerto, ¿ cómo podrá gozar de esa fortuna cuando pregone la fama el desenfreno y la licencia de la viuda que se da nuevo marido?

—Sin duda que tu juicio es recto y acertado; pero la fama aplaude y celebra siempre la eleccion del soberano, cualquiera que sea esa eleccion. La ley es para los que reinan una cadena que ellos llevan cojida por un extremo con la mano y en el otro extremo están prendidos los piés de todos los demas.

—¿ Y permitirán los druidas semejante sacrilejio?

—Los cantos y las oraciones de los drui-

das bendecirán la elección del monarca, tanto más si recae en una de sus sacerdotisas y acrecienta su poder.

— ¡Cómo! ¡Bebrix! gritó confundido Saron.

— ¡Bebrix! exclamó Valla.

— Bebrix puede escalar el trono por elección de las tropas, porque Ambigat carece de sucesión directa. El más joven y amado de sus sobrinos pereció sobre el altar de Teutates, acusado de impiedad por Atax, el pontífice de los druidas: Belloveso y Sigovesso van á dejar la patria para siempre, llevados de su pasión por las conquistas, y arrastrarán consigo á los más bravos soldados: ¿quién puede asegurar, entre tanto, que Ambigat sobreviva mucho tiempo á esta ausencia? ¿Quién duda, pues, que Bebrix, permaneciendo en el país donde se ha presentado como el más poderoso guerrero de nuestra comarca; que Bebrix, aceptado por los druidas y sostenido por los deudos de Elomare, no sea proclamado jefe soberano de la nación celta?

— ¡Él! exclamó Saron. ¡Cómo, siendo tan pobre en nuestro país que apenas encontró soldados que quisieran seguirle, ha podido Bebrix formar proyectos tan atrevidos!

— No ha sido él quien ha imaginado esos proyectos, Saron; sino que se ejecutan por

él para saciar las ambiciones de una funesta mujer. Como eres jóven todavía, y además te has educado en las sencillas costumbres de nuestras montañas, no puedes comprender, ni áun sospechar siquiera, los terribles y misteriosos secretos de la vida, ni el móvil verdadero de las acciones de los hombres: la experiencia que he adquirido con la edad me facilita el estudio de ambas cosas, y yo te juro que, si se realizan mis sospechas, he de hacer fracasar los planes de Elomare.

Ruscin guardó silencio, y Saron quedó como abismado ante la magnitud é importancia de las cosas que acababa de escuchar. Abatido y triste por la convicción de su debilidad física, que no le dejaba ni la más mínima esperanza de alcanzar la estimación y el prestigio de los celtas en las luchas y juegos que iban á celebrarse, desmayaba más aún por la conciencia que había adquirido de su pobreza intelectual. Se admiraba de la penetración y sagacidad con que Ruscin parecía haber profundizado, analizado y desenvuelto una red de crímenes y una trama de circunstancias y detalles, cuya existencia no hubiera él sospechado siquiera, ni le hubiese sido posible explicarse. Ignoraba que así el mal como el bien tienen la ciencia y conciencia de lo que le es afín ó propio, y no sabía, por

consiguiente, que el perverso tiene la propension de encontrar fácilmente el crimen, porque le da vida y formas en su imaginacion bajo todas sus fases y posibilidades; así como es incapaz y falto de sentimientos para amar la belleza, para presentir los actos nobles y elevados y para comprender las grandes virtudes. Por eso no hubiera podido nunca Saron adivinar los horribles criminales proyectos de los infames; así como Ruscín no hubiera podido comprender tampoco á Saron, si éste le hubiese hablado de los nobles sentimientos de su alma, cuya existencia no conocia aquél.

De nuevo volvió á reinar en la tienda un prolongado silencio, y fué tambien Ruscín, por tercera vez, quien le puso término en el momento de disponerse á abandonarla.

— Sí, dijo á Saron; yo te juro que sabré aniquilar los proyectos de Elomare; yo te juro que te volveré tus soldados, que recuperaré los míos, y que continuaremos siendo los más poderosos de la nacion: y cuando tu matrimonio con Valla hubiese estrechado y afianzado nuestra alianza, veremos quién ha de ocupar en su día el trono de Ambigat.

Las últimas palabras de Ruscín excitaron una contraccion de despecho en el rostro de Valla. Aquel hombre astuto y mali-

cioso, que habia profundizado hasta en sus entrañas, y de suposicion en suposicion, los más secretos giros de un pensamiento político, no habia podido adivinar el camino que habia emprendido ya la imaginacion de su hija : no podia sospechar que todo lo que habia manifestado contra Bebrix hablabá en favor de éste en el corazon de Valla. La jóven se decia en su pensamiento que el soldado á quien la poderosa sacerdotisa Elomare, la más bella mujer del país de Bourges, habia elejido y distinguido, á pesar de su pobreza, debia ser un hombre muy superior. En efecto, Bebrix no tenía rival en fuerzas ni en valor, era elocuente, arrojado y digno de la jefatura que ambicionaba. Valla se creia obligada á reconocerlo así, y esta idea le atormentaba, porque muy frecuentemente sucede que el amor no es más que una lucha en el corazon impresionable de las mujeres, y una rivalidad las seduce y consigue de ellas lo que ántes, tal vez, no han podido alcanzar las más nobles cualidades ni el más apasionado afecto. Esto es lo que se observa y sucede en los civilizados tiempos del siglo XIX, y esto mismo debia suceder y sucedia en los incultos y nebulosos tiempos de la barbarie; porque aunque bajo otras costumbres y con diferentes formas, esa ha sido siempre una de las inmutables pasiones

de la humanidad : si la manera de expresarlas era entónces más sencilla ó salvaje , consistia en que la pobreza de los idiomas no poseia bastantes palabras donde se enredasen los pensamientos para vestirlos con el ropaje de la prudencia ó de la diplomacia ; y si se manifestaban desembozada y abiertamente era porque leyes más tolerantes permitian hablar sin temor.

Estas reflexiones explicarán , sin duda , la conferencia que tuvo lugar entre Valla y Saron , despues de la salida de Ruscin.

Los dos jóvenes quedaron solos é inmóviles el uno frente al otro : él habia clavado la vista sobre Valla y ésta evitaba sus miradas.

Saron era una de esas criaturas que no nacen para la época en que viven : de alma sobrado intelijente para acomodarse á los horrores de la barbarie que le rodeaba , y careciendo de fuerzas para dominarla ; de recto criterio , que no podia admitir como bueno un estado social apoyado únicamente en la fuerza bruta , pero sin valor para proclamar que ésta habia de ser reemplazada un dia por la fuerza moral. Era Saron , pues , uno de esos hombres nacidos para sólo sufrir y á quienes falta la fe de los grandes caractéres , la noble estimacion de sí mismos y la orgullosa conciencia de que valen más que todo cuanto se ajita y

vive en torno suyo. ¡Quién sabe si pensára cuerdamente, no aparentando ese orgullo! Tal vez no sean útiles y convenientes á la humanidad más que dos clases de caracteres; unos, los que caminando en pos de las ideas de su época le prestan sus servicios con arreglo á su capacidad intelectual; y otros, los que adelantándose á esas ideas logran arrastrar consigo á las sociedades hácia otras creencias ó costumbres. En cuanto á los demas, dotados de superior inteligencia, pero sin enerjía, ó sin fuerzas para poner por obra sus concepciones, no sirven, las más de las veces, sino de obstáculos en el mundo. Tal vez esa indiferencia con que marcha la sociedad arrollando en su camino á los seres que le son incompatibles y que no han logrado hacerse superiores á ella, sea una de las inevitables necesidades para el cumplimiento de los humanos destinos.

Ya se ha dicho que Saron habia permanecido inmóvil contemplando á Valla, la cual procuraba guarecerse en el disimulo de la reserva; porque la hija de Ruscin tenía sentimientos diametralmente contrarios á los de Saron. Valla representaba todo lo que su sexo ha tenido de más vulgar en todas las épocas y en todos los tiempos: gustaba de las inclinaciones más rutinarias, por faltar á su entendimiento la necesaria

capacidad y reflexion para comprender y apreciar lo nuevo é inusitado, dejándose dominar y seducir por aquello que más heria á su vista ; porque la mujer lleva siempre consigo el instinto de su sexo, que le inclina á prendarse de la belleza exterior y de la fuerza. Si este sentimiento se manifiesta aún en la mujer de nuestros dias , á pesar de las barreras que han opuesto á ello la civilizacion y las ideas filosóficas y morales , puede calcularse qué grado alcanzaria cuando corrian los tiempos en que la fuerza bruta y el continente hermoso eran las cualidades que constituian, no sólo la razon y el derecho, sino tambien la virtud.

A Saron le apesadumbraba el carácter de Valla sin comprenderlo, ó más bien, sin poderse lo explicar. Al fijar en ella su atenta mirada queria penetrar con la vista en el corazon y en el pensamiento de la jóven; y ésta, dejándose perseguir por la investigacion de aquella insistente mirada, distraia la suya.

— ¿En qué piensas, Valla? preguntóle al fin Saron.

Valla se turbó en un principio; pero recobrando muy luégo su serenidad y adoptando una meditada resolucion, contestó:

— Pienso, Saron, que aún existe para algun hombre una fortuna que intentar en

una carrera tan venerada y gloriosa como la de las armas.

— Cual, Valla?

— La del sacerdocio de nuestros Druidas, para la cual el talento y la elocuencia son las primeras cualidades necesarias. Pueden ignorar el manejo de las armas, y aún carecer de fuerzas para llevarlas, sin estar por ello expuestos al escarnio de los demas; y cuando poseen la ciencia de esplicar el vuelo de las aves y la adivinacion del destino por la virtud de la varilla desgajada del ligustro (1), ó por la direccion de los caballos sagrados, alcanzan una consideracion mayor y un lugar preferente al de los más ilustres guerreros.

Saron comprendió el consejo que Valla habia querido dirigirle; pero deseando conocer á fondo toda la intencion de la jóven, acercóse á ella en ademan cariñoso, diciéndole con dulce acento:

— Tal vez tengas razon, Valla: no hay posicion más brillante que la de la esposa de un druida, y...

La hija de Ruscín no le dejó continuar, é interrumpiéndole con la imprudente lijereza de una jóven, en cuyo corazon re-

(1) Alheña ó ligustro: arbusto de la familia jasminea que se da en las regiones templadas. —(N. del T.)

bosa el deseo de una desenfrenada pasion, le dijo :

— ¡Oh, jamas! Yo no quiero arrastrar la vida de una druidesa por más honorable y poderosa que fuese tal posicion : deseo por esposo un ilustre guerrero que pueda proporcionarme collares y cadenas de oro con las riquezas que arrebate despues de vencer á los enemigos.

— ¿Y sabes tú, Valla, quién es el hombre que ha de satisfacer tus deseos?

Las mejillas de la jóven se cubrieron de rubor, sin comprender aún la extension de aquella pregunta; y huyendo el rostro y con la vista baja respondió :

— Mi padre me ha dicho muchas veces que se llamaba Saron.

— Ayer se llamaba Saron : hoy se llama Bebrix.

Y Saron se precipitó fuera de la tienda sin esperar la contestacion de Valla; quien se consideraba muy dichosa y afortunada porque la penetracion de Saron le habia evitado una revelacion del sentimiento que llenaba su corazon y estaba á punto de derramarse por sus labios.

Sigamos ahora á Ruscin, que, persuadido de haber penetrado las intenciones y proyectos de Elomare, recorria la ciudad y los diversos campamentos, injiriéndose y deslizándose entre los soldados de los di-

ferentes ejércitos , á quienes intentaba seducir para interesarlos en favor de su causa y de la de Saron. Penetró primero en el campo de los carnutos, que era la tribu más feroz y salvaje de los celtas : el traje de estas gentes consistia solamente en un jaique ó saco que les cubria hasta las rodillas , plegándolo á la cintura con una grapa ó gancho de hierro los más curiosos , y con palmas los más miserables. No usaban, como los otros celtas , ni túnico ni bragas. Pero si eran los más atrasados en el lujo y las riquezas , gozaban , en cambio , el crédito de ser los primeros en valor y los más adelantados en la pelea. Entre estos bravos soldados habia algunos aún más valientes y fanáticos , que se distinguian por su luega cabellera y poblada barba , que habian hecho el solemne juramento de no cortar mientras no ejecutasen algun acto heroico ; señalándose algunos otros tambien por las pesadas y toscas argollas de hierro que se habian remachado á los brazos y á los tobillos en testimonio de la esclavitud que se habian impuesto á sí mismos , ínterin que la victoria no los manumitiese.

Por do quiera que se dirigia Ruscín observaba la completa desnudez de los niños y el aspecto montaraz y bravío de las mujeres , y en todas partes donde se presentaba le ofrecian lugar y asiento en los ban-

quetes que celebraban, tendidos en el suelo, con carnes asadas y lacticinios. En estos festines se discutian (1) las causas y objeto de la asamblea general, la guerra que en ella se intentaba acordar, y el más principal asunto de la eleccion de los jefes. Con este motivo pudo escuchar Ruscin en todos los labios el nombre de Bebrix, cuya varonil apostura y magnificencia habian seducido á la mayor parte de los soldados: sin embargo, no le acobardó esta circunstancia ni titubeó un momento en suscitar contra él y contra Elomare casi todas las sospechas que habia ya confiado á Saron y á Valla. Empero sólo consiguió ser escuchado con sorpresa, porque el complot supuesto por Ruscin y su explicacion estaba muy por encima de la limitada inteligencia de estos bárbaros: conseguir un objeto por caminos tan escabrosos y por medios tan arriesgados les parecia una fábula y el resultado de un visionario sueño; así es que contestaron sencilla y cándidamente á Ruscin que si Bebrix y Elomare hubieran tenido las intenciones que aquel les suponía con respecto á Vintex y á Ambigat, hubieran empleado contra éstos la punta de un machete ó el golpe de una maza.

(1) *De pace denique et bello plerum in conviviiis consultant.*—(N. del T.)

Aun más incrédulos encontró Ruscin á los aulerces, cuyas ideas estaban circunscritas á los cuidados de la conservacion personal y á la destruccion de sus enemigos. Preferian á los goces de la vida el placer de morir matando, y aunque no eran aptos en la fabricacion de telas para sus vestiduras, eran muy hábiles en la fundicion de armas terribles, y se entregaban á un detenido estudio para presentar el aspecto más feroz y salvaje, cubriendo sus cuerpos con pieles de bestias feroces, que cazaban en sus montañas. Armados de negros broqueles y pintadas sus carnes con sanguinarios colores (1) escogian las tinieblas de la noche para pelear, y ponian en fuga á sus enemigos, tanto por su infernal aspecto como por su extraordinario arrojo. Ni aún admitieron á discusion los fundamentos ni las suposiciones de Ruscin, y se concretaron á responderle : « Que los sacerdotes habian consultado á la diosa Herta (2), y que ellos deberian conocer esos se-

(1) *Negra scuta, tincta corpora.*—(N. del T.)

(2) Divinidad venerada tambien entre los antiguos germanos. Segun Tácito, en un bosque de una isla del Oceano estaba el carro en que Herta recorria los países de su dominio durante ciertas épocas del año. Algunos han supuesto que se la tenia por la personificacion de la Tierra. — (N. del T.)

cretos mejor que Ruscin, dado caso que pudiesen existir. Uno de los aulerces añadió que la Diosa habia sido llevada, como de costumbre, á todas las comarcas sobre su carro sagrado, tirado por becerras y oculta bajo un velo que solamente podia ser descorrido por los sacerdotes: refirió que del interior del carro salia un tremendo ruido de armas, lo cual significaba que la divinidad consideraba indispensable aquella guerra; y añadió que debia ser castigado como sacrilego todo aquel que opusiese obstáculos á su declaracion. El oráculo merecia tanta mayor fe, cuanto que treinta esclavos habian sido dedicados á purificar el cuerpo y el carro de la Diosa con las aguas del lago sagrado, y todos treinta habian sido ahogados despues en el mismo lago, segun lo exigia el culto que se profesaba á esta divinidad, y para mayor virtud de sus vaticinios. No se conserva memoria de un sacrificio más grande que el que se ofrecia á esta diosa, á quien debia pagarle con su propia vida todo aquel que la viese; y sin duda que debió haberle sido muy agradable el que acababa de ofrecérsele, puesto que habia respondido satisfactoria y claramente á las consultas que se le habian elevado.

Contrariado Ruscin por no haber podido adelantar nada en el ánimo de aquellos

bárbaros (1), se encaminó á la ciudad de Ambigat, con la esperanza de que las especies calumniosas que allí se proponia esparcir tendrian eco entre los súbditos de un rey cuyo poder habia llegado á ser bastante absoluto y tiránico para haberse creado enemigos y descontentos; pero aquellos que le habian visto llegar á Bourges con escaso séquito de carros y de soldados, despreciaron sus palabras; y si no le arrojaron fuera de su morada fué porque las leyes y deberes de la hospitalidad se lo impedian; deberes que eran tan sagrados y respetables entre los Celtas, que todo aquel que faltase á ellos con un extranjero, debia ser más severamente castigado que si no los practicaba con un individuo de su propia tribu: ley inspirada en un bello y admirable sentimiento de humanidad que exigia aumento de proteccion y amparo al huésped, á medida que éste se encontraba más aislado y léjos de su familia y de su pueblo.

El tiempo trascurre: la asamblea ge-

(1) Para los Celtas Tectósagos, bien sea porque estuviesen más adelantados en las artes y en el engaño, ó bien por haberse creado más necesidades, siendo por consiguiente más egoistas, eran unos bárbaros sus compatriotas los de Chartres y los de Evreux; así como los mismos Tectósagos eran reputados como tales entre los Griegos y Romanos que arribaban á las costas del Mediterráneo.—(N. del T.)

neral debia celebrarse al dia siguiente, y Ruscin presentia que le era irremediable sufrir la humillacion de ver proclamar á Bebrix jefe de los Tectósagos. La desesperacion le dominaba, porque no podia resignarse á consentir esa jefatura y superioridad, que lastimaba su orgullo y heria la dignidad del esposo que habia elegido para su hija. No teniendo, pues, quien le ayudase para atacar á Bebrix, se decidió á presentarle por sí solo la batalla, y se encaminó á la morada de Ambigat, donde suponía que habia de encontrar al afortunado guerrero.

Allí estaba, en efecto, en medio de una turba de jóvenes, entre los cuales se veia un número considerable de ellos que no llevaban la espada ni el escudo, cuyos arreos no abandonaba el celta jamas. Eran éstos los mozos que aún no habian sido considerados dignos de llevar las armas, y acompañaban á sus padres, que venian á reclamar para ellos aquel honorífico derecho, objeto de la ambicion y de las aspiraciones de todos; porque desde el momento en que se les otorgaba, comenzaba su vida política como hombres y como ciudadanos. Miéntras que no tenía lugar aquella ceremonia se hallaban debajo del poder de sus padres, que tenian sobre ellos el derecho de vida y muerte; pero una vez

armados dejaban de pertenecer al padre y eran hijos de la República (1). Estas inmundades, sin embargo, no se acordaban nunca por el solo acto de la peticion del padre ó la solicitud del más próximo pariente, á falta de aquél: era ademas absolutamente indispensable que los jóvenes se sometiesen á ciertas pruebas para justificar que eran dignos de llevar las armas que se le habian de confiar (2).

Cuando llegó Ruscin iban á empezar los actos de las pruebas, y pudo convencerse, bien á su pesar, hasta qué punto se habia elevado la consideracion y el favor que gozaba Bebrix, al observar que se hallaba conferenciando con Ambigat y sus dos sobrinos, apartados de los demas y en un extremo de la estancia. La víspera de aquel dia habia experimentado Ruscin las mordeduras del despecho, y habia sufrido profundas heridas en su amor propio, viendo prevalecer la opinion y los consejos de Bebrix sobre los suyos, en la junta de jefes, donde se discutian ciertos preliminares ántes de someterlos á la deliberacion y aprobacion de la Asamblea general, y aho-

(1) *Ante hoc domus pars videntur, mox reipublicæ.*—(N. del T.)

(2) *Sed arma sumere non ante cuiquam moris quam civitas suffectorum probaverit.*—(N. del T.)

ra le veía conversar casi familiarmente con el Soberano (1).

En efecto, era extraordinario el favor que gozaba Bebrix, y usando Ambigat de una deferencia que significaba una señalada distincion en tales circunstancias, otorgó á Bebrix el honor de invitarlo á que tomase asiento, bajo su presidencia, entre los jueces nombrados para sentenciar y apreciar el mérito de los jóvenes que pretendian el uso de las armas; pero áun fué mayor la sorpresa de Ruscin que su irritabilidad, al observar que Bebrix llamaba la atencion de Ambigat sobre él, y que, accediendo sin duda el Monarca á su intercesion, le enviaba uno de sus edecanes ofreciéndole el mismo honor. Ruscin aceptó, y el recibimiento que habia obtenido de Bebrix le probó que el jóven guerrero le consideraba como á un hombre á quien se tiene interes en halagar. Bien fuese efecto del amor que Bebrix profesaba á Valla, ó bien por cálculo y recelo del jóven jefe, que de este modo procuraba obligar á su adversario, el anciano tradujo esta acogida como un recuerdo de antigua amistad, y tomó asiento al lado de Bebrix.

(1) *Ut ea quoque, quorum penes plebem arbitrium est, apud principes pertrancuntur.*—(N. del T.)

Entónces dieron comienzo los ejercicios de las pruebas, y éstas fueron lo que debían ser en un pueblo donde la superioridad física constituía el mayor honor y el mejor derecho. No es esto decir que fuese el sólo poder que dominase, porque hay que tener en cuenta lo que se observa en la historia de la humanidad; y es que, en todas las épocas, las sociedades han reconocido de grado un principio superior al cual han dicho: «obedecer», mientras que al mismo tiempo, y sin apercibirse de ello, han seguido la corriente de la época, dominados por ciertas influencias cuyo poder y origen desconocían. El valor, la fuerza, la temeridad, eran los títulos de mejor derecho reconocido para aspirar al sufragio de los Celtas, y éstos no exigían otra clase de garantías ni cualidades á los jefes de su elección. No tenían idea ni noción de las artes liberales, y esto no obstante, sucumbían ante el irresistible poder de aquéllas: el arte natural de la palabra, el primero y más importante de todos los que el hombre emplea instintivamente, les era de todo punto desconocido; no sabían qué cosa era la elocuencia, y sin embargo, las más de las veces se dejaban seducir por el hombre de fácil palabra. Así es que en los juicios de las pruebas oficiales que se celebraban para declarar hombre al niño, no se ex-

perimentaba á éste más que con actos de fuerza y valor, sin sospechar tal vez que en las asambleas de los ejércitos podian ser vencidos por las argucias de una palabra elocuente.

La primera prueba se practicó entregando á cada jóven una pesada maza ó palanca de hierro, que debian lanzar desde larga distancia, acertando á dar en un objeto ó punto previamente designado: despues se facilitó tambien á cada uno un bien templado machete para cortar de un sólo golpe un árbol de considerable grosor. Cuando terminaron los ejercicios de fuerza comenzaron los de agilidad y valor, que consistian en saltar desde elevadas alturas salvando lugares sembrados de agudas lanzas y de cortantes aceros. Aunque difícil, esta prueba ofrecia, no obstante, ménos peligros y daba ocasion á ménos accidentes de los que hubieran podido temerse, porque la práctica habia adiestrado á los jóvenes, que hacian alarde de su garbo y destreza.

Examinando detenidamente los juegos y los espectáculos de casi todos los pueblos salvajes, y comparándolos con los del siglo actual, se observa que la humanidad es siempre la misma en sus gustos é inclinaciones, y que la civilizacion ha influido poca cosa en ellos. Los regocijos de los

pueblos bárbaros no se han considerado interesantes si en ellos no se ponía en peligro la vida de algun individuo ó, cuando ménos, su sangre. Si la autorizada pluma de antiguos y acreditados publicistas é historiadores no atestiguára y enseñára lo que eran los juegos de los Celtas, podriase sospechar que se habian pintado las salvajes costumbres de aquellas gentes con los sanguinarios colores de las de ciertos bárbaros contemporáneos.

El número de los jóvenes que se habian presentado era considerable, y el ojo suspicaz de Ruscin pudo observar que los jueces del tribunal de las pruebas habian demostrado ménos rectitud y más tolerancia que otras veces, ya fuese porque se quisiera el aumento de los ejércitos que corrian al azar de las conquistas, ó bien porque se considerase necesario reemplazar con otros el enjambre de soldados que salian fuera de la nacion. En seguida que recayó la aprobacion de los ejercicios y la admision de estos jóvenes á la carrera de las armas, corrieron todos á colocarse al lado de los jefes que habian elejido, y aunque cierto número de ellos se afilió en las banderas de Belloveso y Sigoveso, la mayor parte fué á tomar plaza bajo las de un niño, que era el último descendiente de una ilustre familia; lo cual demuestra que ya domina-

ban entre esos pueblos feroces y salvajes las ideas de la estimacion hereditaria que daban soldados á un jefe incapaz de conducirlos. (1) Ninguno de los nuevos guerreros escogió por capitan á un celta que no fuese de su misma comarca, ninguno fué á ponerse bajo la conducta de Bebrix, ninguno se alistó en las banderas del príncipe de los Aulerces, que tambien se hallaba presente.

Luégo que terminaron estos actos y ceremonias, vióse á aquellos hombres vigorosos, que empezaron á tenderse y echarse en el suelo, no porque estuviesen rendidos de cansancio, toda vez que no habian gastado sus inagotables fuerzas, sino vencidos por la pereza y justificando que el instinto natural del hombre es contrario á la actividad y al movimiento cuando éste carece de objeto y aquélla no obtiene material é inmediato provecho. Así es que los Celtas, como todo pueblo salvaje, no comprendian el paseo ni lo practicaban, cazaban por sus aficiones sanguinarias ó para alimentarse con las carnes de los animales que perseguian: combatian en luehas feroces por el pillaje y por arrebatár las riquezas de sus enemigos despues de la victoria;

(1) *Maana patrum merita, principis dignationem etiam adolescentulis adsignant.* — (N. del T.)

pero tan luégo como la recompensa no se les presentaba al término de su esfuerzo, cesaba éste y se dejaban dominar por la pereza. Ya ántes queda dicho: eran dados á la molicie aunque detestaban el reposo, y por esta misma razon consideraban necesaria la guerra para mejorar de posicion, y les inspiraba aborrecimiento y aversion todo trabajo inútil (1).

La mayor parte de aquellos hombres se hicieron servir la comida por sus propios hijos; porque á los esclavos no se les humillaba en el empleo de las faenas y cuidados domésticos: pagaban á sus señores cierta cantidad de las semillas ó de los frutos que recolectaban en sus tierras; pero las costumbres de aquellas gentes, que consagraban un venerable respeto á la dignidad del hombre, no permitian la esclavitud personal.

Otros muchos se entregaron á las emociones de los juegos de azar, y aquí fué donde Ruscin creyó poderse vengar de Bebrix: sabía el ciego furor con que los jóvenes, dominados de aquel vicio y pasion, exponen todo cuanto poseen á los azares de la suerte, y coñocia perfectamente el carácter de Bebrix para alentar fundadas

(1) *Quum iidem homines sic ament inertiam et oderint quietem.*—(N. del T.)

esperanzas de arrebatarle en el juego los tesoros que le habian dado aquel poder y el prestigio que gozaba. Intentaba reconquistar así la preponderancia que Bebrix habia adquirido sobre los de su tribu en daño suyo y de Saron; pero la suerte, léjos de favorecer los proyectos é intenciones de Ruscín, se ensañó contra él, y sucedió al poco rato al anciano lo que acontece á todo aquel que imprudentemente empeña lucha terrible contra el destino: creyendo poder dominar al juego, fué el juego el que lo dominó á él: quiso poner un incentivo á la pasion de Bebrix, y fué la suya propia la que vió presa de aquel atractivo. La pérdida de sus joyas, una tras otra, cegó á Ruscín llevándole á la desesperacion, y se lanzó á esa fatal senda en que se extravian los que ya no juegan por ganar, sino por recobrar lo que han perdido. Queriendo recuperar sus alhajas perdidas, jugó otras más preciosas y de más valor que tambien perdió: cuando se le agotó la plata dispurso del oro, quiso rescatar el oro y jugó sus armas, intentó redimir sus armas y jugó sus caballos, procuró reconquistar los caballos y jugó su carro..... En fin, despojado de todo, sin joyas, sin monedas, sin carro, sin caballos y hasta sin armas, Ruscín loco, frenético y desencajado se ofreció él mismo como última puesta en tan

terrible partida; (1) pero en el momento de hacer tal proposicion á Bebrix, éste se levantó y le dijo:

— No debo aceptar hoy semejante jugada, porque dentro de poco tengo necesidad de hablar contigo de un asunto que no podria tratar con un esclavo.

Ruscín quiso insistir, pero Bebrix se mostró inaccesible, y estando ya próxima la noche se fueron retirando todos á sus respectivos campamentos. Ruscín fué el único que no se dirigió al suyo: se encaminó hácia el de Saron, á quien no habia visto desde aquella mañana, y no encontrándolo en su tienda supo, por el escaso número de soldados que le habian sido fieles, que Saron habia salido del campamento encaminándose por la senda que conducia al Bosque Sagrado. Ruscín, dominado por la cólera, por la desesperacion y por la impaciencia, ni podia entregarse al descanso ni quiso aguardar el regreso de Saron, á cuyo encuentro marchó por el camino que le habian indicado.

No carecia de importancia para Ruscín la urgencia de avistarse con Saron, á quien consideraba como única tabla de su salvacion; porque si bien no podia volverle los

(1) *Extremo de novissimo factu de libertate et de corpore contendant.*—(N. del T.)

soldados que, desertando de las suyas, se habian pasado á las banderas de Bebrix, podia socorrerle, al ménos, de la terrible pérdida que acababa de sufrir y salvarlo de la ruina y de la miseria; pero Ruscin anduvo errante por los contornos de la Sagrada Selva, sin encontrar á ningun sér viviente. El silencio que reinaba en aquel bosque misterioso era semejante al de una inmensa tumba: al dia siguiente debian salir de su seno los oráculos encargados de profetizar la suerte que esperaba á los Celtas, y parecia que la Selva se concentraba en su ámbito como una pitonisa.

La noche avanzaba, la oscuridad era completa, y Ruscin pensó en regresar á su campamento. Entónces fué solamente cuando se acordó de su hija, quien teniendo ya noticia de la ruina de su padre, estaba doblemente intranquila y pesarosa por la tardanza de aquél. Dejándose llevar en su pensamiento por la injusta propension que arrastra á todo hombre agobiado por el peso de su propia conciencia, empezó Ruscin á forjar en su imaginacion acusaciones contra Valla: encontró que su hija era la primera causa de la desgracia que sufría; maldijo en ella esa desenfrenada pasion de las mujeres por la magnificencia de las joyas y el lujo de las vestiduras, y se recon-

vino por haber accedido y permitido la preferencia dada por Valla á Saron, cuando, á decir verdad, habia sido él mismo el que la habia excitado. Luchando con estas ideas marchaba en direccion á su campo, cuando á larga distancia le pareció distinguir dos sombras que salian del bosque: la una se destacaba perfectamente en las tinieblas á causa de la blancura de su ropaje, y la otra se confundia con la oscuridad. La primera debia ser una mujer, porque solamente ellas usaban aquel hábito talar de blanco lino que resplandecia á pesar de la noche: la segunda debia ser un guerrero.

Ruscin quedó sorprendido al observar que seguian su mismo sendero, que era el que conducia directamente á su campamento: ocultóse tras un espeso arbusto para dejar pasar á la misteriosa pareja, reconociendo desde luégo á Elomare por su elevada estatura y á Bebrix por el sonido de su voz, que decia á la sobrina de Ambigat:

— De suerte, Elomare, que no consideras insensato mi amor y me prometes que seré correspondido y feliz?

Así se expresaba el jóven guerrero al cruzar por delante del matorral donde se habia agazapado Ruscin, el cual percibió aquellas palabras clara y distintamente: eran la continuacion de otras que no pu-

dieron distinguirse sino en rumor, y las que siguieron despues se confundieron con el mismo rumor, que huyó con la distancia y se perdió en el espacio. A pesar de esta contrariedad, aunque Ruscín no pudo sorprender distintamente más que esas pocas palabras, conoció que siempre habia hablado y seguia hablando la misma voz; y si no hubiera reconocido de una manera cierta y evidente á Elomare, por su inequívoca estatura, hubiera dudado que se dirijiesen á ella esas frases amorosas, puesto que la fiereza de su continente y su severo aspecto marchando al lado de Bebrix nada indicaban en ese sentido.

Sin embargo, aquella prueba era más que suficiente para confirmarse Ruscín en las sospechas de la inteligencia que suponía existiese entre Elomare y el jóven jefe de los Tectósagos. Los siguió con la vista, proponiéndose, al espiar sus pasos, un designio de terrible acusacion que iluminaba en su mente y que adquiria gigantescas formas en la imaginacion del astuto anciano, á medida que las sombras de Elomare y de Bebrix se perdian en la oscuridad.

No pudiendo adivinar el proyecto que llevara á Elomare á su campamento, sospechó que fuese el de seducir con dádivas y promesas á los últimos soldados que permanecian fieles y unidos bajo su mando.

Y por más que Ruscin se considerase ar-ruinado hasta el extremo de creer que no fueran ya necesarias las seducciones para que sus guerreros le abandonasen, y que bastaba con su miseria y pobreza para que todos ellos se alejasen de él, esto no obstante, se disponia á perseguir á Elomare para sorprenderla en su traidora empresa, cuando un nuevo y extraño ruido que se percibia por el lado del bosque Hamó su atencion, y muy luégo reconoció que era producido por la marcha de unos cuantos hombres que salian de la selva. Unos conducian caballos cerriles y bueyes libres de todo yugo, y otros llevaban sobre las cabezas grandes cestos de junco y mimbres, dentro de los cuales se ajitaban, al parecer, algunos animales; por los graznidos que se escaparon de una de estas jaulas averiguó Ruscin que eran cuervos los que iban encerrados en ellas.

Las medidas de precaucion que adoptaban aquellos hombres en su marcha, eran el testimonio del temor que les inspiraba la idea de ser descubiertos; y aunque eran muchos, caminaban todos guardando un profundo silencio. Cuando alejados del bosque llegaron á un lugar donde se dividia el sendero, separáronse los unos con direccion al Norte de la selva y los otros hácia el Oriente.

Todas estas escenas y estas diligencias, que se verificaban al amparo de los misterios de la noche, confirmaron cada vez más en sus sospechas á Ruscin, que adquirió la convicción de que se organizaba algun complot; y como él se consideraba haber sido la primera víctima de la alianza que suponía existir entre Elomare y Bebrix, creyó ahora también que los grupos de hombres que había visto salir del Bosque Sagrado, llevaban el designio y el encargo de armar nuevos lazos de perfidia contra él. Así pensando se decidió á seguirlos y á espiarlos en la oscuridad, y escojó de los dos grupos aquel que se dirigía por los sitios más próximos á su campamento.

Aunque la marcha discreta y cautelosa de estas gentes apenas produjese ruido alguno, confundía, sin embargo, el de los pasos de Ruscin, que empezó á caminar bastante cerca de aquellos hombres para sorprender cualquiera palabra que se les hubiera podido escapar; pero nada pudo oír, porque guardaron un intencionado y aterrador silencio que imprimía severo y extraño sello á la expedición. Por último, después de seguir un sendero escabroso, llegaron á un bosquecillo de frondosos y espesos árboles, separado de la Selva Sagrada, y protegido en derredor por elevados helechos y espinos silvestres de virgen ve-

jetacion. El silencioso cortejo penetró en él, venciendo, no sin algunos esfuerzos, los obstáculos que oponia la agreste espesura del monte, y Ruscin fué allí testigo de una escena que no esperaba, ni cuyo objeto podia explicarse á pesar de su clara penetracion y agudo talento.

Cuando aquellos hombres, que vestian el túnico talar de los druidas, llegaron al centro del bosquecillo, hicieron alto, y uno de ellos, armado con una pesada maza de hierro, empezó á descargar tremendos golpes sobre las cabezas de los bueyes y de los caballos, cuyos animales caian atronados por tierra, como heridos del rayo. En seguida otros que estaban provistos de anchos y cortantes aceros, se encargaron de rematarlos, y casi al mismo tiempo otros extrajeron á los cuervos de sus jaulas. Estas siniestras aves, cuyo apetito se habia excitado, sin duda, de antemano, se arrojaron feroces sobre el sangriento festin que les ofrecian, clavando en aquellos despojos sus férreos picos y aguzadas garras.

Todavía permanecieron los druidas algunos momentos contemplando aquel espectáculo, y luégo, con el mismo silencio y sin que ni un gesto siquiera hiciese traicion al pensamiento que les habia guiado, reemprendieron la marcha con direccion al Bosque Sagrado. Ruscin continuó aún en su se-

guimiento, no explicándose lo que habia observado en otro sentido más sino como una consulta misteriosa por medio de la cual pretenderian los druidas conocer el futuro resultado de la Asamblea general que iba á celebrarse al dia siguiente, ó bien las consecuencias de la guerra que en ella se pretendia acordar.

Los dos grupos de sacerdotes que habian salido de la Selva penetraron en ella casi al mismo tiempo, y Ruscín observó que uno de los que formaban parte de aquél que no habia él podido seguir se separó de sus compañeros y se dirigió hácia el campamento de Saron. Por un momento supuso Ruscín que podia ser el mismo Saron, y hasta intentó darle alcance; pero ya los resplandores del nuevo dia comenzaban á extender por el horizonte su rojiza aureola, y se decidió á penetrar en su campamento.

Ruscín encontró sus tiendas algo más desiertas que ya lo estaban la víspera, y comprendió que el escándalo de su ruina habia ahuyentado de allí al resto de sus soldados. Sus siniestros designios se exaltaron á la vista de sus caballos, de sus armas y de sus tesoros, que ya no le pertenecian. Todo lo que, en puridad, no habia sido hasta entónces para el mismo anciano más que una red de consecuencias inge-

niosamente deducidas de aparentes premisas y de falsas suposiciones, adquirió visos de realidad, con proporcion colosal, en su mente calenturienta: la necesidad de creer todo lo que se habia imaginado le condujo al consejo de desechar las dudas, y la sola circunstancia que, tal vez con otra disposicion de ánimo, hubiera iluminado su entendimiento, lo decidió, por el contrario, á utilizar los medios extremos que consideraba únicos para su salvacion.

A poco de haber penetrado en su tienda se le presentó su hija. El alegre semblante de la jóven respiraba tal felicidad y satisfaccion, que su aspecto pareció á Ruscin irrespetuoso, inconsiderado y hasta como rayando en los límites de la injuria: preguntóle cual era la causa que la hacía tan dichosa, y ántes que Valla hubiera tenido tiempo de responderle, se dejó llevar por los amargos sentimientos que oprimian su corazon, y exclamó:

—¿Es acaso que te alegras porque me ves arruinado y porque me será preciso volver á nuestra comarca como un mendigo viviendo de la hospitalidad de mis compatriotas? ¡Ah!... Hé ahí lo que son los hombres! Hé ahí lo que son nuestros propios hijos! Si hace pocos dias me hubieras visto triste y aflijido no te hubieras presentado á mí, Valla, con la mirada alegre

y el semblante risueño : por el contrario, hubieras procurado consolarme y averiguar la causa de mis dolores. Hoy ya es distinto y crees que puedes insultarme con tu sonrisa porque no poseo armas ni riquezas; pero te engañas. El infame que me ha despojado no me lo ha arrebatado todo y pudo privarme hasta de mi libertad... ¡ Imprudente ! Me queda tambien el derecho de asistir á la Asamblea general de la nacion, y allí les emplazo á él y á su indigna aliada.

— Pero, padre mio, dijo Valla ; ved que os engañais, y yo puedo aseguraros....

Ruscin, ahogó violentamente la palabra en los labios de su hija, y gritó :

— Tampoco me ha privado de mis paternales derechos.... ¿ Entiendes, Valla ? No soy esclavo, y algo me pertenece aún en el mundo. Esos derechos, bien lo sabes, me autorizan para disponer de tu vida.

El furor que se retrató en la fisonomía de Ruscin al pronunciar esas terribles palabras, llenó á Valla de terror y la hizo estremecerse. La jóven comprendió que ninguna observacion ni advertencia podia hacer á su padre en estos momentos, y que aún la noticia más favorable sería interpretada con poco acierto.

Valla guardó silencio, humilló la vista y fué á caer de rodillas á los piés de Ruscin.

IV.

Habia llegado la hora de la Asamblea general y veíase á los Celtas que, abandonando unos la ciudad y otros sus campamentos, se encaminaban todos á la llanura ó vega donde debía celebrarse.

Ruscin, acompañado de Valla y de algunos pocos soldados que le habian sido fieles, se dirigia tambien á aquel lugar. No era ya el respetable y majestuoso anciano que habia salido del país de los Tectósagos con un brillante ejército de numerosos carros : tampoco era el bravo caudillo cubierto de magníficas joyas y armado de lucientes aceros, que los pueblos habian saludado á su paso con el título de rey. Apenas si era uno de esos guerreros que, no pudiendo llevar hombre alguno á sueldo, tienen que ponerse ellos mismos al de cualquier ilustre jefe.

Para colmo del despecho que le dominaba, acertó á pasar Bebrix por delante de él, rodeado de un brillante y numeroso séquito que igualaba al de los dos sobrinos de Ambigat : el esplendor de su marcha y comitiva se asemejaba al triunfo de un soberano, y Ruscin quiso detenerse para dejarle paso, á fin de embriagarse, por decirlo así, en su desdicha y afirmarse en la

resolucion que habia meditado. Cuando Bebrix pasó cerca del anciano le saludó con tal deferencia y expresion que, más que un acto de cortesía y respeto, creyó Ruscín que aquel saludo significaba una mofa sangrienta. Todo se traduce y explica amargamente cuando se tiene lacerado el corazon; y la mirada que clavó el jóven guerrero sobre Valla la consideró el anciano tan insultante y afrentosa, que de ella hubiera tomado en el acto una venganza terrible si no acariciase de antemano otra más cruel, de la cual se prometia grandes resultados. Además, una súbita sospecha le asaltó en el pensamiento y volvió rápidamente la vista hácia su hija: creyó posible que la manera de mirar Bebrix á Valla hacia traicion á una secreta inteligencia entre ambos jóvenes, ó cuando ménos, significaba en aquél la confianza de ser comprendido.

Si del momentáneo exámen que Ruscín practicó en la fisonomíade su hija, hubiera resultado sorprender en los ojos de ésta el menor signo equívoco, es casi seguro que la hubiese asesinado en el acto; porque á todas las suposiciones que el anciano consideraba realidades, habia tambien añadido la vaga sospecha de que pudiera engañarle. Pero Valla tenía inclinada la vista al suelo y parecia no haber reparado

en la mirada de Bebrix : el encendido fuego de sus mejillas lo mismo podia ser efecto de la indignacion que experimentase la jóven , como tener por origen el remordimiento de su conciencia culpable ; y Ruscín no acertó á comprender cuál de estos dos sentimientos la dominaba en aquel instante.

Ruscín continuó, pues, su marcha y llegó al sitio de la Asamblea casi al mismo tiempo que Saron , cuyo séquito de soldados era tambien poco numeroso. El anciano observó la palidez y la preocupacion del jóven , y Saron , á su vez , reparó en la palidez y en la preocupacion de Ruscín. Esa preocupacion se retrataba inquieta y ajitada en el rostro del padre de Valla , y , por el contrario , se mostraba pacífica y resignada en el semblante de Saron : la del uno revelaba todas las angustias y el remordimiento de una resolucion cuyo objeto era malvado y sus motivos despreciables é indignos ; la del otro acusaba la serenidad de una accion ejecutada con nobles fines y por causas justificadas y plausibles. Sin embargo , parecia como que Saron se encontraba turbado en presencia de Ruscín , y esto consistia en que aquel jóven , de sencillos y puros sentimientos , conocia que el padre de su amada no podia comprender la elevacion de su conduc-

ta, la cual es de suponer que tampoco hubiera sido bien juzgada por los Celtas de más nobles ideas, porque entre aquellas gentes la fortaleza de ánimo en el dominio de las pasiones, se consideraba y se tenía como impotencia y cobardía para vencer á los enemigos; por consiguiente, mucho ménos podia ser justamente apreciada su conducta por Ruscín en el momento que éste se preparaba á destruir, con frívolo pretexto, cuanto suponía serle hostil y con el mezquino objeto de resarcir la fortuna material que habia perdido.

En el embarazo y turbacion de Saron sospechó Ruscín una nueva traicion. El infortunio enjendra tambien á veces la desconfianza y supone ver en todas partes la defeccion y el desvío. Así es, en efecto, y esa prevencion se apodera lo mismo de las almas corrompidas que de los nobles corazones, con la diferencia de que los malvados la sienten en proporcion al conocimiento que tienen de sí mismos y de sus maldades y los buenos la acojen sólo por exagerarse á sí propios la desgracia que padecen. Porque en este mundo la bondad no es otra cosa sino la virtud de resignarse á sufrir.

Ruscín no era de los hombres que saben resignarse, y su irascibilidad creció de punto con las respuestas evasivas que dió

Saron á sus preguntas sobre lo que pensaba hacer y decir en la Asamblea, y á sus investigaciones respecto á la conducta del jóven en el corto espacio de tiempo que no se habian visto.

Entre tanto el rey Ambigat y los jefes de los diferentes ejércitos se habian situado en lo alto de una pequeña colina que dominaba toda la llanura : los druidas encargados de mantener el órden en la Asamblea, estaban allí tambien, y várias mujeres, entre las cuales se veia á Elomare, acompañaban á estos príncipes de los Celtas.

Ambigat fué el primero que dirigió la palabra á la muchedumbre, exponiéndola que se habian dirigido excitaciones á su régia autoridad, para que se pusiese término al reposo en que vivia la nacion celta, y que estas excitaciones habian sido formuladas no sólo por los hombres más sabios y más poderosos del país, si que tambien por la misma divinidad á quien todos adoraban : refirió las fantásticas y extrañas apariciones que habian surjido de las peñas en el Bosque Sagrado, los prodijios sorprendentes que en él se habian observado, y, por último, el terrible y significativo estruendo de armas que várias veces habian retumbado en la selva. Con semejantes señales y avisos, dijo que nó podia

desconocerse cuál fuera la voluntad del cielo, que indudablemente deseaba nuevas conquistas para el pueblo Celta, y añadió que, con objeto de cumplir aquella divina voluntad, había convocado á la nacion; pero que ántes de resolver creia conveniente que la Asamblea juzgase por sí misma si esos anuncios merecian ser atendidos, para lo cual se hacía indispensable tambien que los presajios fuesen confirmados por vaticinios más fehacientes, más seguros y más eficaces; y que en su consecuencia, al mismo tiempo que se deliberase sobre la guerra que proponia, sería solemnemente consultado el gran Teutates acerca de su probable resultado.

Con marcadas muestras de aprobacion fué acogida la arenga de Ambigat, que preparó así los ánimos para que la multitud escuchase con fruicion las manifestaciones de Belloveso y Sigoveso, quienes, como jóvenes esforzados, hablaron calurosamente en apoyo de la guerra, resonando por todas partes estrepitosos aplausos y vítores entusiastas, y elevando los soldados sus armas y chocándolas unos con otros, lo cual era la señal del mayor asentimiento.

Era la guerra para los Celtas una ocupacion tan habitual y corriente que consideraban la paz como un paréntesis de la

vida. En la época actual se cohonestá y justifica la guerra diciéndose que conduce á la paz y que se hace para asegurar ésta por más tiempo : en aquella ocasion Ambigat se disculpó de haber sostenido la paz, excusándose que habia sido un medio para mejor prepararse á la guerra.

Ya se iba á decidir por unanimidad y sin oposicion alguna la declaracion de la guerra, cuando vióse á Ruscin que llamaba sobre sí la atencion general, pretendiendo ser escuchado, y que habló de esta manera :

— ¿Contra quién y con qué objeto, gritaba, se nos induce á la guerra? ¿Tenemos alguna injuria que vengar? ¿Ha venido á insultarnos ó á robar nuestros tesoros algun pueblo extranjero? ¡No! Nadie lo ha dicho, ni habrá nadie que esto diga, porque no diria verdad. ¿Hemos de ir, pues, aventureramente y al acaso, como hambrienta manada de lobos, atacando y destruyendo cuanto se nos presente á la vista y se oponga á nuestro paso? Demas de esto, ¿qué ventajas hemos de obtener con esta injustificada guerra? ¿Se hace tal vez á los fines de mejorar de condicion? ¡Quién sabe lo que nos aguarda en otros países insalubres y bajo otro clima ménos apacible que el nuestro! ¿Es, por ventura, para conquistar moradas más ricas y es-

paciosas? Pues dediquémonos á enriquecer y agrandar las que habitamos. ¿Estamos escasos de frutos y mieses? Cultivemos nuestros campos. ¡Soldados! A vosotros me dirijo ahora. ¿Sabeis á donde os quieren conducir los jefes que pretenden mandaros? Ni os lo han dicho, ni ellos mismos lo saben aún. ¿Estamos en el caso de que la irreflexion y lijereza de unos cuantos jóvenes aficionados al ruido de las batallas, decida con punible insensatez los destinos de un gran pueblo y el porvenir de una ilustre nacion? Si no veis levantarse contra este proyecto de guerra á los caudillos de veterana experiencia y á los hombres que han encanecido en el estudio de las ciencias, no es porque desconozcan el pasado ni les sea difícil leer el porvenir: es porque la ancianidad y sus consejos han llegado á ser objeto del menosprecio de los Celtas. Ningun temor me infunde ese peligro y quiero deciros en voz alta que todo lo que observo me induce á creer que existen ocultos motivos, para que los jefes que habeis elejido os arrastren á una empresa tan desalentada y temeraria.

Los sordos rumores, que habian servido de acompañamiento á todo el discurso de Ruscin, se desencadenaron y se convirtieron en recia tormenta al proferir éste sus

últimas palabras: la indignacion de los jefes se manifestaba en sus movimientos y actitud amenazadora. Entónces adelantóse Bebrix impetuosamente y gritó:

— ¡Cómo os atreveis á hablar de esa manera al noble pueblo celta? ¿Es posible que el valiente caudillo que en su juventud conquistó tan alta reputacion en los combates, venga hoy á proponernos la condicion y las faenas de nuestros esclavos? Dejemos á ellos el encargo de regar la tierra con el sudor de sus frentes y que arranquen de sus entrañas penosas recolecciones: ese es su destino. La cosecha de los hombres libres se colecta con los aceros en los campos de batalla: que nuestros enemigos hagan la siembra, nosotros segaremos; que levanten suntuosas moradas, nosotros las habitaremos; que acumulen el oro y las riquezas, nosotros nos apoderaremos de sus tesoros. Nuestro trabajo peculiar es la guerra; nuestra recompensa, la fama; nuestro objeto, el botin.

Las palabras de Bebrix fueron frenéticamente aplaudidas con el choque de las armas, en testimonio, el más lisonjero, de aprobacion y entusiasmo.

— ¡Ah! exclamó Ruscín con voz destemplada y ademanes insultantes. Si tú, Bebrix, no poseyeras otras más riquezas que las que hubieras adquirido por el botin de

las batallas, ciertamente que no ocuparías aquí el lugar que ocupas, ni hablarías con tanta insolencia. Pero tú no tienes necesidad de hacer la guerra para conquistar tesoros, y buena prueba es de ello el haber salido de nuestras comarcas pobre y miserable, y el haber llegado á estos lugares ostentando la mayor opulencia, despues de un viaje de pocas lunas. Bien sabes tú, mejor que nadie, que no hace falta la guerra para adquirir riquezas; pero la consideras indispensable y necesaria para alejar á los que pudieran servir de obstáculo y delatar los planes cuya ejecucion se te ha pagado espléndidamente.

— Ruscín, replicóle Bebrix, yo no quiero contestar á tus injurias, del modo que merecen y pudiera hacerlo, porque eres un anciano y porque te encuentras perturbado á causa de tu ruina.

— No es mi ruina, contestó Ruscín, la que me induce á hablarte así, ni es tampoco porque hayas aumentado tus riquezas á costa de las mias. Tú procuras alejar de los que nos escuchan la interpretacion de mis alusiones, y yo voy á dirijírtelas más terminantes y explícitas. ¿ Podrás explicar, Bebrix, el oríjen de esas ricas joyas que cubren tus magníficas vestiduras, y de dónde te ha venido el oro que prodigas á tus soldados? Dilo, Bebrix, porque yo te

acusado de ladrón, y te acuso además de adulterio con una mujer cuyo.....

Antes que Ruscin pudiese terminar la terrible acusación que había formulado, se interpuso Atax, el pontífice de los druidas, y con aspecto imponente y voz tremenda y pausada, interrumpió al anciano diciendo:

— Este no es el momento oportuno de acusar, ni con ese objeto se ha reunido aquí la Asamblea de la nación: cuando llegue esa oportunidad, entonces podrás hablar libremente, Ruscin. Ahora sólo se trata de discutir y resolver sobre la declaración de guerra propuesta. ¿La quereis, soldados? ¿La considera el pueblo conveniente?

Todos los guerreros ajitaron sus armas en demostración de asentimiento, y la guerra fué acordada por general y unánime aclamación.

Era de esperar que se adoptase con rapidez tan solemne y trascendental resolución, porque el pueblo celta vivía á costa del país y de los pueblos que vencía por la fuerza de las armas: así es que sus ejércitos arrastraban en pos de sí á las mujeres y á los hijos de los soldados, cuyo séquito proporcionaba mayores penalidades á los guerreros, y aún llegaba á serles funesto y á poner en peligro el éxito de algunos com-

bates; pero en cambio sus exigencias y sus necesidades para la vida no eran grandes, y todo territorio podia satisfacerlas sobradamente si producía algunas frutas y si en sus montes abundaba la caza.

Adoptada tan importante resolución, se procedió á las ceremonias religiosas en honor de Teutates, para consultarle sobre el resultado de esta guerra, segun habia anunciado ántes Ambigat.

La primera prueba se practicó presentando un carro tirado por hermosos caballos blancos que habian sido criados en la Sagrada Selva: rodeados el carro y los caballos con profundo silencio por todos los sacerdotes, fueron abandonados los corceles en completa libertad, prestando toda la Asamblea religiosa atención. En un principio los animales permanecieron tranquilos sin sentir molestia alguna; pero al primer movimiento que intentaron hacer empezaron á extrañar las ligaduras que los sujetaban al carro: no acostumbrados á sufrir semejante yugo, se irritaron, se encabritaron luégo, y concluyeron por cocear y dar fieros botes. En vez de avanzar, que hubiera sido el vaticinio más favorable á la guerra, movían sus cabezas en todas direcciones, y finalmente, convulsos, bañados de sudor y acobardados, comenzaron á recular. Los druidas y los jefes palidecie-

ron, y aprovechando Ruscin la consternacion y el estupor general, gritó:

-- Los cielos hablan: la guerra será funesta al pueblo celta, y lo será, porque es injusta.

Estas exclamaciones de Ruscin atrajeron hácia él la atencion y las miradas de toda la muchedumbre, y áun él mismo, queriendo defenderse de la indignacion jeneral y responder al ensoberbecido mar de rumores que habia excitado, apartó un momento su vista de los caballos sagrados. Este momento fué oportuna y hábilmente aprovechado por los druidas, que castigaron con un látigo á las bestias, y al mismo tiempo les hicieron una llamada que ellas conocian. La presion de las ligaduras y tirantes, que al principio las habia hecho retroceder, sirvieron luégo de estímulo á su furor, tan pronto como se lanzaron á la carrera; y el carro atravesó velozmente por enmedio de la multitud, cuyas ruidosas aclamaciones asombraban cada vez más á los cerriles brutos, que se precipitaron con impetuoso y creciente escape muy léjos de aquellos lugares.

La segunda prueba consistia en cortar una rama de abedul (1), que, dividida en

(1) Álamo blanco.

tres pedazos iguales, tiraban por alto, leyendo el porvenir según del modo que caían en tierra. Esta consulta fué también favorable á la guerra; pero á pesar de la religiosidad de los celtas y del respeto que tenían á los sacerdotes, no ignoraban que la destreza del que arrojaba los pedazos de la rama disponía del oráculo arbitrariamente, por lo cual no les merecía esta consulta gran fe. Así es que reclamaron la prueba de las aves sagradas, que no sólo decidía y afirmaba la credulidad de este pueblo, sino que se consideraba por el mismo que la dirección del vuelo de las aves indicaba y señalaba el camino que debían seguir los ejércitos, y los países á donde debía llevarse la guerra.

Para satisfacer la exigencia de la muchedumbre fué presentada la espaciosa jaula en que estaban aprisionadas aquellas aves. Eran éstas un enjambre de cuervos, unos de plumas negras y pico amarillo, y otros de plumaje gris y el pico negro: si al dejarlos en libertad se refugiaban en la Sagrada Selva, era ésta una señal funesta que presajaba desastrosos resultados en la guerra, y si por el contrario se alejaban con rápido vuelo, era vaticinio de feliz y buena ventura y se consideraba á dichos pájaros como á mensajeros de la muerte, que marchaban á recorrer los lugares que

pronto habian de convertirse en teatro de su carnívoro festin. La jaula fué abierta por uno de los sacerdotes y las aves, acostumbradas mucho tiempo á su prision, no aceptaron en un principio la libertad á que se las invitaba y revolotearon por espacio de algunos momentos alrededor de la salida; pero tan luégo como una de ellas se decidió á traspasarla y escapó, fué seguida en el acto de todas las demas, é instantáneamente se elevaron á una prodijiosa altura. Se arremolinaron en el aire durante algun tiempo, innundando el espacio con sus estridentes graznidos, y tuvieron sujeta la atencion de la Asamblea á los caprichos de su vuelo. Por último, reuniéronse de repente en un apiñado grupo, y dividiéndose luégo en dos bandos, se lanzaron el uno hácia el norte y el otro hácia el sudeste. Ruscin los siguió largo rato con la vista, como todos los demas, teniendo así entretenidos sus recuerdos; pero tan pronto como fijó sus miradas en la tierra, observó que los cuervos enderezaban su vuelo al paraje donde la noche anterior habia visto sacrificar los bueyes y los caballos, cuyos sangrientos despojos excitaban el instinto carnívoro de estas aves. Miétras que reflexionaba sobre el caso, se oyó la potente voz de Atax que exclamaba:

— ¡ Ved ahí señalados por el mismo cielo

los caminos que deben seguir nuestros soldados!

— ¡El cielo! gritó Ruscín, con un acento de ironía que aterró á los más osados. Sin duda alguna podréis creer que es el cielo; pero no es ménos cierto que los sacerdotes han procurado prestar su ayuda al cielo, con los cadáveres de animales que han situado en esos dos puntos del horizonte.

Tanta temeridad y tan insolente audacia no pudo ménos de impresionar algo á la muchedumbre y de causar sus naturales efectos. Aunque los druidas se turbaron algun tanto y demostraban intranquilidad, Atax fué el único cuya actitud y semblante no delataron más sentimiento que el de la cólera. Como Pontífice de los sacerdotes, habia encanecido en las luchas de su poder con la resistencia popular, y sabia perfectamente que ni áun el descubrimiento de una superchería sería bastante á destruir la ciega fe que inspiraban los druidas, porque la costumbre de una religion y de una creencia tiene tan profundas raíces en el corazon del hombre como el sentimiento de un amor primero: no se extingue el cariño por la sola denuncia de una primera falta, ni se reniega de una religion por la duda de uno de sus dogmas. Existe ademas, en esas aficiones del hombre, y

para fortificarlas , un instinto natural difícil de dominar é imposible casi de vencer; porque ni puede latir el corazon sin amar, ni existir el espíritu sin una creencia; y solamente las naturalezas consuntas y las almas depravadas pueden no obedecer á esas leyes.

Atax tenía un conocimiento exacto de todo eso, y no se preocupaba gran cosa de las consecuencias; pero su orgullo y su soberbia llegaron al colmo de la ira, al considerar el atrevimiento y la extraordinaria audacia de aquel hombre que habia osado delatar, ante la Asamblea de la nacion, los amaños y las supercherías de las ceremonias religiosas. No obstante, y ademas de ese profundo conocimiento que tenía de los hombres y de las cosas, el Gran Sacerdote, al verse objeto de una acusacion semejante, recurrió á la táctica de todos aquellos que se encuentran revestidos de una autoridad suprema y de un poder bastante respetable para que nadie se atreva á contradecirles: levantóse, paseó su mirada amenazadora sobre aquella vacilante y sobrecojida muchedumbre, y exclamó con intencionada palabra y atronadora voz:

— Los que por un solo momento duden de las ceremonias religiosas y de su divino influjo, que vayan á consultar al cielo visitando los sitios que ese hombre impío ha

designado, que allí recibirán una terrible respuesta. ¡Que vayan!!...

Nadie se movió, y por el contrario, Atax fue aclamado con entusiastas aplausos por millares de voces, que al mismo tiempo apostrofaban á Ruscín con los dieterios de impío y sacrílego.

Ruscín, que tenía el proyecto de formular una tremenda acusacion contra Bebrix y Elomare, basada sólo en suposiciones y sospechas, lógicas quizás, pero que no podían traducirse en pruebas por la justificación de ningún hecho, empezó á comprender que habia entablado una lucha formidable en la que necesariamente debia sucumbir, puesto que no habia en la Asamblea ni un solo hombre que tuviera la osadía de ir á cerciorarse de lo que acababa de decir. Bien hubiera querido retirar las imprudentes frases que habia pronunciado, porque no veía más que gestos irritados y adivinaba en las miradas de todos los que le rodeaban la suerte que le estaba reservada: solamente Bebrix era el que parecia contemplarlo con ojos de conmiseracion. Elomare, por su parte, le miraba más bien con el despecho de la persona cuyos cálculos y proyectos se ven contrariados, que no como la mujer altiva contra quien se acababa de intentar una terrible y funesta acusacion.

En los débiles ánimos de muchos habian ejercido influjo por igual, tanto las palabras de Atax como las de Ruscín; y en consideracion á esto se creyó conveniente por algunos reclamar la última prueba, la prueba decisiva y solemne; que consistia en el combate de un soldado celta con otro soldado extranjero, procedente de la nacion ó país que se intentaba atacar. Grandes aclamaciones acogieron esta proposicion, que avivó la esperanza en el corazon de Ruscín; porque la paz que se disfrutaba hacía tanto tiempo privaba á los celtas de poseer prisioneros y no tenian ninguno en su poder, y como aún se ignoraba tambien sobre qué país debiera desbordarse la armada multitud que pedia la guerra, hubiera sido difícil designar un prisionero, suponiendo el caso de que la ciudad encerrase algunos de diferentes nacionalidades. El deseo de exponer á la Asamblea esta contrariedad devoraba la impaciencia de Ruscín; pero supo dominarse, porque tenía la certeza de que semejante imposible habia de patentizarse á pesar de su silencio. En efecto, viendo Belloveso que las aclamaciones y los gritos de las masas eran cada vez más apremiantes y que exigian con perseverancia el combate, avanzó y dijo:

— Soldados, siendo tan poderoso é ines-

pugnable el pueblo celta, no ha habido en muchos años ninguno otro que se haya atrevido á atacarlo, y por consiguiente no tenemos enemigos prisioneros. ¡Marchemos á buscar esos enemigos á otros países: la tierra céltica no los guarda en su seno!

Por muy lisonjeras y halagüeñas que fuesen estas palabras no dejaron satisfecho al pueblo y la explicacion de Belloveso fue acogida con sordos rumores de descontento, sin respetar ni considerar que la daba un nobilísimo guerrero á quien la nacion habia designado como uno de los hombres más valientes y dignos de gobernarla. Comprendiendo Atax el mal éxito de la manifestacion de Belloveso y penetrado de lo crítico y grave de las circunstancias del momento, se adelantó precipitadamente y exclamó con inspirada frase:

—Belloveso ha padecido un error al asegurar que la ciudad no guarda en su seno ningun enemigo del pueblo celta. Semejante equivocacion no empequeñece en nada su valor, ni su nobleza, ni sus altas dotes; ántes por el contrario, es una prueba más de su hidalguía y de la belleza de sus sentimientos que no quieren ver enemigos dentro de las entrañas de la patria; pero desgracidamente existen esos enemigos. ¿Puede haber uno más abominable, ni más dañino para la gloria y para el es-

plendor de la religion de los celtas, que el hombre cuyos ataques se dirijen á la vez contra la santidad de las ceremonias religiosas y contra uno de los jefes más renombrados del ejército? ¿Qué extranjero impío hubiera blasfemado como él, negando la virtud de nuestros oráculos? ¿Qué soldado enemigo hubiera intentado disuadirnos de la guerra, con una tenacidad igual á la suya? ¿Cual otro hombre, al ser vencido en un combate, habia de patentizar más evidentemente la voluntad del cielo? Que sea, pues, ese hombre declarado enemigo del pueblo celta, y que pelée en defensa de la nacion ó país que ha querido sustraer á nuestras victorias y á nuestro dominio: que así como ha intentado empañar con la palabra el brillo de nuestra fe y ha querido privaros de la gloria de vuestras conquistas, sostenga con las armas la iniquidad de su conducta y de sus intenciones.

Un estallido de unánime y espontánea aclamacion aplaudió las palabras de Atax: todos chocaban los aceros con terrible fuerza, mezclándose el zumbido de las vibraciones al estrépito y confusion de los aullidos, resultando un espectáculo soberbio y atronador, semejante al del Océano cuando, agitado por la tempestad, estrella contra las rocas de la costa sus gigantes-

cas olas, que parecen dirigir imponentes saludos al cielo y terribles amenazas á la tierra.

Es de observar cómo las grandes asambleas se dejan dominar y son llevadas por la astucia de un talento superior que salva audazmente una situación difícil y desesperada. Por eso se explica que la proposición de Atax fuese considerada como una inspiración del cielo, siendo como era contraria y opuesta á todas las leyes y costumbres de aquel pueblo, que en otras circunstancias la hubiera rechazado con horror, y que en aquel momento exigía el inmediato combate, encarnizadamente, con incesantes aclamaciones. Sin embargo, semejante solución alarmó grandemente á todos los jefes, y muy especialmente á Elomare que, dueña de sí misma hasta entonces, no pudo disimular su angustia: Bebrix por su parte no se cuidó de ocultar su grandísimo disgusto. Pero aún fué mayor la excitación de estos sentimientos y el dolor que causó á los corazones que los experimentaban, cuando deseando saber la Asamblea el nombre del guerrero que había de pelear con Ruscin, exclamó Atax:

—Ninguno tiene más títulos para alcanzar esa honra que aquel que mejor se ha expresado en favor de nuestra empre-

sa: á él le corresponde vencer con las armas al que ya venció con la palabra. Que Bebrix continúe su gloriosa victoria, y con ella destruirá también las inicuas acusaciones de que ha sido objeto.

Bebrix quedó consternado, mientras Valla procuraba contener á su padre que desaforadamente gritaba:

— Sí, sí, soldados; eso es lo justo. El esforzado y robusto mancebo debe asesinar en desigual combate al anciano, para que éste no pueda levantar el velo y descubrir las intrigas de vuestros sacerdotes y de vuestros jefes.

Los terribles aullidos de la muchedumbre ahogaban el sonido de la voz de Ruscin, y tampoco permitían que éste pudiera escuchar la de su hija que le decía:

— ¡Oh, padre mio, no! Eso es imposible: no pelearéis con Bebrix: no podeis morir el uno á manos del otro: este sería un combate impío y sacrílego. Si hace falta una víctima, ninguno de los dos puede satisfacer á la nación.

Las oleadas del tumulto crecían, y ya los soldados al observar el éstupor de Ruscin, que no era otra cosa sino la concentración de su ira, le insultaban llamándole traidor y cobarde: otros pretendían que fuese castigado como tal, y gritaban:

— ¡A la laguna! ¡Al fango!

De repente apoderóse de Ruscín la furiosa rabia de su impotencia, y blandiendo su machete gritó con una voz que en esta ocasion pudo oirse por encima de todos los ruidos :

— Bebrix, me has ganado mis armas y he de entregártelas de manera que no las pierdas jamas, porque voy á hundirlas tanto en tu pecho, que no habrá un brazo humano con fuerzas bastantes para sacártelas.

Y escapando con violencia de los de su hija, que procuraba contenerlo, lanzóse al abierto círculo que los soldados formaban delante de él.

Todavía permanecia Bebrix inmóvil, dudando acerca del partido que deberia adoptar, cuando se le aproximó Elomare diciéndole con rapidez:

— Pelea, Bebrix; pero se prudente y no procures otra cosa más que la victoria, sin dar la muerte á tu contrario.

Alentado con esas palabras y excitado con las voces y las miradas del pueblo, que le aclamaba por todas partes, marchó Bebrix hácia el círculo que habian formado los guerreros, y se presentó á combatir. Ruscín, dominado por la cólera, no bien le hubo visto, arrojóle un dardo con tal fuerza, que el arma fué á clavarse casi por completo en el escudo de Bebrix, y todos

comprendieron muy luégo que á pesar de sus años era el anciano un enemigo formidable á quien no podria vencer fácilmente el jóven capitan , por más que siempre le guiase la estrella de la victoria. A los rumores que áun se escuchaban sucedió repentinamente el silencio absoluto de una séria expectacion : la lucha habia comenzado de un modo grave y formal , interesando á todos los que la presenciaban. Bebrix respondió al ataque dejando escapar débilmente su dardo contra Ruscin, el cual lo cojió al vuelo , causando general admiracion , y lo lanzó de nuevo á su adversario con poderoso vigor. Entónces empezó á penetrar la duda en todos los corazones , y como existia siempre entre aquellas gentes la irresistible propension de admirar y respetar á los que demostraban más fuerza y valor , no faltó ya quienes hiciesen algunos votos mentales en favor del anciano. El dardo recorrió aún otras dos veces el espacio , y fué á herir de nuevo el escudo de Bebrix, que permaneció inmóvil como una roca. Ruscin , siempre cegado por la cólera, se precipitó despues impetuosamente sobre su jóven combatiente ; pero éste , con oportunos y precisos movimientos y con una ajilidad pasmosa , evitaba los mortales golpes que el

anciano le asestaba con una repetición frecuentísima, con unas fuerzas incansables y con un furor frenético y delirante.

Cada vez que el machete de Ruscin suspendido en el aire iba á descargar tremendo corte sobre la cabeza de Bebrix, burlaba éste el golpe con garbo y maestría, y el acero del anciano, veloz como el rayo, zumbaba en el espacio. La costumbre que tenían los soldados de esta clase de combates les hizo comprender muy pronto que Bebrix procuraba fatigar las fuerzas de su adversario; pero este sistema de vencer no se acomodaba á los gustos de aquellas gentes, y por otra parte menudeaban con tal rapidez los ataques de Ruscin que, á pesar de la destreza de Bebrix, se dudaba ya que pudiera siempre evitarlos. El duelo cambiaba á cada momento de teatro y arrastraba á aquel tropel de espectadores, que cerraban ó ensanchaban su círculo para dejar sitio y libertad á los movimientos de los combatientes. Ambigat, Atax, los demás jefes y los druidas estaban en la primera fila atentos y silenciosos. Delante de todos ellos se encontraban dos mujeres: Valla, que, desatentada y convulsa repetía instintiva y maquinalmente los movimientos de la lucha, y Elomare, que la tenía asida de la mano,

con la mirada fija en los combatientes, fruncido el gesto y pronta á sacar ventaja de cualquier incidente favorable. Desgraciadamente el combate se prolongaba ya demasiado sin resultados decisivos, y esto dió lugar á que se empezasen á escuchar serdos rumores por todas partes, no tardándose nada los insultos marcados y directos contra el nombre de Bebrix: montó el jóven en coraje al entender que era objeto de aquellas imprecaciones, y teniendo en más estima su reputacion guerrera que las causas de tan paciente contemplacion, dió al olvido por un instante toda clase de miramientos, y se abalanzó de un salto sobre Ruscin, como el leon del desierto sobre su presa: le derribó en tierra al choque de su escudo, le desarmó violentamente arrancando el machete de sus manos, y levantó su propio acero para descargarlo sobre el rendido cuerpo del anciano; pero en aquel momento un brazo hercúleo y vigoroso, más lijero aún que el del mismo jóven, detuvo rápidamente el golpe: era Elomare. La multitud quedó asombrada: Elomare gozaba la veneracion de los druidas, porque creyendo ellos que en el cuerpo de las mujeres habitaba siempre un espíritu superior, consideraban que la imaginacion de Elonsare era la más fecunda en prodijios y sagradas

revelaciones (1). Ella lo sabia, estaba poseida de su poder, y ántes que ningun rumor ni manifestacion se le pudiera anticipar, se aprovechó de la general sorpresa, y exclamó, dando á su voz una entonacion solemne y un acento inspirado:

— Los cielos y el Gran Teutates han hablado ya, y quieren que yo os explique lo que significan este combate y esta victoria: por eso me han inspirado para que yo me apresurase á suspender el acero de este invicto soldado en el momento que debia hundirse en la garganta de su vencido adversario. ¡No, valientes celtas! La guerra que vais á emprender no será una avalancha de exterminio en que los vencidos pueblos desaparezcan destruidos y asolados bajo el peso de nuestros ejércitos. ¡No y mil veces no! Será una guerra de príncipes que conquistarán las tierras y el dominio de esos mismos pueblos, los cuales vivirán despues bajo vuestro mando, esclavos de vuestras victorias y humillados á vuestros piés como lo está ese anciano á los de su vencedor: llevaréis el cruzamiento de la noble y valiente raza céltica á los países más lejanos, perpetuando su

(1) Siempre encontramos en las fuentes de la historia y en la niñez de todos los pueblos el influjo de la ciencia espirirista más ó ménos perfeccionada. (N. del T.)

descendencia en las hijas de los vencidos, que se han de entregar á vosotros, como la hija de este anciano se entrega al ilustre jefe que, venciendo ahora, os garantiza la victoria de mañana. ¡Marchad, pues; marchad á los combates, que esa es la divina voluntad del cielo! Este anciano, Bebrix, yo misma y todos no hemos sido aquí otra cosa sino los ciegos instrumentos del poder celeste, que ha querido así manifestarse y explicaros los obstáculos que habeis de encontrar, la manera de vencerlos y el resultado que os debeis prometer. Partid, y que las arpas entonen con ardor el himno de la guerra.

Instantáneamente los bardos y trovadores, arrastrados por aquella evolucion atrevida, seducidos por la palabra elocuente de Elomare, dominados por su autoridad respetable, y alucinados por la resplandeciente inspiracion que iluminaba su rostro, hicieron resonar la armonía de sus instrumentos, y entonaron un canto movido, rápido y acelerado, cuyo vivo compas entusiasmó y levantó primero á la ya conmovida é impresionable multitud, exaltó luego su emocion, y la trasformó bien pronto en torrentes de aceptacion y frenética alegría, que en su desbordamiento hubieran arrollado toda clase de observaciones que se hubiesen intentado oponer. Esto fué lo que

se propuso y consiguió la fecunda imaginación y el superior talento de aquella singular mujer.

Podía observarse, no obstante, por el adusto semblante y grave aspecto de Atax, que no era eso lo que él esperaba ni lo que se había propuesto. Así fué que se le vió esperar sin impaciencia que se calmase un poco la agitación de la muchedumbre, y entónces avanzó á su vez y dijo á Ruscín con severa entonación :

— Sí; ciertamente que ha sido el cielo quien ha inspirado á Elomare para que te salvase la vida, porque no podías morir sin prestar ántes cumplimiento á dos ineludibles deberes: el primero es el de sostener la acusación que has intentado formular contra Bebrix, y el segundo el de responder á los cargos que yo fulmino contra tí mismo como impío y sacrílego.

A pesar de la autoridad y del respeto que inspiraba Atax, no fueron bien acogidas sus palabras: los deseos de la multitud se hallaban cumplidos, y el inesperado desenlace del combate había satisfecho á todos, por la esperanza que las frases de Elomare habían hecho nacer en sus ánimos de conquistar en el extranjero un rango y unas comodidades que no les era dado esperar en el suelo de la patria. Por otra parte, el valor del viejo Ruscín había inte-

resado en favor de éste á muchos guerre-
ros, y un grito unánime prorogó hasta el
siguiente día la sustanciacion de los dos
juicios anunciados por Atax. Los soldados,
que desde por la mañana asistian á la
Asamblea sin tomar alimento alguno, esta-
ban impacientes, y se dispersaron súbita-
mente para regresar á sus campamentos,
oyéndose resonar en ellos hasta muy avan-
zada la noche el ruido de los festines, el
canto bélico de los bardos y el estruendo
de las armas.

V.

Al disolverse la Asamblea, fueron de ob-
servar las intencionadas y públicas formas
que emplearon los druidas, guiados por
Atax, para separarse de todos los jefes, pe-
netrando silenciosamente en el Bosque Sa-
grado, sin querer asistir con aquéllos al
Consejo Supremo que debía celebrarse en
la régia morada de Ambigat.

Por otra parte, los soldados y el pueblo
celta se habian retirado todos del lugar de
la reunion en extremo sorprendidos del
desenlace que habian tenido los varios in-
cidentes de aquel día, y altamente preocu-
pados con las calumniosas acusaciones que
Ruscín habia intentado formular contra Be-
brix y Elomare; pero aún era mayor el

asombro del mismo Ruscin, que no podia explicarse las causas ni los efectos de todo lo que habia ocurrido. Así es que, abismado en sus profundas meditaciones y confundido en el dédalo de mil contrarios pensamientos, regresaba lentamente á su tienda acompañado de su hija Valla. Su improvisada lucha con Bebrix, su salvacion, que la debia á la intervencion de la misma Elomare, el anunciado matrimonio de su hija con el jóven guerrero y otros muchos recuerdos, se revolvian en su imaginacion calenturienta para enlazar dichos sucesos con la sospecha, cada vez más arraigada en su pecho, de la secreta intelijencia que suponía existiese entre Bebrix y la parienta de Ambigat. Esperaba que tal vez Saron pudiera darle algunas explicaciones; pero al pasar por el campamento de aquél le dijeron que estaba ausente, y que le habian visto marchar con direccion al Sagrado Bosque en compañía de dos druidas. Finalmente, habiendo llegado á su tienda, Ruscin permaneció largo rato observando en el gracioso y animado rostro de Valla el oculto júbilo del corazon de la jóven, que, venciendo sus violentos esfuerzos, se manifestaba, á pesar de la tristeza del anciano, el cual exclamó:

— ¡ Veo que me has engañado, Valla!

— No, padre mio, respondió ella con

tranquilo ánimo, aunque con enérgico acento. Cuando quise hablaros, no quisisteis escucharme: vuestra cólera me rechazó, y hasta llegasteis á amenazarme. Yo hubiera, no obstante, arrostrado vuestras iras y vuestros golpes si hubiera podido siquiera adivinar vuestros propósitos y vuestra conducta en la Asamblea, porque sabía que Bebrix insistía más que nunca en sus proyectos de matrimonio conmigo, y sabía también que Elomare protejía y secundaba eficazmente sus pretensiones.

— ¿Quién te ha hecho saber eso?

— La misma Elomare, que vino esta noche pasada á buscaros, y que, no habiéndoo encontrado en el campamento, se acercó á mí para anunciarme también que Saron había sido admitido en la comunidad de los druidas.

— ¿Luégo Bebrix se refería á tí en las palabras que yo sorprendí al pasar por mi lado en medio de la oscuridad? ¿Luégo era efectivamente Saron aquel á quien yo creí reconocer entre los druidas que conducían y sacrificaron en un bosquecillo, lejos de aquí, esos animales destinados á hacer que hablasen los cielos?..... Y sin embargo, añadió Ruscin cada vez más extraviado en el laberinto de sus ideas, todo esto continúa siendo para mí un misterio impenetrable.

— Ese misterio es bien fácil de explicar, contestó cándidamente la jóven. Es que Bebrix me ama.

— ¡Te ama! replicó Ruscin, descubriendo por el acento de Valla lo que pasaba en el corazon de la jóven. ¡Te ama!..... ¿Y tú?

— ¿Yo?.....

— Sí, tú.

La jóven quedó algo turbada por algunos momentos, y luégo, sin contestar á la intencionada pregunta de su padre, dijo:

— Bebrix no tuvo propósitos ni deseos de privaros de todo lo que os ganó en el juego.

— ¿Y todo lo demas que por otras artes me ha arrebatado?

— Tendria un placer en devolvéroslo.

— ¿Cómo?

— ¡Oh! Eso no debe ofrecer dificultades, y si.....

— Jóven imprudente, exclamó una voz mezclada de dulzura y solemnidad; habias jurado guardar secreto sobre ese particular.

Era Elomare, que en este momento penetraba en la tienda de Ruscin. Esta mujer intelijente y activa, siempre dispuesta á intentar cuanto exijiese el buen éxito de sus empresas, lazo firme y secreto entre el poder relijioso y el poder real, era aficionada á deslizarse en las sombras y á

presentarse repentinamente delante de aquellos á quienes pretendia imponer su voluntad. Este sistema de conducta lo aplicaba á todo, y experimentaba íntimo placer al avanzar secretamente en sus proyectos sin iniciar á cada uno de sus agentes más que en aquello que convenia al papel que les queria hacer representar, hasta el momento en que, llegando al punto previsto por ella todo lo que debiera concurrir al buen éxito de sus empresas, se aclaraban espontáneamente las causas y los efectos por el solo contacto de las personas y de las cosas puestas en accion. Entónces ella misma parecia admirarse de los acontecimientos, sin aparentar que habia tomado en ellos tan importante iniciativa; preparaba discretamente los sucesos en detallé, separándose luégo de ellos, astuta, sagaz y previsora, para examinar su obra desde léjos y esperar sus consecuencias, como el minero artificioso que, despues de haber barrenado una inmensa roca, contempla y observa desde cierta distancia el momento de la explosion.

Quando entró Elomare significó á Valla, con una señal imperativa, que se alejase: la jóven obedeció inclinándose, y la sacerdotisa quedó frente á frente á solas con Ruscín.

El astuto anciano comprendia que se

encontraba en presencia de un carácter superior, cuyo influjo y dominio le era imposible evadir; pero disimuló sagazmente su embarazo y sostuvo con aparente serenidad la penetrante mirada de Elomare, quien despues de algunos momentos y sin prévias explicaciones, le preguntó :

— Ruscín, ¿querrás decirme cuáles son tus intentos y lo que proyectas para mañana ?

— En mi actual situacion no pueden ya formarse proyectos de ninguna especie, dijo Ruscín. Mi conducta sólo me la han de trazar los acontecimientos que de aquí al nuevo dia puedan ocurrir, ó más bien dejaré á la voluntad de quien ha conducido las cosas hasta este momento, el cuidado de indicarme el mejor camino que debo escojer.

— Sin duda pretendes, Ruscín, que yo te dé consejos á fin de formar nuevos cálculos sobre lo que me oyeras decir; pero ya te conozco, y ante todo debo decirte que nadie, sino tú, tiene la culpa del cúmulo de desdichas que te rodean, porque has sido el juguete de tus propias cavilaciones. Siempre dedicado á levantar obstáculos y dificultades á los ajenos proyectos; imaginándote, con torpe juicio, que todo lo que no es para tí es contrario á tu

fortuna ; aplicándote más bien, las más de las veces , á destruir la de los demas que á mejorar la tuya propia , tienes precision de sostener mañana , como consecuencia de tus errores , la acusacion que has hecho , y de responder ademas á la que se ha formulado contra tí.

— En cuanto á la primera , dijo Ruscin , no necesita más explicaciones que las palabras que he pronunciado : he acusado á Bebrix de ladron , y es preciso que justifique de donde proceden las riquezas que ostenta ; y tú misma que le has conocido pobre has debido escandalizarte de las joyas y alhajas con que ahora se engalana.

— Veo , dijo Elomare , que no quieres ya decir que las ha adquirido por el adulterio , y tal vez por el asesinato ; puesto que tú sabes bien , mejor aún que yo misma , que mi esposo Vintex ha muerto.

Estas palabras turbaron á Ruscin , y Elomare añadió :

— Sí ; tú lo sabes con tanta certeza , que así lo has asegurado á todos los soldados que han querido oírtelo decir.

No le sorprendió á Ruscin que hubiesen llegado á noticia de Elomare las calumnias que él habia esparcido por los campamentos ; pero sí quedó algo desconcertado al ver la firmeza con que aquella mujer aseguraba lo que decia.

—¿Y quién no se hubiera engañado lo mismo que yo?, dijo. ¿Quién hubiera interpretado de distinta manera tus nocturnas visitas al campamento de Bebrix y las amorosas frases que él te decía esta noche pasada cuando?.....

Comprendiendo Ruscín su imprudencia y que había ido más allá de lo que debiera, se detuvo; pero Elomare, continuando la hilación de aquellas palabras, prosiguió:

—¿Cuándo espías nuestros pasos, no es eso? Ahora comprendo por qué no te encontré en tu campamento cuando anoche vine á buscarte, y adivino también cómo has llegado á descubrir el secreto y las artes de que nos servimos para dirigir el vuelo de las aves sagradas. ¿Sabes, Ruscín, que tu atrevimiento puede costarte la vida?

—Lo sé.

—¿Y cómo esperas salvarte?

—¿Es necesario á tus designios que yo me salve? objetó Ruscín, como queriendo penetrar en el pensamiento de la sacerdotisa.

—No, respondió Elomare con frialdad; eso importa poco á mis proyectos, y aunque has procurado crear obstáculos que se opusieran al éxito de mis planes, no he querido vengarme con tu daño, porque ha-

bia recibido la hospitalidad en tu morada; pero ahora ya es otra cosa: tu acusacion pone fin á mi gratitud, me desliga de todo compromiso y nada haré en favor tuyo, puesto que tu salvacion depende de tí mismo.

Al decir esas palabras intentó Elomare salir; pero Ruscin hizo un movimiento para detenerla, diciéndole:

—¿Has venido á verme sólo para esto, Elomare? ¿No tienes nada más que decirme?

—No he venido á decir, sino á que me dijeras: te he preguntado lo que pensabas hacer mañana, y nada me has querido responder. Nada, pues, tengo ya que hacer aquí.

La sacerdotisa dió resueltamente un paso más para alejarse, y Ruscin entónces, impulsado por las angustias que le atormentaban, despojóse de repente de su reserva y de las astucias con que habia pretendido sorprender los secretos de Elomare, manifestando en una sola frase, llena de ansiedad é incertidumbre, todos los temores y toda la turbacion de su espíritu.

—¿Pero qué quieres tú que yo haga? preguntóle en el colmo de la desesperacion.

Elomare le miró con la sonrisa de su vanidad satisfecha, y dijo:

— Quiero que hagas lo que habias proyectado hacer : quiero que , segun lo tenias resuelto , explanes tu acusacion contra mí y contra Bebrix.

— ¡Eso quieres !..... exclamó Ruscín estupefacto y creyendo siempre descubrir un lazo y una asechanza en los consejos que recibia.

— ¿Supones acaso que no pueda defenderme ? le observó Elomare con digno ademán y noble orgullo.

Ruscín permaneció en silencio , porque comprendió que en cuanto á aquel extremo se habia dicho ya la última palabra ; pero luégo bajando la vista y demostrando su turbacion , balbuceó :

— Bien ; pero y yo , ¿ cómo he de defenderme ?

— Suponia , contestó Elomare , que un talento tan previsor como el tuyo no debiera experimentar semejante embarazo , y que tu penetracion te habia hecho ya comprender fácilmente que , de los dos jefes que habian venido con Bebrix del pais de los Tectósagos , no serías tú aquel á quien era forzoso sacrificar.

— En efecto , Saron.....

Ruscín quedó un momento pensativo , y cuando alzó la vista ya Elomare habia desaparecido . La sacerdotisa habia indicado suficientemente á Ruscín el único medio

de salvacion que á éste le quedaba ; pero no quiso escuchar de los labios del anciano que habia sido comprendida. Solamente entre los perversos y desalmados se discute y explica con naturalidad y detenimiento el crimen ó la traicion ; pero los que, como Elomare en aquella ocasion, practican el mal por necesidad y con un fin que santifica á sus ojos la crueldad de los medios, guardan siempre esa especie de pudor que oculta á las malas acciones su odiosidad.

VI.

Los detalles de la nueva Asamblea que se celebró al dia siguiente no merecen los honores de un prolijo relato. Bastará sólo decir los medios de que se sirvió Bebrix para rechazar la terrible acusacion que contra él habia lanzado Ruscin : confesó que, en efecto, habia salido pobre de su comarca, poseyendo solamente una escasa cantidad de dinero que habia tomado á préstamo con la garantía de pagarla en la otra vida, si no le era posible solventar la deuda ántes de su muerte ; pero que los donativos del rey Ambigat le habian enriquecido. Ambigat declaró ser cierto lo declarado por Bebrix, añadiendo que al prodigar sus dones á un guerrero tan jus-

tamente merecedor de ellos, no habia hecho otra cosa sino rendir justicia al jefe que habia conducido á la Asamblea un número tan crecido de soldados, que le seguian con entusiasmo únicamente seducidos por la altísima reputacion de su extraordinario valor. Como Bebrix se habia conquistado las simpatías generales, no procuró nadie analizar si eran las riquezas las que le habian proporcionado su ejército, ó si el ejército le proporcionaba las riquezas. El oríjen de ellas, por otra parte, justificaba su empleo, y tambien demostraba la justiciera conducta de Ambigat, puesto que, siendo en su mayor parte producto de los homenajes hechos al rey por los príncipes que no habian querido tomar una participacion activa y personal en la guerra, parecia equitativo que los tímidos apegados á las comodidades de su ociosidad, pagasen á los valientes las privaciones que iban á sufrir y los riesgos de los combates que marchaban á arrostrar.

Quedaba únicamente por explicar, con motivo de dicha acusacion, la ausencia de Vintex. El rumor de su desaparicion y de su muerte se habia propalado lo bastante para que la tranquilidad de Elomare llamase, por lo ménos, la atencion, ya que no despertase vivas sospechas de su culpa-

bilidad; pero la presencia de Vintex, que apareció en la Asamblea al lado de su esposa, desvaneció toda clase de dudas en el pueblo; si bien, por otro lado, despertó las de los druidas, los cuales, aunque comprendian que la ausencia del esposo de Elomare fuese una cosa convenida, no podian adivinar cuál hubiese sido el móvil ni la intencion de ella.

Por último, Ruscín demostró á Elomare que la habia comprendido perfectamente. Cuando fue interrogado sobre la atrevida delacion que habia hecho contra los druidas, se confesó reo y culpable de haber dudado de la santidad de las ceremonias religiosas; pero disculpó su falta declarando y protestando que en su corazon no hubieran nacido jamas aquellas dudas, si álguien no se las hubiera sujerido, y sobre todo, si ese álguien no hubiera sido una persona cuyo testimonio debiera ser del mayor crédito, puesto que pretendia hacer creer que habia tomado parte en la superchería y en el amaño de los druidas. Estrechado el anciano para que delatase al culpable, opuso largo rato una fingida resistencia, hasta que al cabo, simulando una extremada desesperacion, dejó escapar el nombre de Saron. Entónces pudo observar Ruscín que la falsedad que le habia sido indicada por Elomare estaba hábil-

mente preparada ; porque en aquel momento vió que Atax derramó miradas de inteligencias entre los sacerdotes que le rodeaban , significándoles que él mismo habia dudado ya de aquel jóven. Ruscín consideró que esta declaracion sería suficiente, y lo fué en efecto para salvar su vida; pero no lo bastante para que no se le impusiese algun castigo ; el cual le fue severamente aplicado, sentenciándosele á perder el rango y la categoría de jefe , y á que tanto él como los pocos soldados que le habian permanecido fieles marchasen á la guerra á las órdenes de Bebrix é incorporados al ejército de éste. No hay para que decir que Ruscín se conceptuó muy venturoso con salir á ese precio de la falsa posicion que él mismo se habia creado.

Cuando concluyeron de ventilarse todos esos asuntos, se deliberó para escojer y señalar el dia en que habian de ponerse en marcha los ejércitos. Fijóse la partida para de allí á tres dias , que era el del novilunio, y por consiguiente el más solemne y el de mejores auspicios segun la creencia y las costumbres de los celtas : en seguida se disolvió la Asamblea.

La tarde de aquel mismo dia , despues de haber terminado la Asamblea, vióse salir del campamento de Bebrix, en correcta formacion, un número considerable de

carros cargados de armas y de riquezas, marchando Astrucion á la cabeza de todos ellos, en compañía de otros muchos bardos que se habian adherido al ejército y á la fortuna de aquél jóven guerrero. El cortejo se trasladó en esa forma al campamento de Ruscin, en cuyos límites fué detenido por las avanzadas y centinelas que allí se encontraban, manifestándoles Astrucion que iba en nombre y representacion de Bebrix, para ofrecer á Ruscin la dote de su hija Valla, que aquél deseaba obtener por esposa. Al mismo tiempo y en igual forma, otro convoy ménos rico y no tan numeroso habia partido del campo de Ruscin con direccion al de Bebrix, llevando á éste último todas las armas y riquezas que habia ganado al padre de Valla.

En esto hay que notar aquí que el sistema de compensaciones, hoy tan fácil y sencillo en la consumacion de los contratos, no ha llegado á nosotros sino muy paulatinamente. Se observa comunmente que en las transacciones de los pasados tiempos, de cualquier clase que fueran, cada cual pagaba lo que debia ó tomaba lo que le correspondia, sin practicar ninguna especie de conmutaciones; llamando la atencion muy particularmente esta costumbre en las traslaciones de dominio de los fundos, que llevó grandes confusiones al dere-

cho de propiedad y áun á la jurisdiccion de los gobiernos, y que sin duda alguna es causa muy principal de la oscuridad, en la historia, de los tiempos primitivos. Así es que vemos que en aquella época el hombre tomaba posesion de tierras situadas muy léjos de las suyas, en satisfacion de derechos adquiridos, y pagaba al mismo tiempo obligaciones cediendo otros terrenos colindantes á su propiedad, sin tener en cuenta que la conmutacion hubiera sido más conveniente y beneficiosa, para los contratantes, en la mayoría de los casos.

Por esa razon, Bebrix recibió de Ruscin todo lo que éste le debia, entregándole por separado nuevas riquezas por la dote de Valla. Segun costumbre, fueron éstas examinadas por el padre de la desposada, discutiéndose con detencion su calidad y valor. Despues de aceptadas é introducidas en el campamento de Ruscin, estaban terminadas las ceremonias del casamiento, y á los pocos momentos presentóse Bebrix, que fue ya recibido como el esposo de Valla.

Si este relato tuviera por objeto el examinar ó inquirir los incoherentes sentimientos que frecuentemente se apoderan del corazon humano, sería oportuno aquí reseñar la singular entrevista primera de la jóven que habia ántes despreciado á Bebrix, acojiéndolo despues amorosamente,

y del guerrero á quien no le inquietaba la desaparicion de su rival, ni se preocupaban sus celos con el recuerdo que el antiguo amante pudiera haber dejado en el corazon de su esposa. Pero es preciso decirlo: todo lo que hoy nos parecería extraordinario y repugnante, no debia serlo en aquella época. El amor del alma al alma, en cuyo elevado sentimiento no influyen para nada las razones de ambicion ó conveniencia, puede decirse que no existia entre aquellos pueblos tan faltos de las primeras necesidades materiales. Valla no habia amado á Bebrix porque le habia visto pobre y porque no ejercia ninguna autoridad; pero tan luégo como esos motivos de preferencia se acumularon en la persona de Bebrix con mayor brillo que en la de Saron, arrastraron el amor de Valla á la mudanza, porque ellos eran los que lo habian inspirado. La moralizacion de la sociedad, esa gran conquista del cristianismo y de las artes liberales (entendiéndose que dicha moralizacion es en el sentido de que las artes y el cristianismo han hecho que se sobreponga el interes espiritual al interes físico), ha despertado en las almas necesidades de inteligencias y de simpatías que eulazan á los seres con relaciones enteramente nuevas y desconocidas, llegando á ser estrechísimas estas relaciones de sen-

timientos entre las personas que rinden culto al espíritu, despreciando con fé sublime los intereses del bienestar material que en otros tiempos dominaban.

Ninguna especie de turbacion ni embarazo experimentaron, pues, los dos jóvenes, y sucedióles, aunque por diferentes razones, lo mismo que hasta hace poco sucedia á esas mujeres de abolengo y nobleza hereditaria á quienes el necio orgullo de su nacimiento no les permitia comprender que se pudiera amar á un hombre que, en el supuesto de ellas, careciese de igual nobleza, aconteciendo descubrirse luégo que aquel mismo hombre, objeto de sus desprecios, descendia de una ilustre familia: este descubrimiento venia á ser un rayo de esplendente luz que iluminaba su razon, enalteciendo á sus ojos en aquel hombre las cualidades que hasta entónces habian pasado desapercibidas, y amaban sin reservas al que ántes habian rechazado porque daban su amor á una especie de *derecho de ser amado*.

Entre tanto los druidas, que hasta entónces habian demostrado gran entusiasmo en los preparativos de la guerra, se manifestaban despues algo desanimados y no apresuraban la marcha de los ejércitos. Aunque conocian las aparentes razones de Ambigat, y creian conveniente alejar del

país aquella exuberancia de poblacion, que ya era amenazadora y peligrosa, no se explicaban por qué motivo se habian dispensado á Bebrix tantos favores. Esto los tenia preocupados, y es indudable que algo serio y grave maquinaban, puesto que la víspera del dia en que las tropas debian ponerse en movimiento, resonaron por todo el ámbito de la Selva Sagrada siniestros ruidos que aterraron al pueblo celta. Ya hacía dos dias que los sacerdotes no se presentaban, y éste retraimiento tenía alarmados los ánimos. Los druidas, como todo poder que ejerce su autoridad al amparo de la fé, tenían pocas relaciones con las gentes; pero sin embargo, aquella extraña conducta en tales circunstancias habia tambien sorprendido é inquietaba al mismo rey Ambigat y á todos los jefes; en vista de lo cual se decidió el Monarca á hacer una nueva visita á Atax, que dió por resultado la variacion completa de la actitud de los druidas. Lo que debió decir Ambigat al Gran Sacerdote para obtener aquel éxito y lo que le ocultó, porque así convenia á sus designios, se referirá más adelante en la secreta y familiar conferencia que da término á este relato.

El dia de la marcha amaneció por fin, y la Selva Sagrada, cuya soledad y siniestros ruidos habian aterrado á los más intrépi-

dos y valerosos en los días anteriores, presentó el aspecto risueño del júbilo y del entusiasmo que animaba á sus venerables moradores. Torrentes de armonía religiosa invadían el espacio por todos los ámbitos del Bosque, y los cantares de mil bardos, acompañándose con sus arpas, precedían al tribunal de los druidas vaceres, que, ceñidas sus frentes con hojas secas de muérdago (1), recorrían la Selva en todas direcciones, anunciando que un reo sería inmolado en el altar de Teutates, ofreciéndosele al dios un sangriento sacrificio para interesarlo en favor de la guerra. Semejante noticia, circulada por todas partes, inundó de gozo á los celtas, que bajo el mando de sus respectivos jefes penetraron todos dentro del sagrado recinto á la caída de la tarde, y se fueron colocando alrededor de aquel cruento altar que iba á ser festejado con el obsequio de sangre humana. Todos ignoraban quién fuese la víctima; pero nadie procuró informarse de tan importante asunto: Bebrix, Ruscin y Valla estaban situados cerca de Ambigat y Elomare, siendo objetos de la más viva y atenta curiosidad.

(1) Planta del género viscoso, cuyas hojas tienen la figura de una lanza: los celtas las consideraban como un objeto sagrado, y en determinada época del año las recolectaban con ciertas solemnidades.— (N. del T.)

Cuando cerró completamente la noche, iluminóse de repente la Selva con numerosas antorchas, y empezó á salir de la parte más secreta y escondida del Sagrado Bosque una larga procesion de sacerdotes: rompian la marcha los bardos y trovadores, entonando himnos religiosos; seguian los saronidas, que eran los legisladores ordinarios de la nacion en todos aquellos asuntos que no se sometian á la deliberacion y fallo de las Asambleas jenerales; despues iban los vaceres, jueces mantenedores y fieles guardadores de las leyes, de continente venerable y severo, y sacerdotes particulares del dios Teutates, á la cabeza de los cuales caminaba Atax; y finalmente, cerraban la procesion los ejecutores de la justicia, custodiando al reo que debia ser inmolado.

Al resplandor de las antorchas, que en aquel momento derramaban sobre los objetos tanta luz como sombras, no se podia distinguir bien el rostro de la víctima, que caminaba con la cabeza inclinada sobre el pecho, en señal de abatimiento, por más que en la firmeza de sus pasos demostrase resolucion, enerjía y valor.

Ni Bebrix, ni Valla, ni Ruscin, embriagados como lo estaban con su propia dicha, no hubieran fijado tal vez su atencion en el reo, si en el momento de pasar éste

por delante de ellos no se hubiese detenido, alzando la frente y dirigiéndoles una mirada fieramente triste. Valla no pudo contener un movimiento de terror, y Ruscin, bajo el peso de aquella mirada y de su propio remordimiento apartó la vista: solamente Bebrix sostuvo con serenidad y arrogancia la mirada de Saron.

Porque el reo era, en efecto, el desgraciado Saron, que, débil, sencillo y confiado, debía necesariamente sucumbir bajo el poder de aquellos hombres fuertes y astutos, é iba á sellar con su sangre y con su vida la justificación y la libertad de Ruscin.

Detúvose algunos momentos el infortunado jóven, y exclamó:

— ¡Oh tú, Ruscin, á quien he debido llamar mi padre, yo te saludo! No es ese el sitio que te corresponde ocupar: ve á colocarte sobre el altar de Teutates, puesto que por tí y no por aquella divinidad es por quien va á derramarse mi sangre.

Después, dirigiéndose á Valla, añadió:

— Valla, si de tu venturoso matrimonio te nacieren hijos que no encierren corazones de acero en sus pechos de bronce, ahógalos ántes de nacer, porque si llegasen á ser hombres, bien pudieran tropezar en el mundo con alguna Valla que goce viéndolos morir, y yo te juro que ese es un horrendo suplicio que debes evitarles, si eres

buena madre despues de haber sido tan noble y fiel prometida.

En seguida que pronunció estas palabras tomó del suelo un puñado de tierra, que arrojó á Bebrix, diciéndole:

— En cuanto á tí, yo te evoco á la desgracia y á la muerte.

— Tus maldiciones y las desdichas de tus emplazamientos, respondió Bebrix, se estrellan ántes de llegar á mí para caer luégo á mis piés.

Bebrix se habia cubierto con su enorme escudo, y la tierra, sin tocar á su cuerpo ni un solo grano, chocó en el hierro y cayó al suelo. Esta circunstancia impresionó vivamente á cuantos presenciaban la escena, y todos se decian que Bebrix debía ser un hombre elejido por el cielo para llevar á cabo grandes empresas, triunfando siempre de todos sus enemigos.

La comitiva siguió su marcha hasta llegar á la estatua colosal y deforme en cuyo altar debia ejecutarse el sacrificio. Una vez allí, fué colocado Saron sobre las piedras de aquel monumento, y los verdugos le hirieron en la garganta con el acero sagrado, abriendo luégo su cuerpo en canal, para que los vaceres, inclinados alrededor de aquel tronco palpitante, pudiesen leer en las contracciones de sus entrañas los destinos de la nacion. En ese libro san-

griente, donde clavaban ávidamente sus miradas, no se aprendía más sino lo que los sacerdotes querían leer. Y sin embargo, ya sea porque pretendieran ellos exajerar hasta ese punto las supercherías y las mistificaciones con que engañaban al pueblo, ó bien porque su propio fanatismo les hiciese creer en la posibilidad de descubrir el porvenir en las contracciones de un moribundo, es lo cierto que el exámen que practicaron fué muy detenido, y que debió preocuparles grandemente á juzgar por los debates que tuvieron entre sí.

Por último, estos vaticinios extremos y solemnes arrancados á la vida por la muerte, estos augurios de sangre que eran los que más agradaban á aquel pueblo feroz y sanguinario, se declararon favorables, y una nueva ceremonia sucedió á aquella. Consistía en el juramento que prestaban los celtas, ante el altar de Teutates, de no abjurar en país extranjero la religión de sus padres para abrazar otra nueva; jurando también al mismo tiempo no abandonar el cuerpo del soldado muerto en el campo de batalla; obligándose todos á quemarle en una hoguera con sus armas, sus caballos y sus más fieles esclavos (1).

(1) Esta costumbre de los celtas confirma hasta cierto

Cuando terminó esta última ceremonia se retiraron los ejércitos con sus jefes á la cabeza, y al despuntar los albores del inmediato dia abandonaban el país de Bourges, dividiéndose aquella muchedumbre en dos expediciones: la una se dirigió hácia el Rhin y la otra hácia los Alpes.

Bebrix marchaba á la cabeza de la primera.

Algunos dias despues aquel territorio, ocupado poco ántes con la plétora de más de quinientos mil hombres, era una inmensa mansion donde reinaba el reposo y el silencio. Entónces fué cuando Ambigat, orgulloso de la tranquilidad que gozaba su pueblo, referia á Vintex y á Elomare los detalles de su última entrevista con Atax.

— Sí, decia el Rey, le manifesté la verdad de todo lo que debia saber, y no creo que pueda acusárseme de falso y mentiro-

punto la general opinion de que todo principio de existencia viene del Oriente, por la semejanza y relacion de los usos y creencias de los pueblos situados en el extremo occidental de Europa con los usos y relijones de muchos países del Asia menor y de la India; tales como la manera de pelear montados sobre carros; la horrible ceremonia de quemar los cuerpos de los difuntos arrojándose á la misma hoguera los deudos más preferidos en vida por su señor, y alimentando las llamas con los objetos de su servicio para que en el otro mundo no careciesen de lo indispensable; la práctica de prestar dinero á condicion de que les fuese devuelto en la vida eterna, y otras muchas que sería prolijo enumerar. (N. del T.)

so si le oculté todo lo que debemos callar: le referí que por los informes que vosotros habiais adquirido, se sabía que Ruscin y que Saron venian á la Asamblea general con el deliberado propósito de oponerse á la declaracion de la guerra, y expuse á su consideracion los inmensos perjuicios que este disentimiento hubiera podido orijinar á nuestros proyectos, por la temible influencia que podian ejercer esos dos jefes, teniendo bajo sus mandos numerosos ejércitos: finalmente, le hice comprender que siendo la guerra para Bebrix su única esperanza y el único medio que tenía para salir de su oscuridad y pobreza, le habiamos encumbrado, asegurándonos así que los Tectósagos no fueran un obstáculo á nuestros planes.

—¿Y fueron bastantes esas razones?, preguntó Elomare.

—Ignoro si habrán sido bastantes para persuadirlos completamente; pero al ménos lo fueron para que apresurasen la marcha de las tropas. Entre tanto á nosotros es á quienes toca prevenirnos contra las oscuras esperanzas que puedan haber conservado los druidas.

Y mudando ya la conversacion, preguntó el Rey:

—Y tú, Vintex, ¿has dado cima á tu empresa?

Vintex se inclinó hácia sus dos interlocutores, y bajando la voz, no por temor de que pudieran otros oídos sorprender su secreto, sino por esa costumbre de misterio que acompaña siempre á toda confidencia, respondió:

— He llegado hasta esa hermosa ciudad de los Focenses, situada á orillas del mar (1), he penetrado en su recinto, y he prometido y asegurado á sus gobernadores y magistrados que conseguiríamos barrer de aquel país la exuberante y amenazadora aglomeracion de las tribus de Tecósagos que los rodean, siempre dispuestas á invadirlos y á molestarlos; y les expuse ademas que, despues de alejar á esas tribus con los jefes que dirijian las voluntades de aquellos pueblos, me sería fácil apoderarme de ellos y conquistar un puesto que ningun rival podria disputarme.

— ¿Y qué te han prometido ellos, preguntóle Ambigat, por el permiso que les has de conceder para que introduzcan en esas comarcas los productos de su vastísimo comercio?

Vintex enumeró entónces las recompensas que obtendrian de los Focenses, por

(1) Marsella, fundada 600 años ántes de Jesucristo por una colonia de Griegos Focenses, que emigraron de su país despues que fueron derrotados por Harpago y por Filipo. (N. del T.)

el derecho que éstos adquirían de comerciar con los Celtas, cuya aversión á todo lo que era extranjero los habia siempre aislado en el recinto de sus comarcas y de sus ciudades. Estas recompensas favorecian exclusivamente á Ambigat y á Vintex y consistian en cuantiosas sumas de dinero que debian serles pagadas anualmente, y ademas en numerosos donativos de todas clases.

Cuando Vintex concluyó de explicar todas esas ventajas, que parecian satisfacer tambien al mismo tiempo las intenciones y los deseos de Ambigat, fué interpelado á su vez por Elomare.

— ¿Has tenido ocasion de conocer á sus divinidades y á sus sacerdotes? le preguntó. ¿Has sido testigo, por ventura, de la pompa de sus fiestas y de sus sacrificios?

— Sí, por cierto, contestó Vintex, y no dudo que los Tectósagos, amantes de todo lo que es nuevo y sorprendente, preferirán bien pronto aquellos dioses indulgentes y bondadosos al dios terrible y sanguinario con que nuestros druidas los aterran de continuo.

La confidencia se prolongó todavía un largo rato sobre esos dos extremos, y terminó con estas palabras de Ambigat:

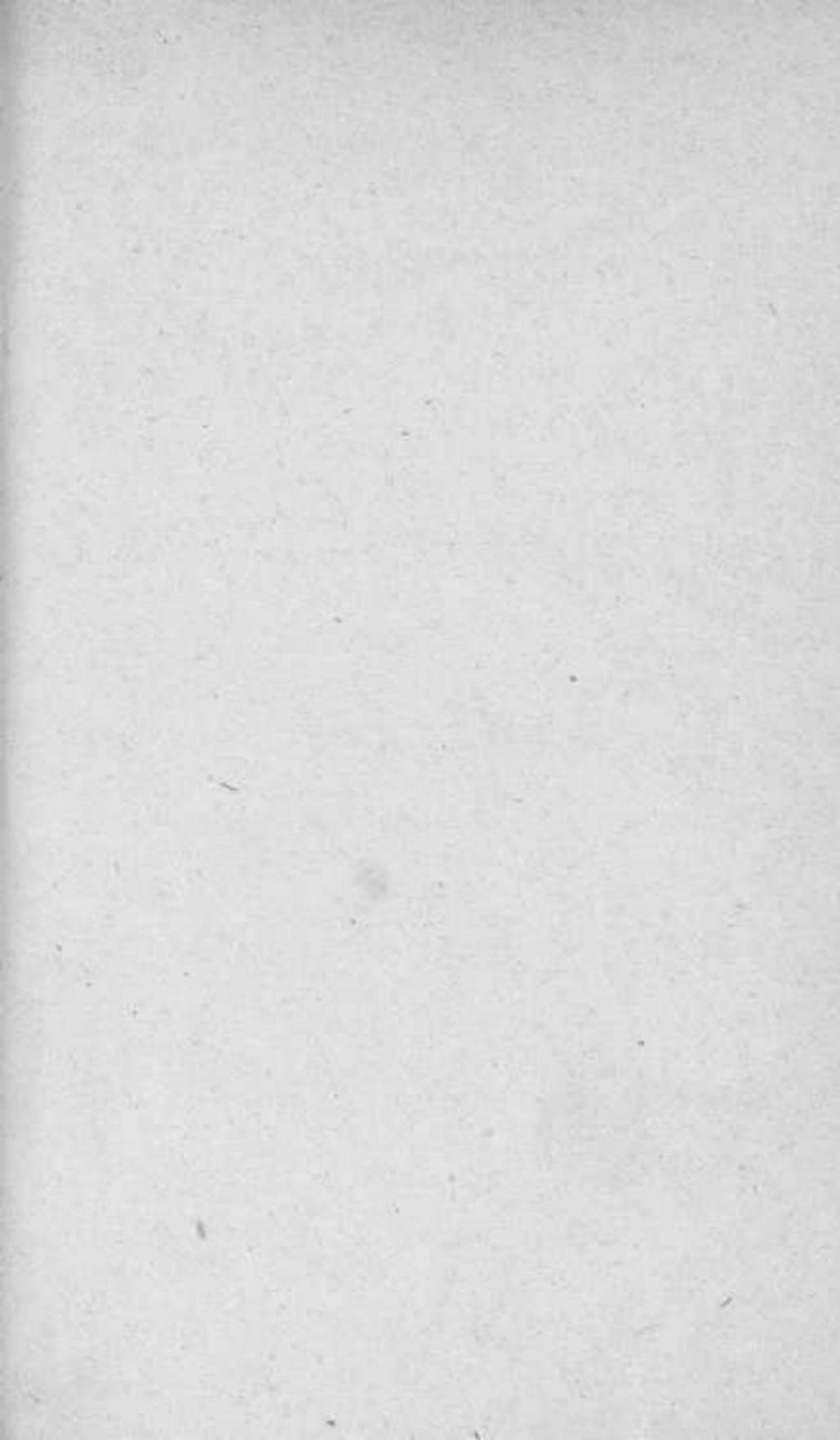
— Al cabo de muchos años, y cuando la

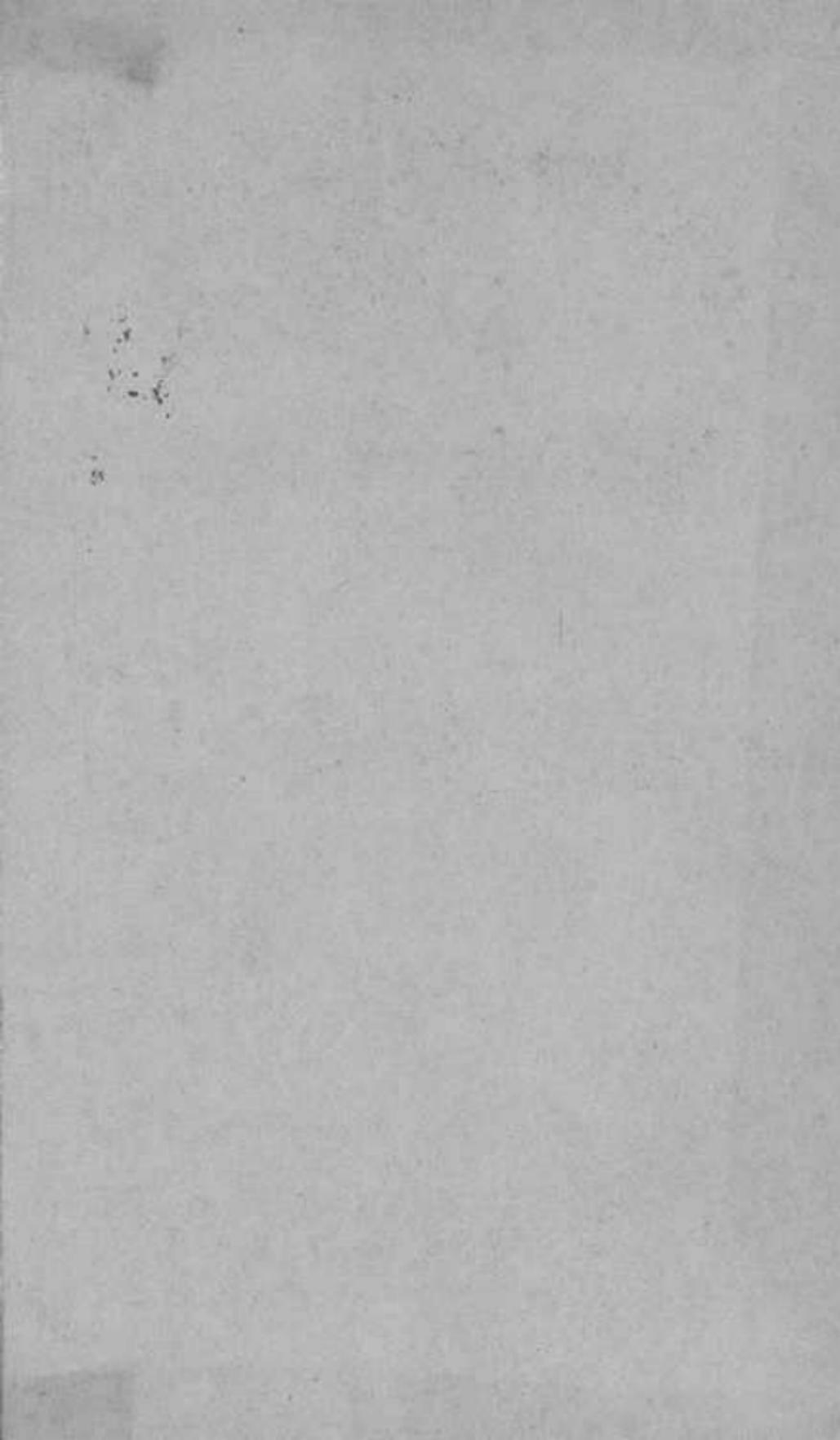
vejez acaba con mi vida, veo al fin realizado el gran proyecto que tanto he meditado y preparado: Seré el primero que habré franqueado la Céltica á los pueblos que pueden libertarla de sus bárbaras y salvajes costumbres: he inferido la primera herida á ese ominoso poder de los druidas, que con criminal egoismo guardan la ciencia para sí solos, teniendo á nuestros pueblos sumidos en la ignorancia para dominarlos más fácilmente. Es seguro, añadió, que ni vosotros ni yo hemos de ver el término de la fecunda lucha que va á comenzar, pero tenemos, al ménos, la gloria de haberla iniciado. Tal vez el mundo y la historia conozcan nuestros nombres sin que perezca su memoria oscura é ignorada, como lo está la existencia de estos pueblos bárbaros que no traspasa los límites de nuestras incultas rejiones.

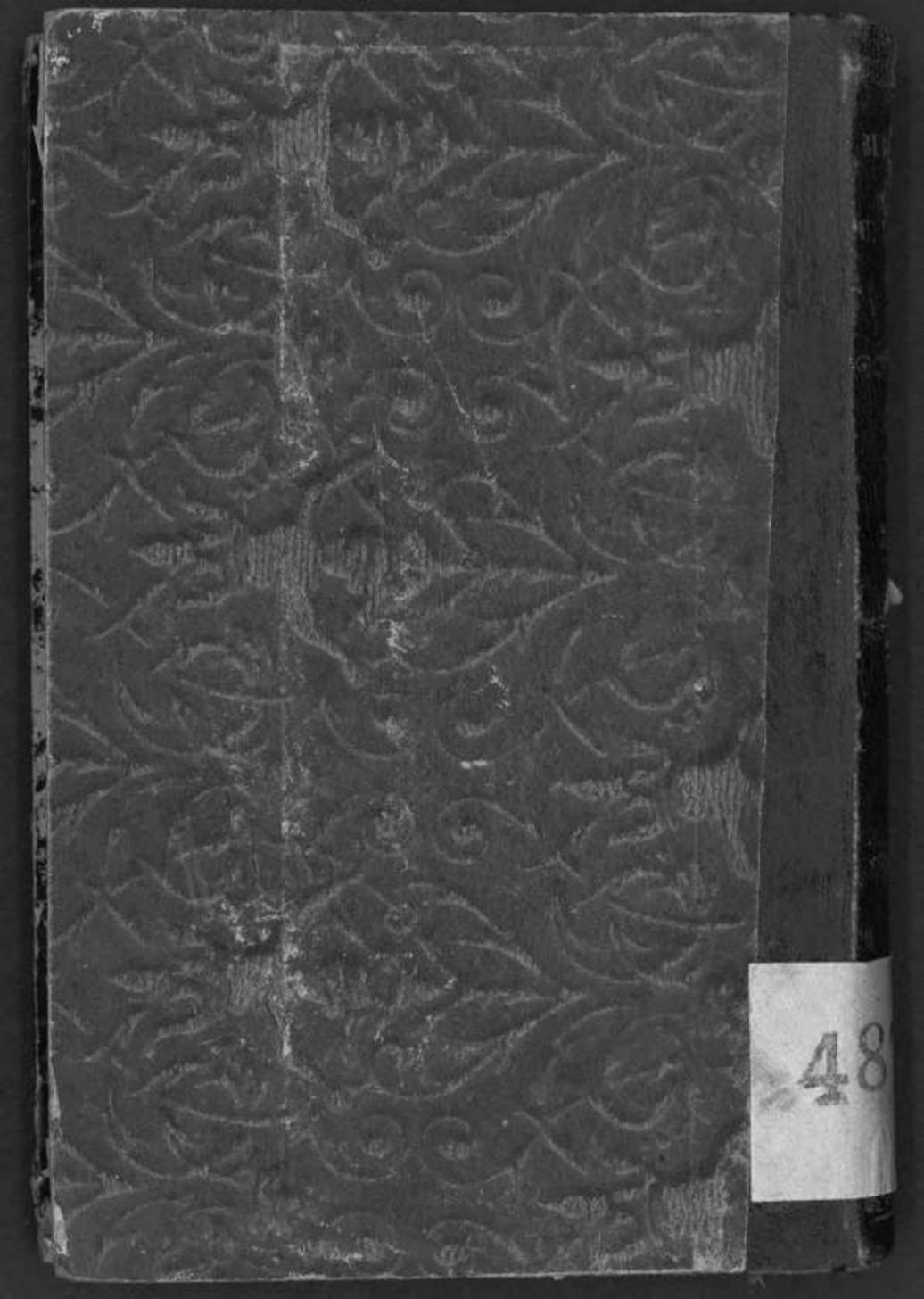
FIN DE LA PRIMERA ÉPOCA.

ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
Dedicatoria.	5
Prólogo del Editor.	7
Primera época.— Los Celtas.— I.	9
II.	36
III.	67
IV.	113
V.	143
VI.	153







48

ESTALIOER

INVERSA

28

SOLITE

LOS
CELFAS

1

979